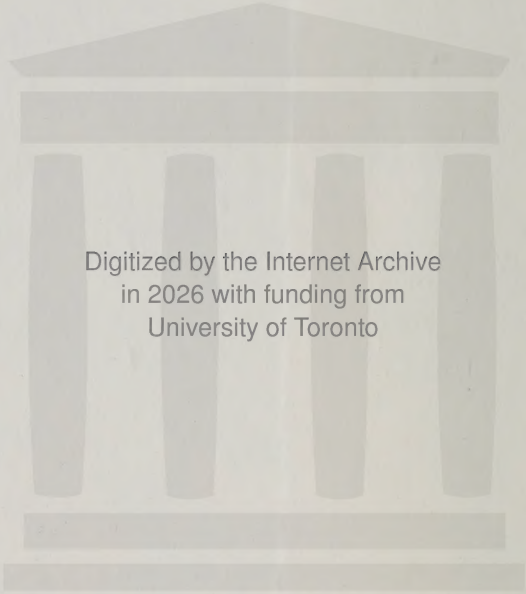
3 1761 06956947 3


Digitized by the Internet Archive
in 2026 with funding from
University of Toronto

https://archive.org/details/antologaamerican0000unse

ALBERTO GHIRALDO

ANTOLOGIA AMERICANA

VOL. III

LIRA HEROICA

RENACIMIENTO
MADRID

ANTOLOGÍA AMERICANA

ALBERTO GHIRALDO

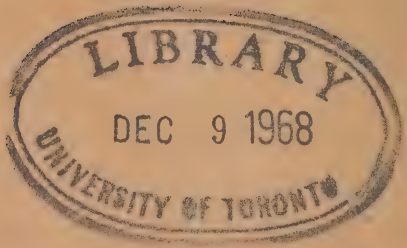
ANTOLOGIA AMERICANA

LIRA HEROICA

VOLUMEN TERCERO

RENACIMIENTO
San Marcos, 42
MADRID
1923

ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS



IMPRENTA LATINA - RODRÍGUEZ SAN PEDRO, 19 - TEL. 11-26 J.

P R Ó L O G O

Del sentimiento heroico en la poesía americana

I

Dos épocas heroicas coinciden en el mundo; admirable y único momento en que dos pueblos—América y España—, nacidos de un mismo tronco, luchan bravíamente por su independencia. España, invadida por Francia en 1808, rompe el yugo opresor, dando un ejemplo de valor cívico extraordinario, porque, contra los primeros ejércitos de Europa, fué su pueblo el que, levantado en armas, sin tropas regulares y sin hombres de gobierno, gana una guerra homérica y terrible.

No pudo el invasor contra la altivez de una raza y cayó en la demanda, dejando en la historia la fecha indeleble del 2 de Mayo, como símbolo de conciencia y de valor colectivos.

Esta efemérides gloriosa tiene su igual en América,

donde otro pueblo, viril y entusiasta, alza su bandera de rebeldía contra un Gobierno tiránico, contra un sistema opresor, al que no pueden acatar los hombres libres sin el sonrojo y la vergüenza.

1808-1814: España y Francia. 1810-1825: América y España. He aquí las épocas iniciadoras de nuevos derroteros para dos pueblos orgullosos y atrevidos, esforzados y valientes, que por motivos distintos, pero impulsados por una misma fuerza—el amor a la libertad y a la independencia—, se yerguen, sangrientos, iluminados y gloriosos, en la noche social que amenaza a intervalos envolverlos para siempre en sus sombras.

II

Han llegado los días en que, sucediendo a Meléndez y a sus discípulos, como observa un historiador de literatura, surge en la península, invadida por Napoleón, la oda quintanesca, ensalzando la independencia y las glorias de la patria. Cienfuegos y Quintana, contra Godoy y los afrancesados, acaudillan entonces el partido liberal español antiabsolutista, ese partido que influye directamente en las ideas americanas, las grandes, las nobles, las fecundas ideas que han de dar, como fruto magnífico, la creación de pueblos libres, llenos de errores todavía, pero que han de ser orgullo del mundo en un mañana próximo.

Y aquí ha llegado el momento de precisar algo que surge a la vista del estudioso. Si es verdad que Rousseau

y los enciclopedistas franceses aparecen como reveladores a muchos de los precursores americanos, entre ellos hombres como Moreno y Nariño, de tan alto relieve en nuestra historia, también es verdad que los liberales españoles, especialmente Quintana y sus discípulos, «franceses en ideas, enemigos de Francia por la guerra», son los que influyen directamente en la poesía guerrera o política, heroica, como más propiamente debe denominarse, esa poesía que en América tiene tan altos representantes como Olmedo, el cantor de Junin, a quien Menéndez y Pelayo, esa suprema autoridad crítica de nuestra literatura, parangona con Quintana cuando dice: «Olmedo es, sin contradicción, uno de los tres o cuatro grandes poetas del mundo americano: no falta quien le dé la primacía sobre todos, y, dentro de cierto género y estilo, no hay duda que la merece. Bello es más perfecto y puro, más acrisolado de dicción, mayor humanista y de arte más exquisito; Heredia más apasionado y también más espontaneo, pero lleno de tropiezos y desigualdades cuando no acierta soberanamente. Si al cantor de la zona tórrida fué concedida la ciencia profunda de la dicción, y al poeta del Niágara la contemplación melancólica y apasionada, Olmedo tuvo, en mayor grado que ninguno de ellos, la grandilocuencia lírica, el verbo pindárico, la continua efervescencia del estro varonil y numeroso, el arte de las imágenes espléndidas y de los metros resonantes, que a la par hinchan el oído y pueblan de visiones luminosas la fantasía. El «os magna sonaturum» de Horacio parece inventado para poetas como Quintana y Olmedo.»

Olmedo, como Bello, como Heredia, como Varela, como López y como todos los poetas que figuran en este volumen, tuvo «el sello español, que suele ser en América el único y verdadero americanismo», como agrega, sagazmente, el mismo Menéndez y Pelayo; y es precisamente por ese «sello español», esa valentía, ese coraje en la idea y en la expresión, que estas figuras brillan más cada día, y, a medida que el tiempo pone serenidad en la apreciación de sus obras, son consideradas como glorias de España, galas de su literatura, porque no fué contra España que ellos entonaron sus cantos heroicos, sino contra un régimen tiránico, contra un Gobierno despótico como, sintetizando el pensar colectivo, en verso rotundo y con gesto magnífico, expresó Heredia, uno de los poetas representativos de América, cuando dijo:

¡A España, gloria; a los tiranos, muerte!

Años más tarde, en medio del combate sin tregua con la Monarquía, el mismo Heredia cantaría, encendido en cólera, contra todos los tiranos:

Si el cadalso me aguarda, en su altura
Mostrará mi sangrienta cabeza,
Monumento de hispana fiereza,
Al secarse a los rayos dèl sol...

Así, con esa altiva conciencia, los grandes americanos, los poetas raciales, los vates admirables, los portaliras ci-

viles de nuestro despertar revolucionario, los cantores guerreros de la independencia, entonaban himnos inmortales a la libertad sin renegar de su raza.

III

Hijos de España, españoles ellos mismos, por la tradición, por el idioma, por la religión y por las costumbres, ¿cómo podemos hoy aceptar el criterio erróneo, absurdo, inhumano, de que los pueblos de América combatieron contra una raza, contra la raza española, que era la suya propia, a cuya civilización pertenecían, la raza de sus padres, de la que eran continuadores, de la que habían heredado sus virtudes y sus defectos, sus heroísmos y sus pasiones, sus energías y sus debilidades, sus ascetismos y sus vicios?

Lucharon, sí, bravía, altiva, heroicamente, armados de toda la justicia, pero no contra una raza, no contra un pueblo, sino contra una política, que, si un día tuvo razón de ser, ya estaba en decadencia y no convenía al desarrollo de las nuevas democracias, que eran, que son, que serán siempre glorias españolas.

Por eso hoy, sin que quede una sola sombra latente entre España y los pueblos de América, sin que, pasada la lucha por la independencia, subsista un resquemor, puede y debe España leer y apreciar la obra de estos poetas que, precisamente, por ser muy «americanos», son españoles, son poetas de una misma estirpe, gloria común de la raza.

IV

Más que error, injusticia flagrante ha sido la de negarle valor, no sólo literario, sino histórico, a la obra de los poetas heroicos de la época revolucionaria de América, porque, según una crítica ignorante y parcial, esta obra iba contra el sentimiento patriótico español.

Injusticia flagrante, sí: primero, desde el punto de vista literario, porque es esta poesía, llena de pasión, representativa de una de las notas más originales de la lírica americana, y segundo, desde el punto de vista político, porque, como ha observado hace muy poco y muy acertadamente un historiador, «no fué la nuestra una contienda de razas, sino conflicto civil de los ideales en un solo pueblo, puesto que americanos como Goyeneche y Tristán sirvieron a la causa de la metrópoli y numerosos españoles (algunos, agrego yo, de tan alto relieve como Arenales, el vencedor de Pasco y la Florida, que comparte con San Martín, como general argentino, la gloria de la campaña del ejército libertador del Perú) ayudaron a la causa de América». De España vino la tiranía de que nos habla el himno argentino; pero también de España vino la libertad. En una logia de Cádiz se iniciaron los San Martín, los Alvear, los Rodríguez Peña, los Moldes, los Pueyrredón, los Gurruchaga y tantos otros campeones de la independencia. En los ejércitos españoles habían hecho su aprendizaje de las armas nuestros principales guerreros; en las Universidades españolas habían hecho

su aprendizaje de las ideas nuestros principales publicistas...»

Una entidad social tan importante como el Ateneo Hispano-Americano de Buenos Aires, en un significativo documento, destinado a solicitar el apoyo de las autoridades argentinas para conmemorar el centenario del pronunciamiento efectuado en Cabezas de San Juan, conocido en la historia con el nombre de «grito de Riego», ha manifestado al respecto, y recientemente también, un criterio análogo, en conceptos dignos de ser reproducidos, porque, además, tienen ya un valor colectivo de altísimo relieve.

«El acontecimiento que el Ateneo desea ver dignamente conmemorado—se dice en dicho documento—, no es un acto insurreccional vulgar, sino que es el fruto de la idea orgánica que encarnaba la revolución americana y que inspiraba también a la revolución liberal y constitucional española, porque ambos movimientos eran afines y procuraban adaptar a las necesidades de la España europea y de la España americana, las fórmulas de libertad y de igualdad humanas y de soberanía democrática proclamadas por revoluciones seculares y que acababan de tener una consagración concreta y una aplicación definida en la revolución de los Estados Unidos y en la de 1789 en Francia.

El pleito esencial en España y en América se plantea entre la monarquía retardataria y el pueblo consciente de sus derechos, entre el absolutismo y la libertad. La naturaleza verdadera de nuestra lucha por la independencia nacional no fué un sentimiento de odio, ni de

raza, de desagravio o de reivindicación de derechos, sino que fué un movimiento profundamente humano hacia la libertad, civil y política, para que el Gobierno dependiera del pueblo y no del monarca, a fin de asegurar los derechos de que carecían casi por igual, tanto los españoles de Europa como los de América.

Por eso, en las logias y sociedades secretas, en las Cortes de Cádiz, en el Comité de emigrados españoles en Londres y en los diarios de aquella época, se nota una franca comunidad de ideas y solidaridad de intereses entre los revolucionarios españoles y los americanos, no obstante la tendencia decididamente hacia la independencia que estos últimos diseñaron desde 1812, y especialmente desde 1814, cuando la reposición de Fernando VII en el Gobierno absoluto.

La mayoría de los liberales españoles razonaban con el criterio elevado del ilustre estadista y economista don Alvaro Flores Estrada: «Si los americanos han de seguir tratados como hasta ahora, que se independicen.» Mejía Lequerica, una de las más altas cumbres intelectuales de la América heroica, natural del Ecuador, decía en las Cortes de Cádiz: «Tantas vejaciones hay aquí como allá, y si las provincias españolas tienen derecho a quejarse, las americanas tienen el mismo.» Y Fernando López Lisperguer, natural de Buenos Aires, decía en ese mismo augusto recinto: «América, lo mismo que España, ha estado sumergida en la ignorancia y subyugada por el despotismo.»

Luego, refiriéndose a la personalidad de Riego, se agrega en dicho documento:

«Riego llegó a ocupar por un instante el primer lugar en el escenario de España y Europa, pero su estrella resultó fugaz y se disipó en seguida. Abandonado por el pueblo, a cuyos intereses se había consagrado y combatido por la Santa Alianza, fué condenado a la horca, y su cadáver descuartizado, de acuerdo con una ley de Partidas, dictada casi seis siglos antes, solicitando el fiscal y ordenando el tribunal que la cabeza del patricio se colocara en el lugar de San Juan, donde promovió la sublevación del ejército destinado a reconquistar a Buenos Aires.

Semejante iniquidad, según resulta hoy a los ojos de las generaciones presentes, y según resultó siempre para los liberales españoles y para los hispanoamericanos, ocurrió el 7 de noviembre de 1823, y un testigo presencial escribió de esta fecha: «Día de execración y de luto para los amantes de la libertad.»

El Ateneo Hispano-Americano cree que ha llegado el momento de tributar un homenaje indiscutiblemente merecido a esos españoles liberales que nos comprendieron, que nos alentaron y que nos ayudaron, a pesar del anatema de traidores con que los combatiera el Gobierno y el público de su época. Entre esos hombres se impone, en primer término, a nuestra gratitud, el de Rafael Riego, acreedor, sin lugar a duda, a que su nombre sea perpetuado en algún sitio, calle o monumento público.

Esta aspiración no podrá menos de ser compartida con júbilo por la gran mayoría de la colectividad española residente en nuestro país y por el Gobierno que preside el caballeresco rey Alfonso, pues además de inspirarse en un propósito de justicia y de conciliación históricas, sobre

un punto que resulta de unión, aun cuando de él se ha emergido nuestra independencia, hace ya largos años que el nombre de Riego fué ampliamente rehabilitado en la propia España, por el real decreto de 31 de octubre de 1835, cuyo artículo 1º dispone lo siguiente: «El difunto general don Rafael Riego es repuesto en su buen nombre, fama y memoria.»

Ya Menéndez y Pelayo hizo notar que los libros americanos escaseaban notablemente en España. Muchos, decía el admirado maestro, y quizás de los más importantes faltan, no sólo en nuestra biblioteca particular, sino en la de la Academia, en la Nacional de Madrid y en otros depósitos públicos. La guerra, agregaba (y he aquí lo que yo desearía poner de relieve, en forma definitiva: el desconocimiento casi completo de una época y de una literatura, que debe ser reivindicada como netamente española, pese a su apariencia negativa y hostil), trajo un período de incomunicación literaria que no ha cesado hasta nuestros días, y de aquí que, por lo tocante a libros americanos, los más conocidos en España sean o los muy antiguos (los de las centurias coloniales), o los muy modernos.»

V

Año 1810.—Glosando a un escritor español, al hablar del año 1808, bien podríamos decir de aquella fecha americana que es la más memorable en los eternos fastos del heroísmo; fecha en la cual, como en ninguna otra, abrió América su pecho para cuantos quieran, imparcial-

mente, calar hasta las más hondas fibras del alma patria. Fué entonces cuando el espíritu nativo de independencia convirtió a cada ciudadano en un guerrero, a cada ciudad en un Estado que, unidos, hicieron fuerte al pueblo antes sin voz y a punto de morir...

«Por entonces—observa don Juan María Gutiérrez—el sonido de las liras americanas se perdía entre el gran concierto de las españolas: el hilo de agua, por decirlo así, se engolfaba sin dejar huella en el mar a cuyo alimento contribuía. Pero la revolución política, que convirtió los virreynatos en repúblicas, encordó con bronce aquella lira. Y como la única ocupación de los brazos fué el manejo de la espada, y la victoria la exclusiva inspiratriz del ingenio, el carácter de la poesía, durante la lucha de la emancipación, fué puramente guerrero. Entonces canta Fernández Madrid; López entona su «Himno» imperecedero; Olmedo eterniza el nombre de «Junin» a par del suyo; y otros muchos entusiastas y nobles, siguen el carro de la victoria hasta el término de su carrera.»

Fué aquella la época heroica, la de la gesta magna, estado político que se reflejó en la literatura, sobre todo en la lírica. Como en España, al estruendo de la guerra contra los ejércitos invasores del corso «traga pueblos», se les cayó el caramillo de las manos a los enzamarrados discípulos de Meléndez y otros pífanos y atabales, otras voces apasionadas atronaron el espacio—según el decir de Cejador, que es el escritor español a quien voy glosando en estas líneas—, así en América, al par de la de los Cienfuegos y Quintanas, surgen las de los López, los Bello,

los Olmedo y los Heredia, que son los Tirteos de aquel momento, único en la historia, convocando a los pueblos a las luchas sagradas por la libertad, diseñándoles el camino del decoro e incendiando el alma colectiva con la llama purificadora del heroísmo condensado en estrofas inmortales.

Fueron ellos los vates, los profetas, los aedas sublimes, cuyos cantos hoy recogemos en este libro, como el más alto ejemplo de dignificación humana. Ellos exteriorizaron en sus cantos y en horas de peligro, en horas en que estaba amenazada la dignidad de sus pueblos, toda la energía de una raza que no quiere morir en la abyección; ellos escribieron el catecismo revolucionario de América, enseñando para siempre que la tiranía es planta envenenada y que contra todos los opresores del mundo debe alzarse la conciencia colectiva, dispuesta al sacrificio magnánimo antes que al sometimiento cobarde.

Y es la España altiva, la España fuerte, la España grande, madre de esos pueblos, la primera que debe reconocerlo así. Sin esa altivez, sublimizada en estos cantos; sin ese heroísmo ensalzado por estas voces, hoy no existiría esa veintena de Repúblicas hermanas, nacidas del tronco español, españolas ellas mismas, realidad admirable y presente, orgullo y porvenir del mundo.

* * *

Y ahora, explicado el concepto que tenemos de la poesía heroica en América, completaremos este prólogo con las noticias biográficas de los autores cuyos son los trabajos integrantes del presente volumen.

No está de más advertir aquí que hemos descartado de estas páginas algunas piezas características de poesía patriótica y guerrera, que por su índole especialísima deben figurar en el volumen VII de esta misma colección, destinado a «La musa del pueblo». Entre dichas composiciones están los famosos «cielitos de Maipú» y otras obras anónimas llenas de interés e improvisadas muchas de ellas en los vivac de la milicia revolucionaria.

Vicente López y Planes

Nace en Buenos Aires el 3 de mayo de 1785 y muere en la misma ciudad el 10 de octubre de 1856.

Es uno de los primeros poetas de la epopeya emancipadora de América. Autor del Himno Nacional Argentino, Vicente López y Planes es, en su país, la figura más culminante de esa pléyade de «sacerdotes de la creencia de mayo» que, al decir de Gutiérrez, «han mantenido siempre vivo, en el altar de la patria, el fuego de sus primeras centellas».

Pertenece a ese grupo de publicistas admirables, guerreros y poetas, hombres de pluma y de espada, autores y actores del gran drama de la revolución «que ellos mismos escriben y representan», generación denodada que «en los campos de batalla, en las asambleas, en los consejos del Gobierno, por medio de la acción y de la palabra, estaba destinada por Dios para transformar una colonia en una nación independiente», como dijo en la tumba de López uno de sus biógrafos.

Estudia bellas letras y filosofía en el colegio de San Carlos, donde, orgullo de sus profesores, sobresalió por sus altas condiciones entre los jóvenes de su curso. Apenas cumplidos los veinte años, figura como capitán de «Patricios» en las valientes legiones defensoras de Buenos Aires, durante los dos asaltos ingleses verificados en 1806 y 1807. Entonces escribe su primer ensayo de poesía patriótica, con el título de «Triunfo Argentino», romance frondoso con dejo épico, pieza en que pueden apreciarse las siguientes cualidades: vigor de expresión, movimiento, interés en el relato, fuera, naturalmente, de su valor histórico importantísimo, y en la que aparece, en embrión, el cantor viril destinado a dar a su patria la canción nacional sancionada por la Asamblea General del año 13 y por todas las generaciones argentinas. Conjurado el peligro inglés con la capitulación y el alejamiento definitivos de los jefes invasores del Río de la Plata, marchó López a Chuquisaca, donde siguió sus estudios hasta 1810, en que se vincula al ejército argentino destinado al interior. En el año de 1813 el pueblo de Buenos Aires lo elige su representante ante la Asamblea General, y, como delegado popular, ejerce una acción brillante. Dos años después estalla la revolución de abril, y, disuelto el Congreso, ocupa López el puesto de secretario del Director Balcarce. Durante el gobierno de Pueyrredón, desempeña con dedicación y competencia el ministerio de Gobierno. Vuelve al Congreso como delegado del pueblo y su acción allí es fecunda, altiva, llena de nobles iniciativas. Entre éstas deben figurar, en primera línea, la institución de los estudios clásicos en la Universidad y la

fundación del Departamento Estadístico de Buenos Aires. En 1822 dicta, en la Universidad mencionada, el curso de Economía Política. Es maestro esclarecido de una generación que más tarde, perseguida por una tiranía ignominiosa, ha de dar pruebas inequívocas de abnegación y entereza bajo una expatriación tristísima y dilatada.

En el año 26, al renunciar Rivadavia la presidencia constitucional, López fué designado para reemplazar provisionalmente al primer hombre de Estado con que ha contado la Argentina. Y vienen los años dolorosos de la guerra civil hasta la inmolación de Dorrego, preparadora del advenimiento de la tiranía. La derrota de Lavalle hizo que el Poder cayera en manos de Rosas, y una noche constitucional de veinte años se inicia para la República en pañales.

Vencida la tiranía el año 52, ocupa la gobernación de Buenos Aires, el 4 de febrero de dicho año, y con el desempeño de este alto puesto termina la vida política de López.

Hemos de dar aquí algunas otras noticias referentes a este autor, cuyo nombre tiene tanta importancia, especialmente por ser el creador del Himno Argentino, «ese verbo inflamante de las multitudes americanas», que, como ha dicho alguien, «en la paz como en la guerra han cantado las legiones ébrias de triunfo y de patriotismo, desde la plaza de la Victoria a la última carga de Junín», porque no sólo había encarnado López en aquel momento el verbo de la argentinidad, sino condensado en sus estrofas el espíritu de rebeldía americano. Su himno, inspirado, sencillo aunque solemne y

sonoro, como el género lo requería, era el grito heroico de la América independiente, anunciando al mundo:

¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

grito heroico y sagrado que los mortales oirán ya para siempre como el símbolo supremo de la vida a través de todas las generaciones que se sucedan al correr de los tiempos.

«Cuenta la tradición, dice la crónica, que, luego de convocar la Asamblea a un concurso para componer una canción patriótica a los poetas de aquel entonces, sólo se presentaron el Doctor López y Fray Cayetano Rodríguez. Una noche, el poeta Luca, que era un eximio declamador, leyó en la tertulia de la señora María Sánchez de Thompson, el himno de López, que aún no había sido aprobado por aquellos asambleístas, que tanto contribuyeron con sus determinaciones al logro definitivo de la independencia americana. Entre los contertulios se hallaba el músico español Blas Parera, quien, entusiasmado a la vez que por los versos, por la emoción que vibraba en el salón, se sentó al piano e improvisó el acompañamiento musical. El entusiasmo no tuvo límites entonces. A la media hora todos los invitados de la señora Sánchez de Thompson cantaban a coro:

Sean eternos los laureles
Que supimos conseguir:
Coronados de gloria vivamos
O juremos con gloria morir.

Fray Cayetano Rodríguez, presente en la reunión, rompió las cuartillas donde había escrito su «Himno», y se echó en los brazos de López, conmovido hasta las lágrimas.»

Al poco tiempo de esta escena, el 11 de mayo de 1813, la Asamblea declaraba canción nacional argentina los versos viriles e inspirados de López que figuran en este volumen.

Andrés Bello

Nace en Caracas, el 29 de noviembre de 1781, y muere en Santiago de Chile, el 15 de octubre de 1865.

Poeta, diplomático, jurisconsulto, filósofo, funcionario público y maestro siempre. He aquí sintetizada en dos líneas la vida admirable de este varón excelso, una de las más puras, más altas, más probas y más fecundas con que ha contado la América independiente.

Verdadero educador, en el más amplio sentido de este vocablo, civilizador, o desbarbarizador de un ambiente lleno de sombras, acumuladas por el despotismo, el dolor y el odio, producidos por la lucha revolucionaria contra la monarquía, su obra alcanza las magnitudes de una redención. La redención por la enseñanza, por la reflexión, por el conocimiento asimilado en su mentalidad maravillosa y que él, generoso, apostólico y magnánimo, va sembrando a manos llenas por las tierras de América, las tie-

rras de sus ensueños, esas que él ve llenas de asperezas y hostilidades, pero cuyas malezas y ortigas comienza a arrancar de cuajo con mano magnífica de sembrador de ideales.

Ved ahora, en síntesis, el camino recorrido por este hombre extraordinario:

En 1809 se da a conocer en su país como poeta. Imita a Horacio y a Virgilio, a quienes conoce profundamente. Lee a Cervantes, a Calderón y a Lope, principalmente. En 1810, durante el movimiento separatista de Colombia, va a Londres, enviado en misión especial por el gobierno central de Caracas, junto con López Madoy y Simón Bolívar. Reside en Inglaterra hasta 1829, en representación de Colombia y de Chile, ocupando puestos diplomáticos de gran responsabilidad y transcendencia para América. Estudia filosofía y griego. En esta época pasa a Chile, donde se dedica al profesorado, y, por fin, creada la Universidad, se le nombra rector. Ya tiene cincuenta años. La llegada de Bello a Chile coincide con el nacimiento, puede decirse, de este pueblo. Circunstancia providencial y feliz que ha inspirado a Blanco Fombona las siguientes consideraciones tan justicieras como bellamente expresadas:

«Sólo en sociedades que se constituyen, lo que no ocurre cada día, puede un ciudadano ayudar con tan eficaz virtud y con tan múltiple esfuerzo—como Bello en Chile—a levantar el edificio nacional. Sólo en tales circunstancias puede un hombre, como no calce botas de siete leguas, recorrer territorios entre sí antípodas. Sólo en tales ocasiones de creación, en que todo es indicar rum-

bo, abrir cauce, descuajar montes, puede un hombre como Bello, si su aparición en la Historia coincide, por fortuna, con el instante de nacer una República, desplegar su entera virtualidad.

Así logró el maestro enseñar a pensar, por medio de su «Filosofía»; enseñar a hablar, por medio de su «Gramática»; enseñar a conocer la hermosura poética y a gustarla, por medio de su «Métrica» y sus versos; enseñar el pasado del Arte, por medio de su «Historia de la Literatura»; enseñar la ciencia astronómica, por medio de su «Cosmografía». Así pudo codificar leyes, dictar principios de Derecho para que el Estado se guiase en sus relaciones con otros pueblos; llevar el pan cotidiano de la inteligencia a los pueblos en la hoja del periódico; legislar desde su curul de senador; dirigir las relaciones exteriores de la República y ser rector de la Universidad. Y todo a un tiempo. Como subió tanto en la admiración y gratitud de los hombres, la más clara y prolongada lección moral fué la que dió viviendo, dejándose vivir, dejándose ver vivir aquella vida de sabio, de repúblico, de apóstol, tan cristiana y tan ejemplar.

Chile, que lo tenía sentado a su mesa en puesto de honor, escuchaba el primero y con más beneficio la palabra del maestro; pero la palabra pronunciada en Santiago repercutía en casi todo el continente.

Atravesando todas las Repúblicas, sin excepción alguna, el mismo período de crecimiento y organización, nada convenía a cualquiera de ellas que no fuese utilizable a todas. Cuando aparecía, impreso en Santiago, algún libro de Bello, el libro se devoraba y hasta se reproducía,

ora en los diarios, ora en volumen, ya en Lima, ya en Buenos Aires, ya en Bogotá, ya en Caracas, ya en Méjico. Las múltiples ediciones de sus libros llevan al pie el nombre de las distintas capitales americanas. Y lo que de perdurable y general tenían sus obras, repercutía también, aunque más vagamente, en Europa. El «Tratado de Derecho», la «Gramática castellana», los «Estudios filológicos», los versos, han sido publicados varias veces en España, ya en Madrid, ya en Barcelona. La Real Academia Española adoptó como propio el «Tratado de Prosodia de la Lengua Castellana», de Bello. La mejor edición de la «Gramática», edición avalorada por las notas del ilustre don Rufino Cuervo, ha sido publicada en París y circula en ambos mundos..»

En política internacional es una autoridad y los gobiernos le consultan. Se le nombra árbitro en cuestiones pendientes entre Estados americanos. Escribe un texto sobre Derecho romano, que es modelo en su género. Otro de Derecho internacional, que también lo es. Se le traduce al inglés y al francés y se le considera como autoridad por todos los tratadistas. Su «Gramática Castellana», admirable por muchos motivos, le abrió las puertas de la Academia Española, que le nombró miembro honorario. «Fundada en principios originales, nuevos en su mayor parte—dice uno de sus biógrafos—, y atrevidos muchos, la teoría gramatical de Bello se separa por completo de la rutina y se funda sobre estudios propios, estudios tan prolijos como profundos sobre la índole y naturaleza del idioma.» Escribe una obra de cosmografía y otra de historia de la literatura antigua. Redacta obras maes-

tras sobre crítica literaria, filosofía, ciencias naturales, jurisprudencia y filología. Venezuela, Chile y la América toda le deben la parte más elevada de su cultura.

José Joaquín Olmedo

Nace en Guayaquil, el 20 de marzo de 1780 y muere, en la misma ciudad, el 17 de febrero de 1847.

Este magnífico poeta americano fué también hombre múltiple y fecundo, como necesaria, fatalmente, tenía que darlos la época y el medio caótico y revolucionario en que actuó. Poeta y hombre de Estado, fue Olmedo a la manera de Bello, un alto educador de su pueblo, actor en la contienda emancipadora de América, que distribuyó las horas de su admirable vida entre las musas y la política.

He aquí, en síntesis, cómo narra la crónica la gestación y el desarrollo de su acción fuera de la literatura:

Estudió en Quito y Lima (1794), donde se doctoró, en 1805, y enseñó Derecho romano; abogó en Guayaquil, y en 1810 fué nombrado diputado para las Cortes de Cádiz. Volvió en 1814 a América y formó parte de la Junta de Gobierno de Guayaquil, en 1820; del Congreso constituyente del Perú, en 1823, y de la Comisión que fué a pedir ayuda a Bolívar, de quien se hizo entonces amigo, y que le envió después de Ayacucho como mi-

nistro plenipotenciario a Londres. Estuvo en Europa hasta 1828 y en 1830 acudió a la Convención de Ríobamba, que separó al Ecuador de Colombia. Después fué Vicepresidente de la República, Gobernador de Guayas. Presidente de la Convención de Ambato (1835), y desavenido con Flores, púsose contra él en 1845, al frente del Gobierno provisional. Dos años más tarde su vida se extinguía, en la ciudad de su nacimiento, en medio del dolor general de un pueblo que reconocía en él a uno de los grandes espíritus de la América.

En cuanto a su obra de poeta, tiene una importancia enorme, como queda explicado suficientemente en la introducción de este prólogo.

José María Heredia

Nace en Santiago de Cuba, el 31 de diciembre de 1803, y muere en Toluca (México) el 7 de Mayo de 1839.

Fué el poeta, «es» el poeta, el gran poeta de Cuba, la heroica, la noble, la fuerte, la, hasta ayer, desventurada patria; la inmolada, la sacrificada, por años interminables de tiranía, pero la indómita, la rebelde de todos los instantes, cuya odisea, por conquistar la libertad, excede, en media centuria larga, a la de sus hermanas de América, muchas de ellas repúblicas ya, florecientes y asentadas sobre sólidos cimientos, cuando ella, la estrella solitaria, por motivos históricos, que no es del momento

analizar, seguía sola, abandonada cobardemente y aureolada de sangre, su camino de gloria y de martirio.

Político, revolucionario, guerrero, poeta siempre, vida inquieta y tormentosa, cruza como un meteoro por tres de los pueblos de su América adorada—Santo Domingo, Venezuela, México—, y deja en ellos el gérmen de la rebelión contra sus opresores, encerrado en versos magníficos de sentimiento, violentos y atrevidos como el ansia inextinguible de independencia que los inspira.

Más que otro cualquiera de los poetas de su patria, Heredia, al decir de Sanguily, «pertenece a España ciertamente por la lengua en que injurió su tiranía, por la lengua en que asimismo enalteció y honró su raza española; empero, pertenece a Cuba por el alma, por la pasión con que la amara, por sus sueños de redención y de gloria, por los infortunios y amarguras que sufrió por ella, y por esa lengua también, que si con ella maldijo, desesperó y lloró, lloró, desesperó y maldijo en nombre y por amor a Cuba».

El mismo Sanguily excelente biógrafo de Heredia, a quien vamos a seguir en estos apuntes, dice que la familia del poeta, oriunda de aragoneses nobles, de los fundadores de Cartagena, procedía de Santo Domingo, de donde, huyendo de inminente catástrofe, fué con otras muchas a acrecentar la riqueza y cultura cubanas a principios de 1800.

Su padre, espíritu humanitario y filantrópico, fué su primer maestro y guía. Fué niño precoz. A los tres años ya sabía leer; a los ocho se entusiasmaba con las narraciones épicas de Homero y traducía a Horacio; pero sus

modelos, más tarde, fueron principalmente Cienfuegos, Meléndez, Villegas y Quintana.

Los distintos empleos del jefe de la familia, que era magistrado le llevaron a algunos países de la América latina, sobre todo a Venezuela y México, cuando por todos ellos sentíase ya el movimiento, la agitación precursora de grandes cataclismos y del cambio más profundo que viera quizás la humanidad después de la caída del imperio romano.

Las inicuas hecatombes que amontonaba la ferocidad de Boves y Monteverde en Venezuela, afligieron su corazón sensible; pero, en cambio, por aquellas tierras oía doquiera, del Norte, del Sur, de la abrupta Colombia y del lejano Plata, el rumor inmenso de un Continente entero, que, al grito de independencia hacía pedazos la corona colosal de los reyes españoles, enarbolando, en las cordilleras y en las pampas, las enseñas de nuevas nacionalidades.

Entretanto, sigue estudios de Derecho romano, interrumpidos con frecuentes intervalos hasta que, por fin, se hace abogado en Puerto Príncipe. En esta época se estableció en Matanzas compartiendo con las atenciones propias de su profesión, el cultivo de la poesía. Sus primeros ensayos le conquistan el mejor puesto entre los poetas de entonces. Por aquella época de su vida teníase por español. Para él la patria era «España libre», y por tal la cantó con ardorosa devoción, como lo hacemos constar al principio de este prólogo, en estrofas inspiradas que antes que odio respiran entusiasmo y amor.

¡Oh, vergüenza, oh, dolor, oh, patria mía!

dice de España, y en otros versos expresa el carácter condicional de su afecto. España era la patria mientras fuera libre; mientras mantuviera libres y dignos a los españoles todos. Esta es la síntesis de su pensamiento. Concebía y amaba la libertad—agrega textualmente Sanguily—, «en el sentido vago, profundo y misterioso de una religión, y cuando quiere que el mexicano caiga sobre Cuba, su rencor no es contra los españoles, sino contra su tirano, al que llamaba «el opresor de Iberia». Hijo apasionado de Cuba, fué, sobre todo, vate de la libertad, que en democrático ardor creía que la realeza es una mengua, que la tiranía es un crimen, y pensaba, desdeñosamente, que el héroe que sueña con una diadema, «se abate hasta monarca». En suma, fué «el poeta», que sintió intensamente la santa ambición de todos; la aspiración, el entusiasmo de todos; la idea impulsiva y sublime que agitó y enardeció varias generaciones de cubanos; fué el alma misma de esta agrupación humana, y exhaló de su corazón, vibrante como el bronce de un combate, sus dolores y sus esperanzas, su desesperación y su amargura revistiéndolos del esplendor de sus versos, en esa íntima y maravillosa unificación de la poesía, que parece un sueño, cuando es la realidad más profunda, la revelación armoniosa y sentida del fondo de las cosas y del secreto de las almas».

El período constitucional del año 20 le vió en la Habana dirigiendo un periódico literario. Desde entonces su nombre estuvo en todos los labios envuelto en alabanzas, y sus versos se aprendieron de memoria o circularon manuscritos con entusiasta profusión.

Tres años más tarde, en 1823, a los veinte de su edad, el Gobierno español le desterraba de Cuba, por «separatista y conspirador», como dicen algunos cronistas españoles; pero la verdad es que al mismo tiempo que caía Riego en la península, Heredia, perseguido, arruinados sus proyectos patrióticos, pero menos desgraciado que aquel audaz liberal, escapaba al extranjero, donde permaneció trece años esperando el curso de la causa política que se le siguió en la Habana, y esperando siempre en regresar a la patria. Entonces, el desterrado, desde tierra extranjera, escribe su sentidísima epístola «A Emilia» y el «Himno del desterrado», obras ambas que el lector puede leer en este volumen. Vive tres años en los Estados Unidos, cantando y conspirando siempre, y entre un grito y otro de rebelión magnífica, entona su famosa oda al Niágara, que obscurecerá a todas sus composiciones, así sean éstas tan admirables como la meditación sublime en el «Teocallí» de Cholula, que inspira a su biógrafo la siguiente afirmación: «Es positivo que siempre será motivo de legítimo asombro el que un adolescente haya podido levantar el pensamiento a tanta altura con tan olímpica serenidad, encerrando en breve espacio, como en miniatura deslumbrante, la creación entera: el porvenir y el pasado, el sentimiento y la contemplación, la melancolía y la fe, la filosofía y la historia, la humanidad y la naturaleza.»

En 1826 pasa a Méjico, donde, como su padre, ejerce la magistratura, y vive allí hasta 1836, en que se le permitió el retorno a la patria.

He aquí, para finalizar estos apuntes, la página bellísima

y tierna que con aquel motivo su digno biógrafo, el ilustre cubano Manuel Sanguily, dedica al poeta de la lira heroica y soberana: «Uníalo a Cuba aún más estrechamente la imagen de la madre, que para su cariño era la mejor y la más amada. Lloraba con ternura y acaso con remordimiento al contemplar en su retrato la frente venerada en que el tiempo y el dolor habían impreso sus huellas. Recordaba entonces cómo había desatendido, frenético sus consejos; el luto y la aflicción con que hubo de pagar su infatigable anhelo por el bien de su hijo que se lanzaba, imprudente, en pos de un fantasma de libertad inaccesible; lamentaba las noches en que, quizás por su culpa, viera ella en su fantasía alzarse horrible el patíbulo sangriento, y le atenaceaba, sobre todo, su separación, tal vez eterna. Por estos motivos, el hijo inconsolable palpitó de gozo cuando, en 1833, la amnistía de la Reina Regente de España franqueó a los desterrados el camino de la patria. Y, aunque la suspicacia se alzaba ante él para estorbar su regreso, decidió, a despecho del odio y la venganza, volver a ver a su madre, siquiera por la última vez. Proponíase hacerlo en Nueva York, en llegando la primavera de 1836. Entretanto, un amigo constante obtuvo para el poeta el consentimiento del gobernador de Cuba; y el mismo día, y el mismo mes que cumplieron trece años de ausencia, tuvo la delicia inefable de abrazar a su madre envejecida, borrando los amargos pesares que le causara, con sacrificio doloroso y grande.

Sus esperanzas de fijarse en Cuba definitivamente, para prolongar su efímera existencia, pronto se desvanecieron.

En enero de 1837 partió otra vez, rumbo a Méjico, y para colmo de tribulación y desengaño encontróse al llegar aquel fiel y honrado servidor de la tierra adoptiva que las cosas habían allí cambiado, que una ley reciente exigía la condición del nacimiento mejicano para los cargos de la magistratura. ¡Fuera de Cuba, donde dejaba su familia materna, donde había quedado también su propia alma, no era más que un extranjero! Contrariado, tristísimo, transido de pena, más enfermo que nunca, quiso retornar a ella; pero los franceses, en Veracruz, los rebeldes en Tampico, le impidieron la salida. Dobló entonces la frente marchita, encomendóse cristianamente a la misericordia de Dios, y al fin, el 7 de mayo de 1839, descansó aquel combatiente de la vida, se rindió el patriota rebelde, enmudeció por siempre el gran poeta. Como para que, hasta después de la muerte, sea símbolo de Cuba, sus huesos fueron arrojados al azar... De él no resta, pues, más que su espíritu en los sones inmortales de su lira, que se escuchan por los ámbitos del mundo, que arrullaron nuestra infancia, que consolarán nuestra vejez, que serán el cántico perenne que, como alma de la patria, estrecha unas a otras las generaciones de cubanos, brillante, amorosa, inapagable estrella, que es y ha sido entre las sombras de nuestro destino, y en la gestación de nuestra conciencia, como la Vía Láctea en la noche del firmamento, anillo misterioso, soberana lumbrera, en que los sentimientos y las ideas, como los soles al través de las edades y los gélidos espacios, difunden el calor de la vida y las bendiciones de la luz.»

Juan Cruz Varela

Nace en Buenos Aires, el 24 de noviembre de 1794, y muere, expatriado, en Montevideo, el 23 de enero de 1839.

Poeta civil argentino, canta, antes que Echeverría, y después de López, las glorias políticas de América. Su estilo es el grandilocuente, sonoro y enfático de la época en que Quintana impera. Desigual en su inspiración y en su forma, acierta a las veces en cantos perdurables, como el dedicado a la victoria de Ituzaingó, ese «valiente ensayo épico-lírico», según lo clasifica Menéndez y Pelayo, y la más completa, sin duda, de sus obras.

Tiene extensa, profunda cultura clásica, y es uno de los primeros hombres de letras de la época revolucionaria.

Vive una vida agitada, tormentosa, como la de todos los hombres de su tiempo; canta, con verbo inflamante y vengativo, los hechos culminantes en que toman parte las armas argentinas; acompaña con su musa a los ejércitos de la independencia, desde el año 18, en que se siente conmovido por el triunfo de San Martín, en Maipo; entona entonces sus primeras estrofas guerreras, y ya desde ese instante histórico es la lira heroica su predilecta, como que era la que más se avenía con su temperamento de patriota.

Se inicia como poeta, siendo un niño, e imitando a Boileau en una crónica rimada de un motín estudiantil

en el que toma parte, asonada universitaria muy sonada que hubo en Córdoba argentina, donde comenzó sus estudios, y en «la que los alumnos se atrincheraron con mesas y bancos para resistir a la justicia».

Empieza admirando a los poetas griegos y latinos, cuya es la influencia que aparece en toda su obra primigenia: «Delia», «Laura», etc., hasta que escribe su primer trabajo importante, el poema «Elvira», en que toma por modelo a la «Silvia» de Arriaza.

Traduce a Ovidio (elegía tercera del libro I de los «Tristes») en forma que ya indica lo selecto de su gusto, e inicia con este autor sus importantes versiones de poetas extranjeros: Virgilio, Horacio, Lafontaine y Corneille. Después se siente inclinado a Cienfuegos y a Quintana; pasados los balbuceos infantiles, en que el amor es el tema preferente de sus inspiraciones; hecho hombre en medio de la lucha, en los momentos críticos de la guerra por la independencia, terminados sus estudios universitarios (se gradua de doctor en Córdoba, el año 16), llega la revelación; aparece el poeta verdadero que había en él; un hecho extraordinario lo estimula: la presencia de San Martín en Buenos Aires, la llegada del héroe «para informar al Gobierno de las vastas concepciones cuya realización debía consumar en el Perú». Desde aquel momento, Varela es el poeta de Buenos Aires, la ciudad heroica; el vate marcial de los cantos libertarios de mayo, la voz musical e inspirada que suena entre las multitudes, encarnando la protesta contra los tiranos, el regocijo ante el triunfo de las armas rebeldes, el anatema contra la crueldad opresora, y surgen entonces los

poemas cívicos, conmemoradores de Maipo, de la libertad de Lima, del incendio de Cangallo, hasta la victoria de Ayacucho, en que termina la guerra con España y cuyo es el héroe que le inspiró este ditirambo magnífico:

¡Bolívar! ¡Genio cuyo nombre estaba
en páginas de fuego
y con buril divino
grabado allá en el libro del Destino
desde que Dios los mundos arreglaba!

Entretanto, y como periodista, que también lo fué, y de altísimo relieve, ha acompañado a Rivadavia en las dos épocas célebres de su administración liberal y progresista. La obra sin precedente del primer estadista de América, tuvo en Varela un secundador y propagandista admirable; el cuerpo de doctrina social legado por Rivadavia a las generaciones argentinas, esa obra única de reconstrucción política, más admirada cuanto mayor es la distancia que nos separa de aquella época, y cuanto mayor es la cantidad de elementos a nuestro alcance para juzgarla, tuvo en Varela un comentador sagaz y comprensivo, un propagador consciente y fervoroso, que llegó a identificarse con el pensamiento del gobernante audaz y clarividente.

Y hemos llegado al año 26. La República Argentina prepara sus armas para combatir contra el emperador

del Brasil, Pedro I. ¡Vísperas augurales de Ituzaingó! La lira del poeta marcial vuelve a templarse:

El déspota altanero
que en el Brasil domina

pretende avasallar a los triunfadores de Chacahuco y Maipo: y los invictos guerreros,

Holladores audaces de montañas,

vuelven a ceñir el acero—que pudo quebrarse alguna vez, pero jamás doblarse ante el enemigo—, porque, según el poeta:

Los tronos, en el suelo americano,
son una mancha que borrarse debe;
y el que insolente a provocar se atreve
el valor argentino
siempre se estrellará contra el destino.

De la lira heroica de Varela brotan entonces cuatro cantos guerreros, que son como el preludio de su famosa obra poética «El triunfo de Ituzaingó», la más inspirada de su númen, y digna hermana de «La victoria de Junín», de Olmedo. Ambas van incluidas en este volumen como joyas preciadas de nuestra literatura y como vibraciones intensísimas de dos momentos extraordinarios, por su transcendencia histórica, de la vida política americana.

Varela cultivó también con éxito halagüeño la poesía festiva, o, más propiamente, satírica, y el teatro. De ambas manifestaciones nos ocuparemos oportunamente en los volúmenes que hemos determinado dedicar a estas dos ramas del arte literario.

Andrés Quintana Roo

Nace en Mérida de Yucatán el 30 de noviembre de 1787, y muere el 15 de abril de 1851.

Quintana Roo es uno de los verdaderos poetas que han defendido con la espada las ideas sustentadas en sus versos. Poeta de la época heroica, se afilia a la causa insurgente desde que Miguel Hidalgo, el primero y más célebre de los caudillos mejicanos, proclama en Dolores la independencia de su patria. Cuando estalló el movimiento, Quintana Roo se encontraba en la ciudad de México, y puesto en comunicación con sus compatriotas, rebelados en armas, tuvo ocasión de prestarles señaladísimos favores. Un idilio amoroso con la joven y admirable Leona Vicario, interrumpido por los parientes de ésta, a causa de las ideas de independencia sustentadas con valentía por nuestro autor, le decide a abandonar la capital y marchar al campo revolucionario, donde pone, desde entonces, al servicio de la patria, sus grandes condiciones de escritor y hombre de acción.

En la tarea de ilustrar a sus conciudadanos, excitán-

dolos a hacerse independientes, demostró una inteligencia y tesón dignos de tal causa. Fué uno de los eminentes redactores del «Semanario Patriótico» y del «Ilustrador Americano», importantes periódicos defensores de la justicia que asistía a la América española para romper el yugo de la monarquía.

En todas las penosas marchas a que se vió obligada por la implacable persecución realista, la Junta patriótica de Zitácuaro, Quintana Roo trabajó sin descanso, acompañándola y sufriendo, con entereza magnánima, las más grandes amarguras; en esta ocasión escribió la famosa proclama que en el aniversario del 16 de septiembre de 1812 dirigió a los mexicanos la Junta Suprema de la Nación. Como diputado por Puebla, asistió a las sesiones del Congreso de Chilpancingo, asamblea nacional constituyente que él presidió y que fué la que hizo la declaración de la Independencia de México. Le cupo también la gloria de escribir el manifiesto lanzado por este mismo Congreso a la nación.

En esa época, dice un cronista, «Leona Vicario, cuyas simpatías hacia los insurgentes, así como los servicios continuos en proporcionarles armas y noticias, fueron conocidos del Gobierno virreynal, fué encausada por la Real Junta de Seguridad y Buen Orden, encerrándosela en el Colegio de Belén, de donde fué sacada por los patriotas y conducida a Oaxaca. De allí pasó cerca del Congreso y contrajo matrimonio con el poeta.

Una tenaz persecución al Congreso por las tropas del Gobierno hacía que las personas que lo integraban estuvieran expuestas diariamente a perder la vida o caer

prisioneros. Las marchas y contramarchas penosas, muchas veces a pie; la carencia absoluta de recursos y de albergue, pues se dió el caso de que el Congreso celebrase sus sesiones bajo los árboles, la sufrieron con estoicismo y entereza. Leona Vicario acompañó a los patriotas en estas penalidades y los alentó a proseguir, con fe y entusiasmo, la causa de la libertad.

Terminado el período para el cual fué electo diputado Quintana Roo, no acompañó al Congreso en su marcha a Tehuacán: caminó por montes y villorrios en compañía de su valerosa compañera, siempre perseguidos por partidas realistas. Verdaderamente dolorosa fué esta peregrinación, en que carecieron hasta de lo más indispensable para la vida. Doña Leona dió a luz a su primogénita dentro de una cueva, guarida de animales salvajes, pero nada arredra a estos dos exaltados patriotas, y son de los pocos que no aceptan el indulto que reiteradas veces les proponen.

Después de terribles persecuciones llenas de peripecias dramáticas, sufridas en homenaje a la causa sagrada que defiende, persecuciones que duran años, pudo el año 1821 incorporarse en el ilustre y real Colegio de Abogados, establecido en la capital mexicana».

Acompañó a Iturbide en la primera época de su gobierno, pero no estando de acuerdo con éste respecto a la marcha que imprimía a su administración despótica, fué mandado procesar según orden imperial de 27 de febrero de 1822. Nuevas pruebas de fortaleza y patriotismo le esperan. Tiene que ocultarse para no ser aprehendido. Va a Toluca, desde donde sigue combatiendo contra los nue-

vos opresores de su patria. Caído el efímero imperio de Iturbide, es de nuevo elegido diputado. En este puesto defiende valientemente la justicia y la libertad de su pueblo. Funda, más tarde, «El Federalista Mexicano», desde donde continúa su obra extraordinaria de publicista y educador, orienta a la opinión en todos los asuntos de alta política que se presentan en aquella época memorable; y es desde entonces una de las figuras más autorizadas y respetables de México.

«Desde entonces hasta su muerte—dice uno de sus biógrafos—, Quintana Roo desempeñó puestos importantes en el gobierno de México, distinguiéndose siempre por su honradez acrisolada y recto e independiente criterio. Sus restos mortales reposan junto a los de su compañera en la Rotonda de los Hombres Ilustres. La patria unió en la tumba a los que en vida estuvieron unidos por el amor y el patriotismo».

Francisco Ortega

Nace en México el día 13 de abril de 1793 y muere el 11 de mayo de 1849.

Poeta civil, como casi todos los de su tiempo, este otro cantor mexicano hace su aparición junto con Quintana Roo y Sánchez de Tagle, poniendo, como ellos, su lírica al servicio de una causa política suprema: la de la libertad e independencia de su pueblo.

Pulido y armonioso en la versificación, aunque declamatorio y altisonante, retórico y ampuloso, de acuerdo con las características de las escuelas líricas de su época, no carece de brío y alma de poeta, como lo demuestra eficazmente en la invectiva contra Iturbide, que recogemos en este volumen, rasgo de elocuencia poética, elogiado calurosamente por Menéndez y Pelayo.

«La efervescencia de los episodios dramáticos que se sucedieron entonces—dice al respecto un crítico mexicano—eran algo así como los dolores de un alumbramiento, la pugna del nuevo sér al desprenderse, por esfuerzo natural y necesario, de la matriz que lo contuvo, y esa agitación, esa inquietud, llegaban a las liras de los poetas, y, sacudiéndolas, les arrancaba cantos heroicos, alabanzas olímpicas, frenéticas inspiraciones. El júbilo de la libertad embriagaba a las musas, y Ortega sintió, como los otros, esta borrachera de ideal y de vida. Pero como a la vez era un sagaz y prudente observador, por encima del tumulto de las pasiones, la serenidad de su juicio clareaba como luz de estrella sobre ola de borrasca. Así, cuando la adulación de los cortesanos, la impetuosa admiración de un ejército y el ciego delirar de una multitud, levantaron a Iturbide hasta la efímera visión de un trono en América, este poeta cantó el poema de la verdad y de la justicia, y quiso, con su elocuencia libre y clarividente, convencer a la ambición en sus desatentadas locuras. La oda de Ortega a Iturbide es una de las páginas más honradas, valientes y puras de aquella época impura y revuelta.»

El mismo crítico observa, atinadamente, que la litera-

tura mexicana desde 1800 hasta 1810 conservó su fisonomía neta y absolutamente española; puede afirmarse que no fué otra cosa que una rama o prolongación de la literatura hispana del siglo XVIII, con todos los caracteres de este período de decadencia: el culteranismo, el prosaísmo, unidos al atildamiento y artificio seudo-clásicos. Pero las agitaciones que desde 1810 hasta 1821 sufrió Colombia, alteraron las formas literarias, creando la literatura política y dando entonación heroica a la poesía lírica, siempre con la indispensable y natural dependencia y sujeción de los modelos españoles.

Y este es el caso de Ortega y el de todos los demás poetas de ese gran momento histórico de América en que, al decir de Justo Sierra, el insigne maestro mexicano, en un medio «sui generis», físico y social, comenzó su vida propia un grupo humano nacido de la sangre y el alma de España.

Luis Vargas Tejada

Nace en Bogotá el año 1802 y muere trágicamente el año 1829.

El Chénier colombiano se ha denominado a este poeta, que, como el otro en Francia, alza su canto altivo y heroico en medio de la revolución que agitaba a su patria, a la que consagró su lira y su existencia.

Pertenece, pues, a esas venerables figuras que, como ha

dicho un crítico americano, «consagraron su vida a la patria y aprovecharon, no sus ocios, sus instantes, menos tormentosos, en favor de la poesía». Vivió y cantó, pues, en un momento único de la historia de América, ese momento en que, como agrega Rivas Groot, el mismo crítico mencionado, «los espíritus agitados por el anhelo de emancipación, pasando luego a las vías de hecho y proclamando la independencia, envueltos en el remolino preparado por ellos mismos, se engrandecieron, se multiplicaron para las letras, y más independientes cantaron, no ya alabanzas ajenas, sino sus propios sentimientos. Y esas poesías eran, por lo común, escritas en vísperas del terrible combate en el campo mismo de la lucha, entre las turbulencias revolucionarias, y no pocas veces al despertar el poeta para encaminarse al patíbulo. Asombra, pues, esa generosa y espontánea cosecha, sobre todo cuando se considera que nació entre ansias de libertad futura, entre sangre e infamaciones, y pasma el pensar que tal se produjera cuando no pocas veces el verdugo segaba las estrofas al cortar las cabezas.»

Con anterioridad, poetas como Vargas Tejada y Fernández Madrid habían inspirado a Vergara la siguiente frase: «Todos esos hombres maravillosamente dotados para la paz y las letras, todos, por una amarga ironía del destino, desfilarán, no coronados de laurel y vestidos de blanco, sino como fantasmas, arrastrando sangrientos sudarios y mostrando las anchas heridas que hicieron en sus pechos las balas homicidas, o pidiendo a gritos el suelo de la patria para morir en ella.»

Vargas Tejada murió en plena juventud, y a pesar de

ello y de lo agitado de su vida, poseía una excelente cultura clásica. A los veinte años inicia su obra literaria y de combatiente, entregándose por completo a la gran causa emancipadora. Desempeña varios puestos públicos, entre ellos el de secretario del Senado de Colombia, donde se distingue por su consagración y celo. En 1828 forma parte de la gran Convención reunida en Ocaña.

El cronista Añés refiere en la siguiente forma los últimos días de la vida fugaz e intensísima de este cantor y patriota:

«De regreso a Bogotá, incurrió en la proscripción impuesta a los conspiradores de aquel año contra el jefe del Gobierno. Refugióse entonces en una hacienda del general Neira, y allí permaneció muchos meses, en una cueva solitaria, ocupado en leer y escribir y labrar con el cortaplumas primorosas figuras. A principios de 1829 salió de su triste morada y dirigióse a las Guayanas, pero ya sus padecimientos morales habían producido en él una desorganización cerebral, y al llegar a un río caudaloso, se arrojó en sus ondas, que lo arrastraron sano y salvo a una piedra, de donde volvió a sumergirse en las aguas a los veintisiete años de edad. El señor José Joaquín Ortiz publicó en 1855 un tomo que contiene sus poesías sueltas, junto con el sainete titulado «Las convulsiones», el monólogo de «Catón en Utica» y la tragedia «Sugamuxi». Permanecen inéditas sus tragedias «Doraminta» y «Aguimín»; sus otros escritos se han perdido.»

Cejador dice de él: «Suave, sonoro y galano, comunmente es fogoso en las poesías políticas, a veces burlesco

y epigramático. Su primera composición celebró como libertador a Bolívar; sus últimos gemidos execran la tiranía que creía en él encarnada como dictador.»

Agreguemos a la nota de Añés que escribió otras obras interesantes, como «Sacrezazipa» y «Witikindo» y que tradujo el «Demetrio» de Metastasio y parte de «Il vero amico», de Goldoni.

Francisco Acuña de Figueroa

Nace en Montevideo el 20 de septiembre de 1790 y muere en la misma ciudad el 6 de octubre de 1862.

Valdenegro, el soldado poeta, que escribía décimas de desafío para clavar en las banderas del ejército libertador, e Hidalgo, el autor de los «Diálogos patrióticos», son los creadores, en el Uruguay, de un género literario popular, que, como observa Roxlo, ha formado escuela, dando a ese género, humildísimo y tosco, carta de ciudadanía en el mundo de las letras.

Esta poesía popular fué la forma en que vació el alma criolla sus anhelos de emancipación, y a sus manifestaciones más salientes dedicaremos un volumen en esta colección. Para entonces nos prometemos hacer el estudio del momento histórico en que esa producción tan original aparece, y consignar los datos biográficos de algunos de los principales autores de ese movimiento, puesto que muchas de las obras que lo componen son fruto de crea-

dores anónimos cuyos nombres se han perdido en el más triste y negro de los olvidos.

Acuña de Figueroa hace su aparición en la ciudad cuando aquélla musa campesina enardecía la sangre de los combatientes, esos bravíos montoneros de la libertad que, al son de las viriles trovas gauchescas, improvisaban ejércitos para luchar por la independencia política de América.

Poeta clásico, surge en la edad de bronce, aquella en que se forja la revolución política de mayor trascendencia en la época moderna, revolución que implica la emancipación de un continente, o sea la creación de un mundo nuevo, brotado como al conjuro de un solo anhelo colectivo, latente en un grupo de pueblos hasta ayer semibárbaros y que hoy comienzan a ser orgullo de la humanidad y de la raza española a que pertenecen.

Bien puede ostentar Acuña de Figueroa el título de patriarca de la poesía nacional de su país, puesto que siendo el «precursor» es el más fecundo, el más espontáneo y el más ingenioso de los autores uruguayos. De vena inagotable, dice uno de sus biógrafos, «despilfarraba su inteligencia como los pródigos derrochan su fortuna, esparciendo la oleada de sus coplas con la misma naturalidad con que los astros esparcen la oleada de su luz.»

Escribió doce volúmenes de versos, en los cuales figuran desde el «Himno Nacional Uruguayo», un «Diario histórico», sobre el sitio sufrido por Montevideo desde el año 1812 al 15, hasta las más peregrinas odas, canciones, décimas, sonetos, charadas, letrillas, acrósticos, brindis y hasta acertijos sobre los más variados temas, algunos tan

antipoéticos como el de «La escarlatina», los «anagramas» al general Rivera, «La inundación del Maciel» o el soneto satírico «Al doctor Peichoto».

Otra de las características de Acuña de Figueroa fué la epigramática, género en el que no tiene rival en América. De esta faz relevante de su talento nos ocuparemos en el volumen dedicado a la «Poesía festiva», donde tiene también un sitio importantísimo.

Puede afirmarse, sin miedo a réplicas—dice el autor de la «Historia crítica de la literatura uruguaya»—, que el más popular y más jacarandoso de los poetas de nuestro edén nativo, de nuestra dulce patria, es Francisco Acuña de Figueroa, ciudadano honesto y poeta para él que la muerte no fué sino el principio de la inmortalidad: dado lo fecundo y lo poliforme de su ingenio feliz, Figueroa aún espera la estatua que le debe la gratitud pública. El porvenir pagará la deuda, cuando ya no se pregunte a los elegidos de la nombradía el color de la pasión política que los animaba. El estudio conserva. El trabajo mental vivifica. Larrañaga murió en su quinta del Miguelete, a la edad de setenta y siete años. Francisco Acuña de Figueroa había cumplido los setenta y dos, cuando la virgen de los últimos amores apagó la luz de la lámpara de su cerebro fuerte»...

Camilo Henríquez

Sobre este autor chileno hemos escrito una nota biocrítica en el primer volumen de esta «Antología Americana», dedicado a los «Precursores». A ella trasladamos al lector.

José Fernández Madrid

Nace en Cartagena (Colombia) el 19 de febrero de 1789 y muere en Barnes (Inglaterra) el 28 de junio de 1830.

Poeta, hombre de ciencia y político, todo lo fué, en su patria, este hombre maravillosamente dotado por la naturaleza.

Estudiante excepcional, deja honda huella de su juventud precoz en los claustros colombianos, obteniendo en ellos las borlas del doctorado en Derecho canónico antes de los veinte años.

Cediendo a una decidida afición, se dedica a la Medicina, y es Caldas, el sabio mártir, quien le da el espaldarazo como hombre de ciencia al prologar la primera de sus importantes Memorias sobre enfermedades reinantes en pueblos de América.

En las aulas del Colegio del Rosario, donde inicia sus

estudios, presenta sus primeros ensayos poéticos, que causan admiración a sus condiscípulos y profesores.

Su entrada en la vida pública—en que llega hasta ejercer, por dos veces, la presidencia de su país—la hace rindiendo culto a las letras y a las ciencias, y desde ese momento se consagra al servicio de la patria, a la que dió todo lo mucho que valía.

«El primero de los hijos de Colombia y el mejor de los hombres», ha dicho de él don Andrés Bello, el gran patriarca americano.

Y Caro: «Madrid, con Vargas Tejada, son originales, con originalidad fecunda, y aparecen como fundadores de la lírica nacional.»

En cuanto a Olmedo, en carta a Bello en 1824, le decía refiriéndose a la oda que publicamos en esta «Antología Americana»: «Con el deseo de complacer a usted de algún modo, le propongo darle una composición muy superior a todo lo que yo puedo dar ni aun exprimido. Es una oda «A los pueblos de Europa», excelente composición de Fernández Madrid: la mejor de todas las suyas, en mi humilde opinión.»

A pesar de estos juicios valiosísimos, la crítica de Menéndez y Pelayo, tan ecuánime otras veces y tan justiciera, le fué adversa a nuestro poeta. Enardecido por las «invectivas antiespañolas» de Madrid, el gran polígrafo pretende hacer con sus versos «un verdadero auto de fe, del cual apenas exceptúa una o dos composiciones ligeras», según observa Gómez Restrepo, bien que—después de declararlo «astro de falsa luz, hundido para siempre, que sólo pudo deslumbrar un momento»—, dulcificando el

gesto, con palabra amable y contradictoria, agregue el mismo Menéndez y Pelayo: «la versificación de Fernández Madrid es habitualmente limpia y muchas veces sonora y armoniosa, combinándose bastante bien en su estilo los opuestos caracteres de la escuela de Quintana y de la de Arriaza.» Y esta declaración la formula Menéndez y Pelayo después de haber afirmado lo siguiente respecto al poeta político: «Las odas de Madrid son de la más intolerable y hueca patriotería, una sarta de denuestos en estilo de proclama...» Y esto, aún mucho «más grave», desde el punto de vista político: «Para nosotros queda en pie siempre un cargo que podrá ser menos grave, pero que atañe a la delicadeza artística del poeta, no menos que a la moral del ciudadano: el haberse desatado desde Londres, y sobre seguro, en injurias contra los españoles, a quienes, de un modo o de otro, debía la salvación de su vida...»

Bien. Pero, ¿es que ignoraba, acaso, Menéndez y Pelayo la verdadera situación de Fernández Madrid cuando «engañó» a quien, en caso contrario, hubiera sido su verdugo implacable? Ya deshecho el ejército patriota, a cuyo frente estaba como presidente de su país, perseguido, en un territorio salvaje, por enemigos terribles, junto con el amor de su vida, la valiente y gentil mujer que fué su musa, esa «Amira» que él inmortalizó en sus cantos, fué rodeado por el enemigo, quien los hubiera sacrificado bárbaramente a su venganza y furor. Fué entonces la «estratagema», entonces el «engaño» que salvó la vida de la musa y la de su poeta. De qué distinta forma ve Menéndez y Pelayo el sacrificio de Caldas, realizado por

los mismos soldados en cuyas manos estaba el destino de Fernández Madrid. Leed, al respecto, las nobles palabras escritas, en defensa del hombre de ciencia, por quien condenó tan sin piedad al poeta: «Caldas, el inmortal granadino, a quien España debe un monumento expiatorio; Francisco José de Caldas, víctima, nunca bastante deplorada, de la ignorante ferocidad de un soldado a quien en mal hora confió España la delicada empresa de la pacificación de sus provincias ultramarinas; Caldas, botánico, geodesta, físico astrónomo, y a quien sin hipérbole puede concederse genio científico de invención...» Pues bien, sin hipérbole, puede afirmarse que esa «ignorante ferocidad» a que alude el maestro español, hubiera también sacrificado la vida de Fernández Madrid, si éste no se hubiera valido de una «superchería» ante Morillo, el jefe español, que lo perseguía en nombre de esa misma «ignorante ferocidad» que no perdonó a Caldas. Pues bien, sin el «engaño» de Fernández Madrid, hoy «debería» España dos monumentos expiatorios: el de Caldas y el suyo. Téngase esto por seguro ante la Historia.

¡Pero, no! Que España no es la que «debe», puesto que bien pudo cantar Fernández Madrid, como «alguien» (1) en la actualidad:

¿España? ¡No! No es España
La que me clava en la cruz
Con tan enorme vileza.
¡Son sus sicarios cobardes
¡Indignos de su grandeza!

(1) El autor de este prólogo, perseguido por la reacción madrileña.

Que sicarios cobardes fueron todos los que en España y en América, en nombre de una patria que no representaban, persiguieron, empalaron, decapitaron y quemaron a esas flores de humanidad que, como Riego, Caldas y Fernández Madrid, son hoy glorias de la raza y universales.

Hoy, pues, con más serenidad de juicio, podemos definitivamente situar a Fernández Madrid en el verdadero lugar que merece, tanto por su obra poética como por la política.. El destino de este hombre, que, al decir de Bolívar, fué «tan benemérito como los mártires de la Independencia que murieron en los patíbulos», fué uno de los más dolorosos y adversos.

Al respecto, uno de sus biógrafos, don Arturo Quijano, completando, más bien dicho, aclarando la afirmación de Bolívar, dice en el volumen II de «Colombianos ilustres»: «Fernández Madrid fué mártir en todos los instantes de su azaroso gobierno; mártir en el momento de su renuncia de la Presidencia, viendo perdida ya hasta la última esperanza; mártir en las peripecias de su fuga y su prisión; mártir en la hora fatal en que escribió sus representaciones a Morillo; mártir en el penoso viaje de desierto que se le impuso; mártir en los años de escasez y enfermedades de su vida de expatriado, a quien no se permite el regreso a la patria; mártir, por último, cuando en el feliz retorno a ésta se encuentra ante todo con el grito de la difamación y la calumnia.»

Calumniado, vilipendiado en vida, como todos los grandes y los fuertes, este hombre, grande y fuerte, fué so-

metido a todas las pruebas, y de todas sale hoy triunfante a través del tiempo y de la historia.

Poeta, canta a la libertad, con estro superior al conocido hasta su época, y se le niega; político, acepta en nombre de la patria las más grandes responsabilidades, esas que hacen exclamar a un prócer ilustre: «consagración sublime encargarse de la patria cuando todos la habían desahuciado, y se encontraba ya en la última agonía», y se le calumnia vilmente; hombre de ciencia, consagra parte de su activísima vida—madrugando más que la aurora, ha dicho uno de sus biógrafos—al estudio de fiebres y pestes que diezman a las poblaciones de su América adorada, y le pagan sus desvelos con la pobreza y la persecución; y, por último, se le niega hasta el derecho de salvar su existencia en un momento trágico, valiéndose de un subterfugio extremo, cuando él sólo pensaba en salvarse para volver a ser útil y vengar a su patria de los tiranos.

Pero esa especie de justicia inmanente, que poseen las colectividades, comenzó a desagraviarlo cuando en 1827 fué investido del más alto puesto diplomático que entonces podía ofrecer Colombia: el de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Inglaterra; y hoy la historia, «la que pronuncia el veredicto que perdura y convierte con frecuencia en pedestal el suplicio», le glorifica, vindicándole definitivamente para su patria y el mundo.

Esteban de Luca

Nace en Buenos Aires el 2 de agosto de 1786 y muere en un naufragio, ocurrido en el Río de la Plata, el 25 de marzo de 1824.

No fué en realidad el «himno» de López y Planes, como acertadamente observa Enrique García Velloso, en su «Historia de la literatura argentina», la primera canción poética escrita en Buenos Aires para exaltar el espíritu del dogma de mayo, puesto que en la «Gaceta» del 15 de noviembre de 1810 apareció una «marcha patriótica», compuesta por un ciudadano de Buenos Aires para cantar con la música que otro ciudadano está arreglando». Pues bien; esta composición, insertada anónimamente, la escribió Esteban de Luca, de quien hablaremos en la presente nota.

La «marcha patriótica» de referencia comienza así:

La América toda
Se conmueve al fin,
Y a sus caros hijos
Convoca a la lid;
A la lid tremenda
Que va a destruir
A cuantos tiranos
La osan oprimir.

Pero la lira heroica de Luca no había de dar sus sones perdurables hasta varios años más tarde, cuando San Martín atraviesa los Andes, iniciando su campaña libertadora de Chile y del Perú.

Entonces escribe sus célebres cantos, coronados con el dedicado a la libertad de Lima, que el lector podrá gustar en este volumen.

Vida extraña y sugestiva la de este inspiradísimo vate americano, que fué, a la vez, guerrero ardoroso, matemático eximio y representante diplomático sagaz y eficacísimo. Según Gutiérrez, si compuso himnos para excitar a las multitudes en los albores de mayo, supo también al mismo tiempo fundir bronce para cañones y templar aceros para forjar las primeras armas destinadas a los improvisados ejércitos de la revolución americana. Por su tecnicismo en esta materia, el año 1812, el poeta de Luca fué nombrado director de la fábrica de cañones y fusiles establecida en la Argentina.

De Luca fué también periodista valiente, y colaboró con asiduidad en la «Abeja Argentina», desde donde incitó a sus contemporáneos a abandonar la molicie de las ciudades y el lujo corruptor, para acudir a los campos desiertos, a la llanura pampeana, extensa como el mar, arrancando de ella los cardos espinosos que podían y debían ser reemplazados por el oro de las espigas.

La muerte de de Luca ocurrió en forma dramática, y ella inspiró, a otro altísimo poeta, el argentino Olegario V. Andrade, uno de sus más bellos poemas, «El arpa perdida». Esta fantasía, explica el mismo Andrade, «tiene por base un episodio histórico. En el mes de mar-

zo de 1824 naufragó en el Banco Inglés del Río de la Plata el bergantín «La Agenoria», que conducía al doctor Valentín Gómez, ministro argentino en la Corte de Janeiro, y su secretario, el poeta don Esteban de Luca y Patrón. La mayor parte de los pasajeros se salvaron, permaneciendo a bordo hasta que fueron socorridos por un buque mandado desde Buenos Aires. Sólo el poeta de Luca se embarcó en una débil jangada formada de tablas, y pereció en el río, sin que se llegase a hallar su cadáver. De Luca había cantado, en magníficos versos, la victoria de Chacabuco, los triunfos de Cochrane en el Pacífico y la libertad de Lima, en aquella oda inmortal que comienza así:

«No es dado a los tiranos
Eterno hacer su tenebroso imperio...»

Para colmo de amargura, debemos consignar aquí que toda la obra inédita de de Luca se perdió en el naufragio del bergantín «La Agenoria», ocurrido, como queda dicho, en los bajíos del Banco Inglés. Dice Andrade en su poema que, desde entonces, el viajero oye en la noche plácida o entre el rumor de las olas encrespadas por la tormenta, algo parecido al eco de cantilena dulce que desde lejos le llamara:

Es el arpa perdida,
El arpa del poeta peregrino,
Casi olvidado de la patria ingrata,
Que duerme entre los juncos de la orilla
Del turbulento y caudaloso Plata.

Rafael María Baralt

De este autor venezolano, que es una dé las glorias literarias más puras de América, nos ocuparemos extensamente en el volumen dedicado a «Historiadores y filósofos», donde tiene un puesto señaladísimo.

ALBERTO GHIRALDO

Madrid, 1923.

Vicente López y Planes

HIMNO NACIONAL ARGENTINO

CORO

Sean eternos los laureles
Que supimos conseguir:
Coronados de gloria vivamos
O juremos con gloria morir.

Oid, mortales, el grito sagrado:
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!
Oid el ruido de rotas cadenas,
Ved en tróno a la noble igualdad.
Se levanta a la faz de la tierra
Una nueva y gloriosa Nación,
Coronada su sien de laureles
Y a sus plantas rendido un León.

De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar:
La grandeza se anida en sus pechos:

A su marcha todo hacen temblar;
Se conmueven del Inca las tumbas
Y en sus huesos revive el ardor,
Lo que ve renovando a sus hijos
De la Patria el antiguo esplendor.

Pero sierras y muros se sienten
Retumbar con horrible fragor:
Todo el país se conturba por gritos
De venganza, de guerra y furor.
En los fieros tiranos la envidia
Escupió su pestífera hiel;
Su estandarte sangriento levantan
Provocando a la lid más cruel.

¿No los veis sobre México y Quito
Arrojarse con saña tenaz?
¿Y cuál lloran bañados en sangre
Potosí, Cochabamba y la Paz?
¿No los veis sobre el triste Caracas
Luto, llantos y muerte esparcir?
¿No los veis devorando cual fieras
Todo pueblo que logran rendir?

A vosotros se atreve, argentinos,
El orgullo del vil invasor:
Vuestros campos ya pisa contando
Tantas glorias hollar vencedor;
Mas los bravos que unidos juraron
Su feliz libertad sostener,

A esos tigres sedientos de sangre
Fuertes pechos sabrán oponer.

El valiente argentino a las armas,
Corre ardiente con brío y valor;
El clarín de la guerra cual trueno
En los campos del Sud resonó;
Buenos Aires se pone a la frente
de los pueblos de la ínclita Unión,
Y con brazos robustos desgarran
Al ibérico, altivo León.

San José, San Lorenzo, Suipacha,
Ambas Piedras, Salta y Tucumán,
La Colonia y las mismas murallas
Del tirano en la Banda Oriental,
Son letreros eternos que dicen:
Aquí el brazo argentino triunfó;
Aquí el fiero opresor de la Patria
Su cerviz orgullosa dobló.

La Victoria al guerrero argentino
Con sus alas brillantes cubrió,
Y azorado a su vista el tirano
Con infamia a la fuga se dió;
Sus banderas, sus armas, se rinden
Por trofeos a la libertad,
Y sobre alas de gloria alza el pueblo
Trono digno a su gran majestad.

Desde un polo hasta el otro resuena
De la fama el sonoro clarín,
Y de América el nombre enseñando
Les repite, mortales oid:
Ya su trono dignísimo alzaron
Las provincias Unidas del Sud,
Y los libres del mundo responden
Al gran pueblo argentino: ¡Salud!

CORO

Sean eternos los laureles
Que supimos conseguir:
Coronados de gloria vivamos
O juremos con gloria morir.

Andrés Bello

SILVAS AMERICANAS

ALOCUCION A LA POESIA

I

Divina poesía,
Tú de la soledad habitadora,
A consultar tus cantos enseñada,
Con el silencio de la selva umbría;
Tú a quien la verde gruta fué morada,
Y el eco de los montes compañía;
Tiempo es que dejes ya la culta Europa,
Que tu nativa rusticuez desama,
Y dirijas el vuelo adonde te abre
El mundo de Colón su grande escena.
También propicio allí respeta el cielo
La siempre verde rama
Con que al valor coronas:
También allí la florecida vega,

El bosque enmarañado, el sesgo río,
Colores mil a tus pinceles brinda;
Y Céfiro revuela entre las rosas;
Y fúlgidas estrellas
Tachonan la carroza de la noche;
Y el Rey del cielo, entre cortinas bellas
De nacaradas nubes, se levanta,
Y la avecilla en no aprendidos tonos
Con dulce pico endechas de amor canta.

¿Que a ti, silvestre ninfa, son las pompas
De dorados alcázares reales?
¿A tributar también irás en ellos,
En medio de la turba cortesana,
El torpe incienso de servil lisonja?
No tal te vieron tus más bellos días
Cuando en la infancia de la gente humana,
Maestra de los pueblos y los reyes
Cantaste al mundo las primeras leyes.
No te detenga, ¡oh, diosa!
Esta región de luz y de miseria,
En donde tu ambiciosa
Rival Filosofía,
Que la virtud a cálculo somete,
De los mortales te ha usurpado el culto;
Donde la coronada hidra amenaza
Traer de nuevo al pensamiento esclavo,
La antigua noche de barbarie y crimen:
Donde la libertad, vano delirio,
Fe la servilidad, grandeza el fasto,

La corrupción cultura se apellida:
Descuelga de la encina carcomida
Tu dulce lira de oro, con que un tiempo
Los prados y las flores, el susurro
De la floresta opaca, el apacible
Murmurar del arroyo transparente,
Las gracias atractivas
De natura inocente
A los hombres cantaste embelesados:
Y sobre el vasto Atlántico tendiendo
Las vagorosas alas, a otro cielo,
A otro mundo, a otras gentes te encamina.
Do viste aún su primitivo traje
La tierra, al hombre sometida apenas;
Y las riquezas de los climas todos,
América, del sol joven esposa,
Del antiguo oceano hija postrera,
En su seno feraz cría y esmera.

¿Qué morada te aguarda? ¿En qué alta cumbre,
O prado ameno, en qué repuesto bosque
Harás tu domicilio? ¿En qué felice
Playa estampada tu sandalia de oro
Será primero? ¿Dónde el claro río
Que de Albión los héroes vió humillados,
Los azules pendones reverbera
De Buenos Aires, y orgulloso arrastra
De cien potentes aguas los tributos
Al atónito mar? ¿O dónde emboza
Su doble cima el Avila entre nubes,

Y la ciudad renace de Losada?
¿O más te sonreirán, Musa, los valles
De Chile afortunado, que enriquecen
Rubias cosechas y suaves frutos;
Do la inocencia y el candor ingenuo
Y la hospitalidad del mundo antiguo
Con el valor y el patriotismo habitan?
¿O la ciudad que el águila posada
Sobre el nopal mostró al Azteca errante
Y el suelo de inexhaustas venas rico
Que casi hartaron la avarienta Europa?
Ya de la mar del Sur la bella reina,
A cuyas hijas dió la gracia en dote
Naturaleza, habitación te brinda
Bajo su blando cielo, que no turban
Lluvias jamás ni embravecidos vientos.
¿O la elevada Quito
Harás tu albergue, que entre canas cumbres
sentada, oye bramar las tempestades
Bajo sus pies y etéreas auras bebe
A tu celeste inspiración propicias?
Mas oye do tronando se abre paso
Entre murallas de peinada roca,
Y, envuelto en blanca nube de vapores
De vacilantes iris matizada,
Los valles va a buscar de Magdalena
Con salto audaz el Bogotá espumoso.
Allí memorias de tempranos días
Tu lira aguardan; cuando en ocio dulce
Y nativa inocencia venturosos

Sustento fácil dió a sus moradores,
Primera prole de su fértil seno,
Cundinamarca; antes que el corvo arado
Violase el suelo, ni extranjera nave
Las apartadas costas visitara.
Aún no aguzado la ambición había
Hierro feroz; aún no degenerado
Buscaba el hombre bajo obscuros techos
El albergue, que grutas y florestas
Saludable le daban y seguro,
Sin que señor la tierra conociese,
Los campos valla, ni los pueblos muro.
La libertad sin leyes florecía;
Todo era paz, contento y alegría;
Cuando de dichas tantas envidiosa,
Huitaca bella, de las aguas diosa,
Hinchando el Bogotá, sumerge el valle.
De la gente infeliz, parte pequeña
Asilo halló en los montes:
El abismo voraz sepulta el resto.
Tú cantarás como indignó el funesto
Estrago de su casi extinta raza
A Nenqueteba, hijo del Sol, que rompe
Con su cetro divino la enriscada
Montaña, y a las ondas abre calle.
El Bogotá, que, inmenso lago un día,
De cumbre a cumbre dilató su imperio;
De las ya estrechas márgenes, que asalta
con vana furia, la prisión desdeña,
Y por la brecha hirviendo se despeña.

Tú cantarás como a las nuevas gentes
Nenqueteba piadoso leyes, y artes,
Y culto dió; después que a la maligna
Ninfa mudó en lumbrera de la noche,
Y de la Luna por la vez primera
Surcó el Olimpo el argentado coche.

Ve, pues, ve, a celebrar las maravillas
Del Ecuador: canta el vistoso cielo
Que de los astros todos los hermosos
Coros alegran, donde a un tiempo el vasto
Dragón del Norte su dorada espira
Desvuelve en torno al luminar inmóvil
Que el rumbo al marinero audaz señala,
Y la paloma cándida de Arauco
En las australes ondas moja el ala.
Si tus colores los más ricos mueles
Y tomas el mejor de tus pinceles,
Podrás los climas retratar, que entero
El vigor guardan genital primero
Con que la voz omnipotente, oída
Del hondo caos, hinchió la tierra, apenas
Sobre su informe faz aparecida,
Y de verdura la cubrió y de vida.
Selvas eternas, ¿quién al vulgo inmenso
Que vuestros verdes laberintos puebla,
Y en varias formas y estatura y galas
Hacer parece alarde de sí mismo,
Poner presumirá nombre o guarismo?
En densa muchedumbre

Ceibas, acacias, mirtos se entretejen,
Bejucos, vides, gramas:
Las ramas a las ramas,
Pugnando por gozar de las felices
Auras y de la luz, perpetua guerra
Hacen, y a las raíces
Angosto viene el seno de la tierra.
¡Oh! ¡Quién contigo, amable Poesía,
Del Cauca a las orillas me llevara,
Y el blando aliento respirar me diera
De la siempre lozana primavera
Que allí su reino estableció y su corte!
O, si ya de cuidados enojosos
Exento, por las márgenes amenas
Del Aragua moviese
El tardo incierto paso;
O reclinado acaso
Bajo una fresca palma en la llanura,
Viese arder en la bóveda azulada
Tus cuatro lumbres bellas,
¡Oh, cruz del Sur!, que las nocturnas horas
Mides al caminante
Por la espaciosa soledad errante;
O del cucuy las luminosas huellas
Viese cortar el aire tenebroso,
Y del lejano tambo a mis oídos
Viniera el son del yaraví amoroso!

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado
Algún Marón americano, ¡oh, diosa!

También las mieses, los rebaños cante,
El rico suelo al hombre avasallado,
Y las dádivas mil con que la zona
De Febo amada al labrador corona:
Donde cándida miel llevan las cañas,
Y animado carmín la tuna cría,
Donde tremola el algodón su nieve
Y el ananás sazona su ambrosía;
De sus racimos la variada copia
Rinde el palmar, de azucarados globos
El zapotillo, su manteca ofrece
La verde palta, da el añil su tinta,
Bajo su dulce carga desfallece
El banano, el café el aroma acendra
De sus albos jazmines, y el cacao
Cuaja en urnas de púrpura su almendra.

Mas, ¡ay! ¿Prefieres de la guerra impía
Los horrores decir, y al son del parche
Que los maternos pechos estremece,
Pintar las huestes que furiosas corren
A destrucción y el suelo hinchan de luto?
¡Oh! ¡Si ofrecieses menos fértil tema
A bélicos cantares, patria mía!
¿Qué ciudad, qué campiña no ha inundado
La sangre de tus hijos y la ibera?
¿Qué páramo no dió en humanos miembros
Pasto al condor? ¿Qué rústicos hogares
Salvar su obscuridad pudo a las furias
De la civil discordia embravecida?

Pero no en Roma obró prodigio tanto
El amor de la patria, no en la austera
Esparta, no en Numancia generosa;
Ni de la historia da página alguna,
Musa, más altos hechos a tu canto.
¿A qué provincia el premio de alabanza,
O a qué varón tributarás primero?

Grata celebra Chile el de Gamero,
Que, vencedor de cien sangrientas lides,
Muriendo, el suelo consagró de Talca;
Y la memoria eternizar desea
De aquellos granaderos de a caballo
Que mandó en Chacabuco Necochea.
¿Pero de Maipo la campaña sola
Cuán larga lista, ¡oh, Musa!, no te ofrece,
Para que en tus cantares se repita,
De campeones cuya frente adorna
El verde honor que nunca se marchita?
Donde ganó tan claro nombre Bueras,
Que con sus caballeros denodados
Rompió del enemigo las hileras;
Y donde el regimiento de Coquimbo
Tantos héroes contó como soldados

¿De Buenos Aires la gallarda gente
No ves, que el premio del valor te pide?
Castelli osado, que las fuerzas mide
Con aquel monstruo que la cara esconde
Sobre las nubes y a los hombres huella;

Moreno, que abogó con digno acento
De los opresores pueblos la querella;
Y tú, que de Suipacha en las llanuras
Diste a tu casa agüero de venturas,
Balcarce; y tú, Belgrano, y otros ciento
Que la tierra natal de glorias rica
Hicisteis con la espada o con la pluma,
Si el justo galardón se os adjudica,
No temeréis que el tiempo le consuma.

Ni sepultada quedará en olvido
La Paz, que tantos claros hijos llora,
Ni Santa Cruz, ni menos Chuquisaca
Ni Cochabamba, que de patrio celo
Ejemplos memorables atesora;
Ni Potosí, de minas no tan rico
Como de nobles pechos; ni Arequipa,
Que de Vizcardo con razón se alaba;
Ni a la que el Rímac las murallas lava,
Que *de los reyes* fué, ya de sí propia;
Ni la ciudad que dió a los Incas cuna,
Leyes al Sur, y que si aún gime esclava,
Virtud no le faltó, sino fortuna.
Pero la libertad, bajo los golpes
Que la ensangrientan, cada vez más brava,
Más indomable, nuevos cuellos yergue,
Que al despotismo harán soltar la clava.
No largo tiempo usurpará el imperio
Del Sol la hispana gente advenediza,
Ni al ver su trono en tanto vituperio,

De Manco Cápac gemirán los Manes.
De Angulo y Pumacagua la ceniza
Nuevos y más felices capitanes
Vengarán, y a los hados de su pueblo
Abrirán vencedores el camino.
Huid, días de afán, días de luto,
Y acelerad los tiempos que adivino.

Diosa de la memoria, himnos te pide
El imperio también de Moctezuma,
Que, rota la coyunda de Iturbide,
Entre los pueblos libres se numera.
Mucho, nación bizarra mejicana,
De tu poder y de tu ejemplo espera
La libertad; ni su esperanza es vana,
Si ajeno riesgo escarmentarte sabe,
Y no en un mar te engolfes que sembrado
De los fragmentos ves de tanta nave.
Llegada al puerto venturoso, un día
Los héroes contarás a que se debe
Del arrestro primero la osadía;
Que a veteranas filas rostro hicieron
Con pobre, inculta, desarmada plebe,
Excepto de valor, de todo escasa;
Y el coloso de bronce sacudieron
A que tres siglos daban firme basa.
Si a brazo más feliz, no más robusto,
Poderlo derrocar dieron los cielos,
De Hidalgo no por eso y de Morelos
Eclipsará la gloria olvido ingrato;

Ni el nombre callarán de Guanajuato
Los claros fastos de tu heroica lucha,
Ni de tanta ciudad, que, reducida
A triste yermo, a un enemigo infama
Que, vencedor, sus pactos sólo olvida;
Que hace exterminio, y sumisión lo llama.

Despierte (¡oh, Musa!, tiempo es ya), despierte
Algún sublime ingenio, que levante
El vuelo a tan espléndido sujeto,
Y que de Popayán los hechos cante
Y de la no inferior Barquisimeto.
Y del pueblo también, cuyos hogares
A sus orillas mira el Manzanares;
No el de ondas pobre y de verdura exhausto,
Que de la regia corte sufre el fausto,
Y de su servidumbre está orgulloso.
Mas el que de aguas bellas abundoso,
Como su gente lo es de bellas almas.
Del cielo, en su cristal sereno, pinta
El puro azul, corriendo entre las palmas
De esta y aquella deliciosa quinta:
Que de Angostura las proezas cante,
De libertad inexpugnable asilo,
Donde la tempestad desoladora
Vino a estrellarse; y con suave estilo
De Bogotá los timbres diga al mundo,
De Guayaquil, de Maracaibo (ahora
Agobiada de bárbara cadena).
Y de cuantas provincias Cauca baña

Orinoco, Esmeralda, Magdalena,
Y cuantas bajo el nombre colombiano
Con fraternal unión se dan la mano.

Mira donde contrasta sin murallas
Mil porfiados ataques Barcelona.
Es un convento, el último refugio
De la arrestada aunque pequeña tropa
Que la defiende: en torno el enemigo,
Cuantos conoce el fiero Marte acopia
Medios de destrucción; ya por cien partes
Cede al batir de las tonantes bocas
El débil muro, y superior en armas,
A cada brecha una legión se agolpa;
Cuanto el valor y el patriotismo pueden,
El patriotismo y el valor agotan;
Mas, ¡ay!, sin fruto. Tú de aquella escena
pintarás el horror; tú, que a las sombras
Belleza das, y al cuadro de la muerte
Sabes encadenar la mente absorta.
Tú pintarás al vencedor furioso
Que ni al anciano trémulo perdona,
Ni a la inocente edad, y en el regazo
De la insultada madre al hijo inmola.
Pocos reserva a vil suplicio el hierro:
Su rabia insana en los demás desfoga
un enemigo que hacer siempre supo,
Más que la lid, sangrienta la victoria.
Tú pintarás de Chamberlén el triste
Pero glorioso fin. La tierna esposa

Herido va a buscar; el débil cuerpo
Sobre el acero ensangrentado apoya;
Estréchala a su seno. «Libertarme
De un cadalso afrentoso puede sólo
La muerte (dice); este postrero abrazo
Me la hará dulce: ¡adiós!» Cuando con pronta
Herida va a matarse, ella atajando
El brazo alzado ya: «¿Tú a la deshonra,
Tú a ignominiosa servidumbre, a insultos,
Más que la muerte horribles, me abandonas?
Para sufrir la afrenta falta (dice)
Valor en mí; para imitarte, sobra:
Muramos ambos.» Hieren
A un tiempo dos aceros
Entrambos pechos: abrazados mueren.

Pero al de Margarita, ¿qué otro nombre
Deslucirá? Donde hasta el sexo blando
Con los varones las fatigas duras
Y los peligros de la guerra parte;
Donde a los defensores de la patria
Forzoso fué, para lidiar, las armas
Al enemigo arrebatar lidiando;
Donde el caudillo a quien armó Fernando
De su poder y de sus fuerzas todas
Para que de venganza les saciara,
Al inexperto campesino vulgo
Que sus falanges denodado acosa,
El campo deja en fuga ignominiosa.

Ni menor prez los tiempos venideros
A la virtud darán de Cartagena.
No la domó el valor: no al hambre cede
Que sus guerreros ciento a ciento siega.
Nadie a partidos viles presta oídos:
Cuantos un resto de vigor conservan,
Lánzanse al mar, y la enemiga flota
En mal seguros leños atraviesan.
Mas no el destierro su constancia abate,
Ni a la desgracia la cerviz doblegan;
Y si una orilla dejan, que profana
La usurpación, y las venganzas yerman,
Ya a verla volverán bajo estandartes
Que a coronar el patriotismo fuerzan
A la fortuna, y les darán los cielos
A indignas manos arrancar la presa:
En tanto por las calles silenciosas,
Acaudillando armada soldadesca,
Entre infectos cadáveres, y vivos
En que la estampa de la parca impresa
Se mira ya, su abominable triunfo
La restaurada Inquisición pasea;
Con sacrílegos himnos los altares
Haciendo resonar, a su honda cueva
Desciende enhambrecida, y en las ansias
De atormentados mártires se ceba.

¿Y qué diré de la ciudad que ha dado
A la sagrada lid tanto caudillo?
¡Ah! ¡Que entre escombros olvidar pareces,

Turbio Catuche, tu camino usado!
¿Por qué en tu margen el rumor festivo
Calló? ¿Do está la torre bulliciosa
Que pregonar solía,
De antorchas coronada,
La pompa augusta del solemne día?
Entre las rotas cúpulas que oyeron
Sacros ritos ayer, torpes reptiles
Anidan, y en la sala que gozosos
Banquetes vió y amores, hoy sacude
La grama del erial su infausta espiga.
Pero más bella y grande resplandeces
En tu desolación, ioh, patria de héroes!
Tú, que lidiando altiva en la vanguardia
De la familia de Colón, la diste
De fe constante no excedido ejemplo;
Y si en tu suelo desgarrado al choque
De destructivos terremotos, pudo
Tremolarse algún tiempo la bandera
De los tiranos, en tus nobles hijos
Viviste inexpugnable, de los hombres
Y de los elementos vencedora,
Renacerás, renacerás ahora;
Florecerán la paz y la abundancia
En tus talados campos: las divinas
musas te harán favorecida estancia,
Y cubrirán de rosas tus ruinas.

LA AGRICULTURA DE LA ZONA TORRIDA

¡Salve, fecunda zona,
Que al sol enamorado circunscribes
En vago curso, y cuanto sér se anima
En cada vario clima,
Acariciada de su luz concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
De granadas espigas; tú la uva
Das a la hirviente cuba:
No de purpúrea flor, o roja, o gualda
A tus florestas bellas
Falta matiz alguno; y bebe en ellas
Aromas mil el viento;
Y greyes van sin cuento
Paciendo tu verdura, desde el llano
Que tiene por lindero el horizonte,
Hasta el erguido monte,
De inaccesible nieve siempre cano.
Tú das la caña hermosa,
De do la miel se acendra,
Por quien desdeña el mundo los panales:
Tú, en urnas de coral, cuajas la almendra
Que en la espumante jícara rebosa:
Bulle carmín viviente en tus nopales,
Que afrenta fuera al múrice de Tiro;
Y de tu añil la tinta generosa
Emula es de la lumbre del zafiro;

El vino es tuyo, que la herida agave
Para los hijos vierte
Del Anáhuac feliz; y la hoja es tuya,
Que cuando de suave
Humo en espiras vaporosas huya
Solazará el fastidio al ocio inerte.
Tú vistes de jazmines
El arbusto sabeo,
Y el perfume le das que en los festines
La fiebre insana templará a Lieo.
Para tus hijos la prócera palma
Su vario feudo cría,
Y el ananás sazona su ambrosía,
Su blanco pan la yuca,
Sus rubias pomas la patata educa,
Y el algodón despliega al aura leve
Las rosas de oro y el vellón de nieve.
Tendida para ti la fresca parcha
En enramadas de verdor lozano,
Cuelga de sus sarmientos trepadores
Nectáreos globos y franjadas flores;
Y para ti el maíz, jefe altanero
De la espigada tribu, hinche su grano;
Y para ti el banano
Desmaya al peso de su dulce carga;
El banano, primero
De cuantos concedió bellos presentes
Providencia a las gentes
Del Ecuador feliz con mano larga.
No ya de humanas artes obligado

El premio rinde opimo:
No es a la podadera, no al arado
Deudor de su racimo;
Escasa industria bástale, cual puede
Hurtar a sus fatigas mano esclava:
Crece veloz, y cuando exhausto acaba,
Adulta prole en torno le sucede.

Mas, ¡oh!, si cual no cede
El tuyo, fértil zona, a suelo alguno,
Y como de Natura esmero ha sido,
De tu indolente habitador lo fuera:
¡Oh! ¡Si al falaz ruido
La dicha, al fin, supiese verdadera
Anteponer, que del umbral le llama
Del labrador sencillo,
Lejos del necio y vano
Fausto, el mentido brillo,
El ocio pestilente ciudadano.
¿Por qué ilusión funesta
Aquellos que Fortuna hizo señores,
De tan dichosa tierra, y pingüe y varia,
Al cuidado abandonan
Y a la fe mercenaria
Las patrias heredades,
Y en el ciego tumulto se aprisionan
De míseras ciudades,
Do la ambición proterva
Sopla la llama de civiles bandos,
O al patriotismo la desidia enerva;

Do el lujo las costumbres atosiga,
Y combaten los vicios
La incauta edad en poderosa liga?
No allí con varoniles ejercicios
Se endurece el mancebo a la fatiga;
Mas la salud estraga en el abrazo
De pérfida hermosura,
Que pone en almoneda los favores;
Mas pasatiempo estima
Prender aleve en casto seno el fuego
De ilícitos amores;
O embebecido le hallará la aurora
En mesa infame de ruinoso juego.
En tanto a la lisonja seductora
Del asiduo amador fácil oído
Da la consorte: crece
En la materna escuela
De la disipación y el galanteo
La tierna virgen, y al delito espuela
Es antes el ejemplo que el deseo.
¿Y será que se forman de este modo
Los ánimos heroicos, denodados,
Que fundan y sustentan los Estados?
¿De la algazara del festín beodo,
O de los coros de liviana danza,
La dura juventud saldrá, modesta,
Orgullo de la patria y esperanza?
¿Sabrá con firme pulso
De la severa ley regir el freno;
Brillar en torno aceros homicidas

En la dudosa lid verá sereno:
O animoso hará frente al genio altivo
Del engreído mando en la tribuna,
Aquel que ya en la cuna
Durmió al arrullo del cantar lascivo,
Que riza el pelo, y se unge y se atavía
Con femenil esmero,
Y en indolente ociosidad el día,
O en criminal lujuria pasa entero?
No así trató la triunfadora Roma
Las artes de la paz y de la guerra;
Antes fió las riendas del Estado
A la mano robusta
Que tostó el sol y encalleció el arado:
Y bajo el techo humoso campesino
Los hijos educó, que el conjurado
Mundo allanaron al valor latino.

¡Oh! ¡Los que afortunados poseedores
Habéis nacido de la tierra hermosa
En que reseña hacer de sus favores,
Como para ganaros y atraeros,
Quiso Naturaleza bondadosa!
Romped el duro encanto
Que os tiene entre murallas prisioneros.
El vulgo de las artes laborioso,
El mercader, que necesario al lujo,
Al lujo necesita,
Los que anhelando van tras el señuelo
Del alto cargo y del honor ruidoso,

La grey de aduladores parasita,
Gustoso pueblen ese infecto caos.
El campo es vuestra herencia: en él gozáos.
¿Amáis la libertad? El campo habita:
No allá donde el magnate
Entre armados satélites se mueve,
Y de la moda, universal señora,
Va la razón al triunfal carro atada.
Y a la fortuna la insensata plebe,
Y el noble al aura popular adora.
¿O la virtud amáis? ¡Ah! ¡Que el retiro,
La solitaria calma
En que, juez de sí misma, pasa el alma
A las acciones muestra,
Es de la vida la mejor maestra!
¿Buscáis durables goces,
Felicidad, cuanta es al hombre dada
Y a su terreno asiento, en que vecina
Está la risa al llanto, y siempre, ¡ah!, siempre,
Donde halaga la flor, punza la espina?
Id a gozar la suerte campesina;
La regalada paz, que ni rencores
Al labrador, ni envidias acibaran;
La cama que mullida le preparan
El contento, el trabajo, el aire puro;
Y el sabor de los fáciles manjares,
Que dispendiosa gula no le aceda;
Y el asilo seguro
De sus patrios hogares
Que a la salud y al regocijo hospeda.

El aura respirad de la montaña,
Que vuelve al cuerpo laso
El perdido vigor, que a la enojosa
Vejez retarda el paso,
Y el rostro a la beldad tiñe de rosa.
¿Es allí menos blanda, por ventura,
De amor la llama, que templó el recato?
¿O menos aficiona la hermosura
Que de extranjero ornato
Y afeites impostores no se cura?
¿O el corazón escucha indiferente
El lenguaje inocente
Que los afectos sin disfraz expresa
Y a la intención ajusta la promesa?
No del espejo al importuno ensayo
La risa se compone, el paso, el gesto;
No falta allí carmín al rostro honesto
Que la modestia y la salud colora,
Ni la mirada que lanzó al soslayo
Tímido amor, la senda al alma ignora.
¿Esperaréis que forme
Más venturosos lazos himeneo,
Do el interés barata,
Tirano del deseo,
Ajena mano y fe por nombre o plata,
Que do conforme gusto, edad conforme,
Y elección libre, y mutuo ardor los ata?

Allí también deberes
Hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas

Heridas de la guerra: el fértil suelo,
Aspero ahora y bravo,
Al desacostumbrado yugo torne
Del arte humana y le tribute esclavo.
Del obstruido estanque y del molino
Recuerden ya las aguas el camino:
El intrincado bosque el hacha rompa,
Consuma el fuego: abrid en luengas calles
La obscuridad de su infructuosa pompa.
Abrigo den los valles
A la sedienta caña;
La manzana y la pera
En la fresca montaña
El cielo olviden de su madre España:
Adorne la ladera
El cafetal; ampare
A la tierra teobrama en la ribera
La sombra maternal de su bucare:
Aquí el vergel, allá la huerta ría...
¿Es ciego error de ilusa fantasía?
Ya dócil a tu voz, Agricultura,
Nodriza de las gentes, la caterva
Servil armada va de corvas hoces;
Mírola ya que invade la espesura
De la floresta opaca; oigo las voces;
Siento el rumor confuso, el hierro suena;
Los golpes el lejano
Eco redobla; gime el ceibo anciano,
Que a numerosa tropa
Largo tiempo fatiga:

Batido de cien hachas se estremece,
Estalla al fin, y rinde la ancha copa.
Huyó la fiera; deja el caro nido,
Deja la prole implume
El ave, y otro bosque no sabido
De los humanos, va a buscar doliente...
¿Qué miro? Alto torrente
De sonrosada llama
Corre, y sobre las áridas ruinas
De la postrada selva se derrama.
El raudo incendio a gran distancia brama,
Y el humo en negro remolino sube,
Aglomerando nube sobre nube.
Ya de lo que antes era
Verdor hermoso y fresca lozanía,
Sólo difuntos troncos,
Sólo cenizas quedan, monumento
De la dicha mortal, burla del viento.
Mas al vulgo bravío
De las tupidas plantas montaraces
Sucede ya el fructífero plantío
En muestra ufana de ordenadas haces.
Ya ramo a ramo alcanza,
Y a los rollizos tallos hurta el día:
Ya la primera flor desvuelve el seno,
Bello a la vista, alegre a la esperanza:
A la esperanza, que riendo enjuga
Del fatigado agricultor la frente,
Y allá a lo lejos el ópimo fruto,
Y la cosecha apañadora pinta,

Que lleva de los campos el tributo,
Colmado el cesto, y con la falda en cinta:
Y bajo el peso de los largos bienes
Con que el colono acude,
Hace crujir los vastos almacenes.

¡Buen Dios! No en vano sude,
Mas a merced y a compasión te mueva
La gente agricultora
Del Ecuador, que del desmayo triste
Con renovado aliento vuelve ahora,
Y tras tanta zozobra, ansia, tumulto,
Tantos años de fiera
Devastación y militar insulto,
Aún más que tu clemencia antigua implora
Su rústica piedad, pero sincera,
Halle a tus ojos gracia: no el risueño
Porvenir que las penas le aligera,
Cual de dorado sueño
Visión falaz, desvanecido llore:
Intempestiva lluvia no maltrate
El delicado embrión: el diente impío
Del insecto roedor no lo devore;
Sañudo vendaval no lo arrebate,
Ni agote al árbol el materno jugo
La calurosa sed de largo estío.
Y, pues al fin te plugo,
Arbitro de la suerte soberano,
Que suelto el cuello de extranjero yugo,
Erguiese al cielo el hombre americano:

Bendecida de ti se arraigue y medre
Su libertad; en lo más hondo encierra
De los abismos la malvada guerra,
Y el miedo de la espada asoladora
Al suspicaz cultivador no arredre
Del arte bienhechora,
Que las familias nutre y los Estados:
La azorada inquietud deje las almas,
Deje la triste herrumbre los arados.
Asaz de nuestros padres malhadados
Expiamos la bárbara conquista.
¿Cuántas doquier la vista
No asombran erizadas soledades,
Do cultos campos fueron, do ciudades?
De muertes, proscripciones,
Suplicios, orfandades,
¿Quién contará la pavorosa suma?
Saciadas duermen ya de sangre ibera
Las sombras de Atahualpa y Moctezuma.
¡Ah! Desde el alto asiento
En que escabel te son alados coros
Que velan en pasmado acatamiento
La faz ante la lumbre de tu frente
(Si merece por dicha una mirada
Tuya la sin ventura humana gente),
El ángel nos envía,
El ángel de la paz, que al crudo ibero
Haga olvidar la antigua tiranía,
Y acatar reverente el que a los hombres
sagrado diste, imprescriptible fuero

Que alargar le haga al injuriado hermano
(¡Ensangrentólo asaz!) la diestra inerme;
Y si la innata mansedumbre duerme,
La despierte en el pecho americano.
El corazón lozano
Que una feliz obscuridad desdeña,
Que en el azar sangriento del combate
Alborozado late,
Y códicioso de poder o fama,
Nobles peligros ama;
Baldón estime sólo y vituperio
El prez que de la patria no reciba,
La libertad más dulce que el imperio,
Y más hermosa que el laurel la oliva.
Ciudadano el soldado,
Deponga de la guerra la librea:
El ramo de victoria
Colgado al ara de la patria sea,
Y sola adorne al mérito la gloria.
De su triunfo entonces, patria mía,
Verá la paz el suspirado día;
La paz, a cuya vista el mundo llena
Alma, serenidad y regocijo,
Vuelve alentado el hombre a la faena,
Alza el ancla la nave, a las amigas
Auras encomendándose animosa,
Enjámbrase el taller, hierve el cortijo,
Y no basta la hoz a las espigas.

¡Oh, jóvenes naciones, que ceñida
Alzáis sobre el atónito Occidente
De tempranos laureles la cabeza!
Honrad al campo, honrad la simple vida
Del labrador y su frugal llaneza.
Así tendrán en vos perpetuamente
La libertad morada,
Y freno la ambición, y la ley templo.
Las gentes a la senda
De la inmortalidad ardua y fragosa,
Se animarán, citando vuestro ejemplo.
Lo emulará celosa
Vuestra posteridad, y nuevos nombres
Añadiendo la fama
A los que ahora aclama,
«Hijos son éstos, hijos
(Pregonará a los hombres)
De los que, vencedores, superaron
De los Andes la cima;
De los que en Boyacá, los que en la arena
De Maipo, y en Junín, y en la campaña
Gloriosa de Apurima,
Postrar supieron al león de España.»

José Joaquín Olmedo

LA VICTORIA DE JUNÍN

CANTO A BOLIVAR

El trueno horrendo que en fragor revienta
Y sordo retumbando se dilata
Por la inflamada esfera,
Al Dios anuncia que en el cielo impera.

Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta
La hispana muchedumbre,
Que más feroz que nunca amenazaba
A sangre y fuego eterna servidumbre;
Y el canto de victoria
Que en ecos mil discurre, ensordeciendo
El hondo valle y enriscada cumbre,
Proclaman a *Bolívar* en la tierra
Arbitro de la paz y de la guerra.

Las soberbias pirámides que al cielo
El arte humano osado levantaba
Para hablar a los siglos y naciones;
Templos, do esclavas manos
Deificaban en pompa a sus tiranos,
Ludibrio son del tiempo, que con su ala
Débil las toca, y las derriba al suelo,
Después que en fácil juego el fugaz viento
Borró sus mentirosas inscripciones;
Y bajo los escombros, confundido
Entre las sombras del etérno olvido,
¡Oh, de ambición y de miseria ejemplo!
El sacerdote yace, el dios y el templo.

Mas los sublimes montes, cuya frente
A la región etérea se levanta,
Que ven las tempestades a su planta
Brillar, rugir, romperse, disiparse;
Los Andes... las enormes, estupendas
Moles sentadas sobre bases de oro,
La tierra con su peso equilibrando,
Jamás se moverán. Ellos burlando
De ajena envidia y del protervo tiempo
La furia y el poder, serán eternos
De libertad y de victoria heraldos,
Que con eco profundo
A la postrera edad dirán al mundo:
«Nosotros vimos de Junin el campo;
Vimos que al desplegarse
Del Perú y de Colombia las banderas,

Se turban las legiones altaneras,
Huye el fiero español despavorido
O pide paz, rendido.
Venció *Bolívar*: el Perú fué libre;
Y en triunfal pompa Libertad sagrada
En el templo del sol fué colocada.

¿Quién me dará templar el voraz fuego
En que ardo todo yo? Trémula, incierta,
Torpe la mano va sobre la lira
Dando discorde son. ¿Quién me liberta
Del Dios que me fatiga?...
Siento unas veces la rebelde musa,
Cual bacante en furor, vagar incierta
Por medio de las plazas bulliciosas,
O sola por las selvas silenciosas,
O las risueñas playas
Que manso lame el caudaloso Guayas;
Otras el vuelo arrebatado tiende
Sobre los montes, y de allí desciende
Al campo de Junin, y ardiendo en ira,
Los numerosos escuadrones mira
Que el odiado pendón de España arbolan·
Y en cristado morrión y pelo armada,
Cual amazona fiera,
Se mezcla entre las filas la primera
De todos los guerreros,
Y a combatir con ellos se adelanta:
Triunfa con ellos y sus triunfos canta.

Tal en los siglos de virtud y gloria,
Cuando el guerrero sólo y el poeta
Eran dignos de honor y de memoria,
La musa audaz de Pindaro divino,
Cual intrépido atleta,
En inmortal porfía
Al griego estadio concurrir solía;
Y en estro hirviendo y en amor de fama,
Y del metro y del número impaciente,
Pulsa su lira de oro sonorosa,
Y alto asiento concede entre los dioses
Al que fuera en la lid más valeroso,
O al más afortunado.
Pero luego, envidiosa
De la inmortalidad que les ha dado,
Ciega se lanza al circo polvoroso,
Las alas rapidísimas agita,
Y al carro vencedor se precipita;
Y desatando armónicos raudales,
Pide, disputa, gana
o arrebata la palma a sus rivales.

¿Quién es aquel que el paso lento mueve
Sobre el collado que a Junin domina?
¿Que el campo desde allí mide, y el sitio
Del combatir y del vencer desina?
¿Que la hueste contraria observa, cuenta,
Y en su mente la rompe y desordena,
Y a los más bravos a morir condena,
Cual águila caudal que se complace

Del alto cielo en divisar su presa,
Que entre rebaño mal segura pace?
¿Quién el que ya desciende,
Pronto y apercibido a la pelea?
Preñada en tempestades le rodea
Nube tremenda: el brillo de su espada
Es el vivo reflejo de su gloria;
Su voz un trueno; su mirada un rayo.
¿Quién aquel que, al trabarse la batalla,
Ufano como nuncio de victoria,
Un corcel impetuoso fatigando,
Discurre sin cesar por toda parte?...
¿Quién, sino el hijo de Colombia y Marte?

Sonó su voz: «Peruanos,
Mirad allí los duros opresores
De vuestra patria. Bravos colombianos,
En cien crudas batallas vencedores,
Mirad allí los enemigos fieros
Que buscando venís desde Orinoco:
Suya es la fuerza, y el valor es vuestro.
Vuestra será la gloria;
Pues lidiar con valor y por la patria
Es el mejor presagio de victoria.
Acometed, que siempre
De quien se atreve más el triunfo ha sido:
Quien no espera vencer, ya está vencido.»

Dice, y al punto, cual fugaces carros
Que, dada la señal, parten, y en densos

De arena y polvo torbellinos ruedan;
Arden los ejes, se estremece el suelo,
Estrépito confuso asorda el cielo,
Y en medio del afán cada cual teme
Que los demás adelantarse puedan;
Así los ordenados escuadrones,
Que del iris reflejan los colores,
O la imagen del sol en sus pendones,
Se avanzan a la lid. ¡Oh! ¡Quién temiera
Que su ímpetu mismo les perdiera!

¿Perderse? No, jamás, que en la pelea
Los arrastra y anima e importuna
De *Bolívar* el genio y la fortuna.
Llama improviso al bravo Necochea,
Y mostrándole el campo
Partir, acometer, vencer le manda.
Y el guerrero esforzado,
Otra vez vencedor, y otra cantado,
Dentro en el corazón por patria jura
Cumplir la orden fatal, y a la victoria
O a noble y cierta muerte se apresura.

Ya el formidable estruendo
Del atambor en uno y otro bando,
Y el son de las trompetas clamoroso,
Y el relinchar del alazán fogoso
Que, erguida la cerviz y el ojo ardiendo,
En bélico furor salta impaciente
Do más se encrudece la pelea;

Y el silbo de las balas que, rasgando
El aire, llevan por doquier la muerte;
Y el choque asaz horrendo
De selvas densas de ferradas picas;
Y el brillo y estridor de los aceros
Que al sol reflectan sanguinosos visos;
Y espadas, lanzas, miembros esparcidos
O en torrentes de sangre arrebatados:
Y el violento tropel de los guerreros
Que, más feroces mientras más heridos,
Dando y volviendo el golpe redoblado,
Mueren, mas no se rinden...; todo anuncia
Que el momento ha llegado,
En el gran libro del Destino escrito,
De la venganza al *Pueblo Americano*,
De mengua y de baldón al castellano.

Si el fanatismo, con sus furias todas
Hijas del negro averno, me inflamara,
Y mi pecho y mi musa enardeciera
En tartáreo furor, del león de España,
A ver dudoso el triunfo, me atreviera
A pintar el rencor y horrible saña.
Ruge atroz, y cobrando
Más fuerza en su despecho, se abalanza,
Abriéndose ancha calle entre las haces
Por medio el fuego y contrapuestas lanzas:
Rayos respira, mortandad y estrago,
Y sin pararse a devorar la presa,
Prosigue en su furor, y en cada huella

Bajo de negra sangre un hondo lago.

En tanto el argentino valeroso
Recuerda que vencer se le ha mandado;
Y no ya cual caudillo, cual soldado,
Los formidables ímpetus contiene
Y uno en contra de ciento se sostiene:
Como tigre furiosa
De rabiosos mastines acosada,
Que guardan el redil, mata, destroza,
Ahuyenta sus contrarios, y, aunque herida,
Sale con la victoria y con la vida.
¡Oh, capitán valiente,
Blasón ilustre de tu ilustre patria,
No morirás! Tu nombre eternamente
En nuestros fastos sonará glorioso,
Y bellas ninfas de tu Plata undoso
A tu gloria darán sonoro canto
Y a tu ingrato destino acerbo llanto.

Ya el intrépido Miller aparece
Y el desigual combate restablece.
Bajo su mando, ufana,
Marchar se ve la juventud peruana,
Ardiente, firme, a perecer resuelta,
Si acaso el hado infiel vencer le niega.
En el arduo conflicto opone ciega
A los adversos dardos firmes pechos,
Y otro nombre conquista con sus hechos.

¿Son esos los garzones delicados

Entre seda y aromas arrullados?
¿Los hijos del placer son esos fieros?
Sí: que los que antes desatar no osaban
Los dulces lazos de jazmín y rosa
Con que amor y placer los enredaban,
Hoy ya con mano fuerte
La cadena quebrantan ponderosa
Que ató sus pies, y vuelan denodados
A los campos de muerte y gloria cierta,
Apenas la alta fama los despierta
De los guerreros que su cara patria
En tres lustros de sangre libertaron,
Y apenas el querido
Nombre de libertad su pecho inflama
Y de amor patrio la celeste llama
Prende en su corazón adormecido.

Tal el joven Aquiles
Que en infame disfraz y en ocio blando
Dá lánguidos suspiros,
Los destinos de Grecia dilatando,
Vive cautivo en la beldad de Seiros,
Los ojos pace en el vistoso alarde
De arreos y de galas femeniles
Que de India, y Tiro, y Menfis opulenta
Curiosos mercadantes le encarecen;
Mas a su vista apenas resplandecen
Pavés, espada y yelmo, que entre gasas
El Itacense astuto le presenta,
Pásmase... se recobra, y con violenta

mano el templado acero arrebatando,
Rasga y arroja las indignas tocas;
Parte, traspasa el mar y en la troyana
Arena, muerte, asolación, espanto
Difunde por doquier: todo le cede...
Aún Héctor retrocede...
Y cae al fin; y en derredor tres veces
Su sangriento cadáver profanado,
Al veloz carro atado
Del vencedor inexorable y duro,
El polvo barre del sagrado muro.

Ora mi lira resonar debía
Del nombre y las hazañas portentosas
De tantos capitanes que este día
La palma del valor se disputaron.
Digna de todos... Carvajal... y Silva...
Y Suárez... y otros mil... Mas de improviso
La espada de *Bolívar* aparece,
Y a todos los guerreros,
Como el sol a *los astros* obscurece.
Yo acaso más osado le cantara,
Si la meonia musa me prestara
La resonante trompa que otro tiempo
Cantaba al crudo Marte entre los Traces,
Bien animando las terribles haces,
Bien los fieros caballos, que la lumbre
De la égida de *Palas* espantaba.
Tal el héroe brillaba
Por las primeras filas discurriendo.

Se oye su voz, su acero resplandece
Do más la pugna y el peligro crece;
Nada le puede resistir... Y es fama,
¡Oh portento inaudito!
Que el bello nombre de *Colombia* escrito
Sobre su frente, en torno despedía
Rayos de luz tan viva y refulgente,
que deslumbrado el español desmaya,
Tiembla, pierde la voz, el movimiento:
Sólo para la fuga tiene aliento.

Así, cuando en la noche algún malvado
Va a descargar el brazo levantado,
Si de improviso lanza un rayo el cielo,
Se pasma, y el puñal trémulo suelta;
Hielo mortal a su furor sucede;
Tiembla y horrorizado retrocede.
Ya no hay más combatir. El enemigo
El campo todo y la victoria cede.
Huye cual ciervo herido; y a donde huye
Allí encuentra la muerte. Los caballos,
Que fueron su esperanza en la pelea,
Heridos, espantados por el campo
O entre las filas vagan, salpicando
El suelo en sangre que su crin gotea;
Derriban al jinete, lo atropellan,
Y las catervas van despavoridas,
O unas en otras con terror se estrellan.

Crece la confusión, crece el espanto,

Y al impulso del aire que, vibrando
Sube en clamores y alaridos lleno;
Tremen las cumbres que respeta el trueno.
Y discurriendo el vencedor en tanto
Por cimas de cadáveres y heridos,
Postra al que huye, perdona a los rendidos.

Padre del universo, sol radioso,
Dios del Perú, modera omnipotente
El ardor de tu carro impetuoso,
Y no escondas tu luz indeficiente...
Una hora más de luz... Pero esta hora
No fué la del destino. El dios oía
El voto de su pueblo, y de la frente
El cerco de diamantes desceñía.
En fugaz rayo el horizonte dora,
En mayor disco menos luz ofrece,
Y veloz tras los Andes se obscurece.

Tendió su manto lóbrego la noche,
Y las reliquias del perdido bando,
Con sus tristes y atónitos caudillos,
Corren sin saber dónde espavoridos,
Y de su sombra misma se estremecen;
Y al fin en las tinieblas ocultando
Su afrenta y su pavor, desaparecen.

¡Victoria por la patria! ¡Oh Dios! ¡Victoria!
¡Triunfo a *Colombia* y a *Bolívar* gloria!

Ya el ronco parche y el clarín sonoro
No a presagiar batalla y muerte suenan,
Ni a enfurecer las almas; mas se estrenan
En alentar el bullicioso coro
De vivas y patrióticas canciones.
Arden cien pinos, y a su luz las sombras
Huyeron, cual poco antes desbandadas
Huyeron de la espada de Colombia
Las vandálicas huestes debeladas.

En torno de la lumbre,
El nombre de *Bolívar* repitiendo
Y las hazañas de tan claro día,
Los jefes y la alegre muchedumbre
Consumen en acordes libaciones
De Baco y Ceres los celestes dones.

«¡Victoria! ¡Paz! clamaban,
¡Paz para siempre! Furia de la guerra,
Húndete al hondo averno derrocada.
Ya cesa el mal y el llanto de la tierra:
¡Paz para siempre! La sanguínea espada,
O cubierta de orín ignominioso,
O en el útil arado transformada,
Nuevas leyes dará. Las varias gentes
Del mundo, que a despecho de los cielos
Y del ignoto ponto proceloso,
Abrió a Colón su audacia o su codicia,
Todas ya para siempre recobraron
En *Junín* libertad, gloria y reposo.»

Gloria mas no reposo, de repente
Llamó una voz de lo alto de los ciclos;
Y a los ecos los ecos por tres veces
Gloria, mas no reposo, respondieron.
El suelo tiembla, y cual fulgentes faros
De los Andes las cúspides ardieron;
Y de la noche el pavoroso manto
Se transparenta, y rásgase, y el éter
Allá lejos purísimo aparece
Y en rósea luz bañado resplandece

Cuando improviso, veneranda sombra
En faz serena y ademán augusto
Entre cándidas nubes se levanta.
Del hombro izquierdo nebuloso manto
Pende, y su diestra aéreo cetro rige:
Su mirar noble, pero no sañudo;
Y nieblas figuraban a su planta.
Penacho, arco, carcaj, flechas y escudo.
Una zona de estrellas
Glorificaba en derredor su frente
Y la borla imperial de ella pendiente.

Miró a Junín, y plácida sonrisa
Vagó sobre su faz. «Hijos decía,
Generación del sol afortunada
Que con placer yo puedo llamar mía,
Yo soy Huaina Capac; soy el postrero
Del vástago sagrado:
Dichoso rey, mas padre desgraciado.

De esta mansión de paz y luz he visto
Correr las tres centurias
De maldición, de sangre y servidumbre,
Y el imperio regido por las Furias.

»No hay punto en estos valles y estos cerros
Que no mande tristísimas memorias.
Torrentes mil de sangre sé cruzaron
Aquí y allí; las tribus numerosas
Al ruido del cañón se disiparon,
Y los restos mortales de mi gente
Aun a las mismas rocas fecundaron.
Mas allá un hijo expira entre los hierros
De su sagrada majestad indignos...
Un insolente y vil aventurero
Y un iracundo sacerdote fueron
De un poderoso rey los asesinos...
¡Tantos horrores y maldades tantas
Por el oro que hollaban nuestras plantas!

»Y mi Huáscar también... ¡Yo no vivía!
Que de vivir, lo juro, bastaría,
Sobrara a debelar la hidra española
Esta mi diestra triunfadora, sola.
Y nuestro suelo, que ama sobre todos
El Sol mi padre, en el estrago fiero
No fué ¡oh dolor! ni el solo, ni el primero
Que mis caros hermanos
El gran Guatimozín y Moctezuma
Conmigo el caso acerbo lamentaron

De su nefaria muerte y cautiverio,
Y la devastación del gran imperio,
En riqueza y poder igual al mío...
Hoy con noble desdén ambos recuerdan
El ultraje inaudito, y entre fiestas
Alevosas el dardo prevenido,
Y el lecho en vivas ascuas encendido.

»¡Guerra al usurpador!—¿Qué le debemos?
¿Luces, costumbres, religión o leyes?...
¡Si ellos fueron estúpidos, viciosos,
Feroces, y por fin, supersticiosos!...
¿Qué religión? ¿La de *Jesús?*... ¡Blasfemos!
Sangre, plomo veloz, cadena fueron
Los sacramentos santos que trajeron.
¡Oh religión! ¡Oh fuente pura y santa
De amor y de consuelo para el hombre!
¡Cuántos males se hicieron en tu nombre,
Y qué lazos de amor!... Por los oficios
De la hospitalidad más generosa
Hierros nos dan, por gratitud, suplicios.
Todos, sí, todos: menos uno solo,
El mártir del amor americano,
De paz, de caridad, apóstol santo,
Divino Casas, de otra patria digno.
Nos amó hasta morir.—Por tanto ahora
En el empíreo entre los Incas mora.

»En tanto la hora inevitable vino
Que con diamante señaló el destino

A la venganza y gloria de mi pueblo.
Y se alza el vengador.—Desde otros mares
Como sonante tempestad se acerca
Y fulminó. Y del Inca en la peana,
Que el tiempo y un poder furial profana,
Cual de un dios irritado en los altares
Las víctimas cayeron a millares.
¡Oh, campos de *Junín*!... ¡Oh, predilecto
Hijo y amigo y vengador del Inca!
¡Oh pueblos que formáis un pueblo solo
y una familia, y todos sois mis hijos!
Vivid, triunfad...»

El Inca esclarecido

Iba a seguir; mas de repente queda
En éxtasis profundo embebecido:
Atónito en el cielo
Ambos ojos inmóviles ponía,
Y en la improvisa inspiración absorto
La sombra de una estatua parecía

Cobró la voz al fin. «Pueblos, decía,
La página fatal ante mis ojos
Desenvolvió el destino, salpicada
Toda en purpúrea sangre, mas en torno
También en bello resplandor bañada.
Jefe de mi nación, nobles guerreros,
Oid cuanto mi oráculo os previene
Y requerid los ínclitos aceros,
Y en vez de cantos, nueva alarma suene:

Que en otros campos de inmortal memoria
La patria os pide, y el destino os manda
Otro afán, nueva lid, mayor victoria.»
Las legiones atónitas oían:
Mas luego que se anuncia otro combate,
Se alzan, arman, y al orden de batalla
Ufanas y prestísimas corrieran.
Y ya de acometer la voz esperan.
Reina el silencio. Mas de su alta nube
El Inca exclama: «De ese ardor os digno
La ardua lid que os espera;
Ardua, terrible, pero al fin postrera.
Ese adalid vencido
Vuela en su fuga a mi sagrada Cuzco;
Y en su furia insensata
Gentes, armas, tesoros arrebata,
Y a nuevo azar entrega su fortuna.
Venganza, indignación, furor le inflaman,
Y allá en su pecho hierven como fuegos
Que de un volcán en las entrañas braman.

»Marcha: y el mismo campo donde ciegos
En sangrienta porfía
Los primeros tiranos disputaron
Cuál de ellos sólo dominar debía,
Pues el poder y el oro dividido
Templar su ardiente fiebre no podía:
En ese campo que a discordia ajena
Debió su infausto nombre, y la cadena
Que después arrastró todo el imperio;

Allí, no sin misterio,
Venganza y gloria nos darán los cielos.
¡Oh valle de Ayacucho bienhadado!
Campo serás de gloria y de venganza...
Mas no sin sangre... ¡Yo me estremeciera,
Si mi sér inmortal no lo impidiera!

»Allí *Bolívar*, en su heroica mente
Mayores pensamientos revolviendo,
El nuevo triunfo trazará, y haciendo
De su genio y poder un nuevo ensayo,
Al joven *Sucre* prestará su rayo:
Al joven animoso,
A quien del Ecuador montes y ríos
Dos veces aclamaron victorioso.
Ya se verá en la frente del guerrero
Toda el alma del Héroe reflejada,
Que él le quiso infundir de una mirada.

»Como torrente desde la alta cumbre
Al valle en mil raudales despeñados,
Vendrán los hijos de la infanda Iberia,
Soberbios en su fiera muchedumbre,
Cuando a su encuentro volará impaciente
Tu juventud, Colombia belicosa,
Y la tuya, ¡oh Perú! de fama ansiosa,
Y el caudillo impertérrito a su frente.

»¡Atroz, horrendo choque, de azar lleno!
Cual aturde y espanta en su estallido

De hórrida tempestad el postrer trueno,
Arder en fuego el aire,
En humo y polvo obscurecerse el cielo
Y con la sangre que rebosa el suelo
Se verá el Apurímac de repente
Embravecer su rápida corriente.

»Mientras por sierras y hondos precipicios
A la hueste enemiga
El impaciente Córdova fatiga:
Córdova, a quien inflama
Fuego de edad y amor de patria y fama;
Córdova, en cuyas sienes con bello arte
Crecen y se entrelazan
Tu mirto, Venus, tus laureles, Marte.
Con su Miller los húsares recuerdan
El nombre de *Junín*: Vargas su nombre.
Y vencedor el suyo con su Lara
En cien hazañas cada cual más clara.

»Allá, por otra parte,
Sereno, pero siempre infatigable,
Terrible cual su nombre, batallando
Se presenta La-Mar, y se apresura
La tarda rota del protervo bando.
Era su antiguo voto por la patria
Combatir y morir. Dios complacido,
Combatir y vencer le ha concedido.
Mártir del pundonor, he aquí tu día:
Ya la calumnia impía

Bajo tu pie bramando confundida
Te sonríe la patria agradecida;
Y tu nombre glorioso,
Al armónico canto que resuena
En las floridas márgenes del Guayas,
Que por oirlo su corriente enfrena,
Se mezclará, y el pecho de tu amigo,
Tus hazañas cantando y tu ventura,
Palpitará de gozo y de ternura.

»Lo grande y peligroso
Hiela al cobarde, irrita al animoso.
¡Qué intrepidez! ¡Qué súbito coraje
El brazo agita y en el pecho prende
Del que su patria y libertad defiende!
El menor resistir es nuevo ultraje.
El jinete impetuoso
El fulmíneo arcabuz de sí arrojando,
Lánzase a tierra con el hierro en mano,
Pues le parece, en trance tan dudoso,
Lento el caballo, perezoso el plomo.
Crece el ardor.—Ya cede en toda parte
El número al valor, la fuerza al arte.
Y el ibero arrogante en las memorias
De sus pasadas glorias,
Firme, feroz resiste; y ya en idea,
Bajo triunfales arcos que alzar debe
La sojuzgada Lima, se pasea.
Mas su afán, su ilusión, sus artes... nada,
Ni la resuelta y numerosa tropa

Le sirve. Cede al ímpetu tremendo,
Y el arma de Bailén rindió, cayendo
El vencedor del vencedor de Europa.
Perdió el valor, mas no la ira pierde,
Y en furibunda rabia el polvo muerde;
Alza el párpado grave, y sanguinosos
Ruedan sus ojos y sus dientes crujen;
Mira la luz, se indigna de mirarla;
Acusa, insulta al cielo, y de sus labios
Cárdenos, espumosos,
Votos y negra sangre y hiel brotando,
En vano un vengador muere invocando.

»¡Ah!, ya diviso míseras reliquias
Con todos sus caudillos humillados
Venir, pidiendo paz; y generoso,
En nombre de *Bolívar* y la patria,
No se la niega el vencedor glorioso.
Y su triunfo sangriento
Con el ramo feliz de paz corona:
Que si patria y honor le arman la mano,
Arde en venganza el pecho americano,
Y, cuando vence, todo lo perdona.

»Las voces y el clamor de los que vencen,
Y de Quinó las ásperas montañas,
Y los cóncavos senos de la tierra,
Y los ecos sin fin de la ardua sierra,
Todo repite sin cesar: ¡Victoria!

»Y las bullentes linfas de Apurímac
A las fugaces linfas de Ucayale
Se unen, y unidas llevan presurosas,
En sonante murmullo y alba espuma,
Con palmas en las manos y coronas
Esta nueva feliz al Amazonas;
Y el espléndido rey al punto ordena
A sus delfines, ninfas y sirenas
Que en clamorosos, plácidos cantares
Tan gran victoria anuncien a los mares.

»Salud, ¡oh, vencedor! ¡Oh, *Sucre!* vence,
Y de nuevo laurel orla tu frente.
Alta esperanza de tu insigne patria,
Como la palma al margen de un torrente
Crece tu nombre... Y sola, en este día
Tu gloria, sin *Bolívar*, brillaría.
Tal se ve Hespero arder en su carrera;
Y del nocturno cielo
Suyo el imperio sin la luna fuera.

»Por las manos de *Sucre* la Victoria
Ciñe a *Bolívar* lauro inmarcesible.
¡Oh, triunfador!, la palma de Ayacucho.
Fatiga eterna al bronce de la Fama.
Segunda vez Libertador te aclama.

»Esta es la hora feliz; desde aquí empieza
La nueva edad al Inca prometida
De libertad, de paz y de grandeza.
Rompiste la cadena aborrecida;

La rebelde cerviz hispana hollaste;
Grande gloria alcanzaste;
Pero mayor te espera, si a mi pueblo,
Así cual a la guerra lo conformas
Y a conquistar su libertad le empeñas,
La rara y ardua ciencia
De merecer la paz y vivir libre
Con voz y ejemplo y con poder le enseñas.

»Yo con riendas de seda regí el pueblo,
Y cual padre le amé; mas no quisiera
Que el cetro de los Incas renaciera:
Que ya se vió algún Inca que teniendo
El terrible poder todo en su mano,
Comenzó padre y acabó tirano.
Yo fuí conquistador, ya me avergüenzo
Del glorioso y sangriento ministerio;
Pues un conquistador, el más humano,
Formar, mas no regir, debe un imperio.

» Por no trillada senda, de la gloria
Al templo vuelvas, ínclito *Bolívar*.
Que ese poder tremendo que te fía
De los padres el íntegro Senado,
Si otro tiempo perder a Roma pudo,
En tu potente mano
Es a la libertad del pueblo escudo.

»¡Oh, Libertad!, el *Héroe* que podía
Ser el brazo de Marte sanguinario,
Ese es tu sacerdote más celoso,

Y el primero que toma el incensario
Y a tus aras se inclina silencioso.
¡Oh, Libertad!, si al pueblo americano
La solemne misión ha dado el Cielo
De domeñar el monstruo de la guerra,
Y dilatar tu imperio soberano
Por las regiones todas de la tierra
Y por las ondas todas de los mares,
No temas, con este *Hérce*, que algún día
Eclipse el ciego error tus resplandores,
Superstición profane tus altares,
Ni que insulte tu ley la tiranía:
Ya tu imperio y tu culto son eternos.
Y cual restauras en su antigua gloria
Del santo y poderoso
Pacha-Cámac el templo portentoso,
Tiempo vendrá, mi oráculo no miente,
En que darás a pueblos destronados
Su majestad ingénita y su solio;
Animarás las ruinas de Cartago,
Relevarás en Grecia el Aerópago,
Y en la humillada Roma el Capitolio.

»Tuya será, *Bolívar*, esta gloria;
Tuyo el romper el yugo de los reyes,
Y a su despecho entronizar las leyes;
Y la discordia en áspides crinada,
Por tu brazo en cien nudos aherrojada,
Ante los Haces santos confundidas
Harás temblar las armas parricidas...

»Ya las hondas entrañas de la tierra
En larga vena ofrecen el tesoro
Que en ellas guarda el sol, y nuestros montes
Los valles regarán con lava de oro,
Y el pueblo primogénito, dichoso
De libertad, que sobre todos tanto
Por su poder y gloria se enaltece,
Como entre sus estrellas
La estrella de *Virginia* resplandece.
Nos da el ósculo santo
De amistad fraternal. Y las naciones
Del remoto hemisferio celebrado,
Al contemplar el vuelo arrebatado
De nuestras musas y artes,
Como iguales amigos nos saludan,
Con el tridente abriendo la carrera,
La reina de los mares la primera.

»Será perpetua, ¡oh, pueblos!, esta gloria,
Y vuestra libertad incontrastable
Contra el poder y liga detestable
De todos los tiranos conjurados,
Si en lazo federal, de polo a polo,
En la guerra y la paz vivís unidos,
Vuestra fuerza es la unión. Unión, ¡oh, pueblos!
Para ser libres y jamás vencidos.
Esta unión, este lazo poderoso
La gran cadena de los Andes sea,
Que en fortísimo enlace se dilatan
Del uno al otro mar: las tempestades

Del cielo ardiendo en fuego se arrebatan;
Erupciones volcánicas arrasan
Campos, pueblos, vastísimas regiones,
Y amenazan horrendas convulsiones
El globo destrozar desde el profundo:
Ellos, empero, firmes y serenos
Ven el estrago funeral del mundo.

»Esta es, *Bolívar*, aún mayor hazaña
Que destrozar el férreo cetro a España,
Y es digna de ti sólo. En tanto triunfa...
Ya se alzan los magníficos trofeos,
Y tu nombre aclamado
Por las vecinas y remotas gentes,
En lenguas, voces, metros diferentes,
Recorrerá la serie de los siglos
En las alas del canto arrebatado...
Y en medio del concierto numeroso
La voz del Guayas crece
Y a las mas resonantes enmudece.
Tú la salud y honor de nuestro pueblo
Serás viviendo, y ángel poderoso
Que lo proteja, cuando
Tarde al empíreo el vuelo arrebatares
Y entre los claros Incas
A la diestra de Manco te sentares.

»Así place al destino. ¡Oh!, ved al cóndor,
Al peruriano rey del pueblo aério,
A quien ya cede el águila el imperio:

Vedle cual, desplegando en nuevas galas
Las espléndidas alas,
Sublime a la región del sol se eleva
Y el alto augurio que os revelo aprueba.

»Marchad, marchad, guerreros,
Y apresurad el día de la gloria,
Que en la fragosa margen de Apurímac
Con palmas os espera la victoria.»
Dijo el Inca, y las bóvedas etéreas
De par en par se abrieron,
En viva luz y en resplandor brillaron
Y en celestiales cantos resonaron.

»Era el coro de cándidas Vestales,
Las vírgenes del Sol, que rodeando
Al Inca como a sumo sacerdote,
En gozo santo y ecos virginales
En torno van cantando
Del Sol las alabanzas inmortales.

»Alma eterna del mundo,
Dios santo del Perú, padre del Inca,
En tu giro fecundo
Gózate sin cesar, luz bienhechora,
Viendo ya libre al pueblo que te adora.

»La tiniebla de sangre y servidumbre
Que ofuscaba la lumbre
De tu radiante faz, pura y serena,

Se disipó, y en cantos se convierte
La querella de muerte
Y el ruido antiguo de servil cadena.

»Aquí la libertad buscó un asilo,
Amable peregrina,
Y ya lo encuentra plácido y tranquilo;
Y aquí poner la diosa
Quiere su templo y ara milagrosa;
Aquí, olvidada de su cara Helvecia,
Se viene a consolar de la ruina
De los altares que la alzó la Grecia,
Y en todos sus oráculos proclama
Que al Madalén y al Rímac bullicioso
Ya sobre el Tíber y el Eurotas ama.

»¡Oh, Padre, oh, claro Sol! No desampares
Este suelo jamás, ni estos altares.
Tu vivífico ardor todos los seres
Anima y reproduce; por ti viven
Y acción, salud, placer, beldad reciben.
Tú al labrador despiertas,
Y las aves canoras
En tus primeras horas,
Y son tuyos sus cantos matinales;
Por ti siente el guerrero
En amor patrio enardecida el alma,
Y al pie de tu ara rinde placentero
Su laurel y su palma;
Y tuyos son sus cánticos marciales.

Fecunda, ¡oh, Sol!, tu tierra
Y los males repara de la guerra.

»Da a nuestros campos frutos abundosos,
Aunque niegues el brillo a los metales;
Da naves a los puertos,
Pueblos a los desiertos,
A las armas victoria,
Alas al genio y a las musas gloria.

»Dios del Perú, sostén, salva, conforta
El brazo que te venga:
No para nuevas lides sanguinosas,
Que miran con horror madres y esposas.
Sino para poner a olas civiles
Límites ciertos, y que en paz florezcan
De la alma paz los dones soberanos
Y arredre a sediciosos y a tiranos.

»Brilla con nueva luz, rey de los cielos,
Brilla con nueva luz en aquel día
Del triunfo que magnífica prepara
A su *Libertador* la patria mía.
¡Pompa digna del Inca y del imperio
Que hoy de su ruina a nuevo sér revive.

»Abre tus puertas, opulenta Lima.
Abate tus murallas y recibe
Al noble triunfador, que rodeado
De pueblos numerosos, y aclamado

Angel de la esperanza
Y *Genio* de la paz y de la gloria,
En inefable majestad se avanza.»

Las musas y las artes revolando
En torno van del carro esplendoroso;
Y los pendones patrios vencedores
Al aire vago ondean, ostentando
Del sol la imagen, de iris los colores.
Y el ágil planta y en gentiles formas,
Dando al viento el cabello desparcido,
De flores matizado,
Cual las Horas del Sol raudas y bellas,
Saltan en derredor lindas doncellas
En giro no estudiado,
Las glorias de su patria
En sus patrios cantares celebrando,
Y en sus pulidas manos levantando
Albos y tersos, como el seno de ellas,
Cien primorosos vasos de alabastro
Que aspiran fragantísimos aromas.
Y de su centro se derrama y sube
Por los cerúleos ámbitos del cielo
De ondoso incienso transparente nube.
Cierran la pompa espléndidos trofeos,
Y por delante, en larga serie, marchan,
Humildes, confundidos,
Los pueblos y los jefes ya vencidos.
Allá procede el astur belicoso;
Allí va el catalán infatigable.

Y el agreste celtíbero indomable,
Y el cántabro feroz que a la romana
Cadena al cuello sujetó el postrero;
Y el andaluz liviano,
Y el adusto y severo castellano.
Ya el áureo Tajo cetro y nombre cede;
Y las que antes graciosas
Fueron honor del fabuloso suelo,
Ninfas del Tormes y el Genil, en duelo
Se esconden silenciosas;
Y el grande Betis, viendo ya marchita
Su sacra oliva, menos orgulloso
Paga su antiguo feudo al mar undoso.

El Sol, suspenso en la mitad del cielo,
Aplaudirá esta pompa. «¡Oh, Sol, oh, Padre!
Tu luz rompa y disipe
Las sombras del antiguo cautiverio;
Tu luz nos dé el imperio;
Tu luz la libertad nos restituya;
Tuya es la tierra y la victoria es tuya.»
Cesó el canto. Los cielos aplaudieron
Y en plácido fulgor resplandecieron.
Todos quedan atónitos. Y en tanto
Tras la dorada nube el Inca santo
Y las santas vestales se escondieron.

Mas, ¿cuál audacia te elevó a los cielos
Humilde musa mía? ¡Oh, no reveles
A los seres mortales

En débil canto arcanos celestiales!
Y ciñan otros la apolínea rama,
Y siéntense a la mesa de los dioses,
Y los arrulle la parlera Fama,
Que es la gloria y tormento de la vida.
Yo volveré a mi flauta conocida,
Libre vagando por el bosque umbrío
De naranjos y opacos tamarindos,
O entre el rosal pintado y oloroso
Que matiza la margen de mi río,
O entre risueños campos do en pomposo
Trono piramidal y alta corona,
La piña ostenta el cetro de Pomona.
Y me diré feliz, si mereciere,
Al colgar esta lira en que he cantado
En tono menos dino
La gloria y el destino
Del venturoso *Pueblo Americano.*
Yo me diré feliz, si mereciere,
Por premio a mi osadía,
Una mirada tierna de las Gracias,
Y el aprecio y amor de mis hermanos,
Una sonrisa de la patria mía,
Y el odio y el furor de los tiranos.

José María Heredia

EN EL TEOCALLI DE CHOLULA

¡Cuánto es bella la tierra que habitaban
Los aztecas valientes! En su seno,
En una estrecha zona concentrados,
Con asombro se ven todos los climas
Que hay desde el Polo al Ecuador. Sus llanos
Cubren a par de las doradas mieses
Las cañas deliciosas. El naranjo
Y la piña y el plátano sonante,
Hijos del suelo equinoccial, se mezclan
A la frondosa vid, al pino agreste,
Y de Minerva al árbol majestuoso.
Nieve eterna corona las cabezas
De Iztacchiual purísimo, Orizaba
Y Popocatepec; sin que el invierno
Toque jamás con destructora mano
Los campos fertilísimos, do ledo
Los mira el indio en púrpura ligera
Y oro teñirse, reflejando el brillo
Del sol en Occidente, que sereno

En hielo eterno y perennal verdura
A torrentes vertió su luz dorada
Y vió a Naturaleza conmovida
Con su dulce calor hervir en vida.

Era la tarde: su ligera brisa
Las alas en silencio ya plegaba
Y entre la hierba y árboles dormía,
Mientras el ancho sol su disco hundía
Detrás de Iztaccihual. La nieve eterna,
Cual disuelta en mar de oro, semejaba
Temblar en torno de él; un arco inmenso
Que del empíreo en el cénit finaba
Como espléndido pórtico del cielo
De luz vestido y centellante gloria.
De sus últimos rayos recibía
Los colores riquísimos. Su brillo
Desfalleciendo fué: la blanca luna
Y de Venus la estrella solitaria
En el cielo desierto se veían.
¡Crepúsculo feliz! Hora más bella
Que la alba noche y el brillante día,
¡Cuánto es dulce tu paz al alma mía!

Hallábame sentado en la famosa
Cholulteca pirámide. Tendido
El llano inmenso que ante mí yacía.
Los ojos a espaciarse convidaba.
¡Qué silencio! ¡Qué paz! ¡Oh! ¿Quién diría
Que en estos bellos campos reina alzada

La bárbara opresión, y que esta tierra
Brota mieses tan ricas, abonada
Con sangre de hombres, en que fué inundada
Por la superstición y por la guerra?...

Bajó la noche en tanto. De la esfera
El leve azul, obscuro y más obscuro
Se fué tornando: la movible sombra
De las nubes serenas, que volaban
Por el espacio en alas de la brisa,
Era visible en el tendido llano;
Iztaccihual purísimo volvía
Del argentado rayo de la luna
El plácido fulgor, y en el Oriente
Bien como puntos de oro centelleaban
Mil estrellas y mil... ¡Oh, yo os saludo,
Fuentes de luz, que de la noche umbría
Iluminái el velo,
Y sois del firmamento poesía!

Al paso que la luna declinaba,
Y al ocaso fulgente descendía
Con lentitud, la sombra se extendía
Del Popocatepec, y semejaba
Fantasma colosal. El arco obscuro
A mí llegó, cubrióme, y su grandeza
Fué mayor y mayor, hasta que al cabo
En sombra universal veló la tierra.

Volví los ojos al volcán sublime,

Que, velado en vapores transparentes,
Sus inmensos contornos dibujaba
De Occidente en el cielo.
¡Gigante de Anahuac! ¿Cómo el vuelo
De las edades rápidas no imprime
Alguna huella en tu nevada frente?
Corre el tiempo veloz, arrebatando
Años y siglos, como el norte fiero
Precipita ante sí la muchedumbre
De las olas del mar. Pueblos y reyes
Viste hervir a tus pies, que combatían
Cual hora combatimos, y llamaban
Eternas sus ciudades y creían
Fatigar a la tierra con su gloria.
Fueron: de ellos no resta ni memoria.
¿Y tú eterno serás? Tal vez un día,
De tus profundas bases desquiciado,
Caerás; abrumará tu gran ruina
Al yermo Anahuac; alzaránse en ella
Nuevas generaciones, y orgullosas
Que fuiste negarán...
Todo perece
Por ley universal. Aun este mundo
Tan bello y tan brillante que habitamos
Es el cadáver pálido y deforme
De otro mundo que fué...

En tal contemplación embebecido
Sorprendióme el sopor. Un largo sueño
De glorias engolfadas y perdidas

En la profunda noche de los tiempos,
Descendió sobre mí. La agreste pompa
De los reyes aztecas desplegóse
A mis ojos atónitos. Veía
Entre la muchedumbre silenciosa
De emplumados caudillos, levantarse
El déspota salvaje en rico trono
De oro, perlas y plumas recamado;
Y al son de caracoles belicosos
Ir lentamente caminando al templo
La vasta procesión, do la aguardaban
Sacerdotes horribles, salpicados
Con sangre humana rostros y vestidos.
Con profundo estupor el pueblo esclavo
Las bajas frentes en el polvo hundía,
Y ni mirar a su señor osaba,
De cuyos ojos férvidos brotaba
La saña del poder..
Tales ya fueron
Tus monarcas, Anahuac, y su orgullo:
Su vil superstición y tiranía,
En el abismo del no ser se hundieron.
Sí, que la muerte, universal señora,
Hiriendo al par al déspota y esclavo,
Escribe la igualdad sobre la tumba.
Con su manto benéfico el olvido
Tu insensatez oculta y tus furores
A la raza presente y la futura.
Esta inmensa estructura
Vió la superstición más inhumana

En ella entronizarse. Oyó sus gritos
De agonizantes víctimas, en tanto
Que el sacerdote, sin piedad ni espanto,
Les arrancaba el corazón sangriento;
Miró el vapor espeso de la sangre
Subir caliente al ofendido cielo
Y tender en el sol fúnebre velo,
Y escuchó los horrendos alaridos
Con que los sacerdotes sofocaban
El grito del dolor.

Muda y desierta
Ahora te ves, pirámide. ¡Más vale
Que semanas de siglos yazcas yerma,
Y la superstición a quien serviste
En el abismo del infierno duerma!
A nuestros nietos últimos, empero,
Sé lección saludable; y hoy que el hombre
Al cielo, cual Titán, truena orgulloso,
Sé ejemplo ignominioso
De la demencia y del furor humano.

CANTO AL NIAGARA

Templad mi lira, dámela, que siento
En mi alma estremecida y agitada
Arder la inspiración. ¡Oh! ¡Cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente

Brillase con su luz!... Niágara undoso,
Tu sublime terror sólo podría
Tornarme el don divino, que ensañada
Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, calla
Tu trueno aterrador: disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan;
Déjame contemplar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre
Lo común y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé: vi al Océano
Azotado por austro proceloso,
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Vórtice hirviendo abrir, y amé el peligro.
Mas del mar la fiereza
En mi alma no produjo
La profunda impresión que tu grandeza.

Sereno corres, majestuoso; y luego
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
De la sirte rugiente
La aterradora faz? El alma mía

En vago pensamiento se confunde
Al mirar esa férvida corriente,
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde obscuro
Del precipicio altísimo: mil olas,
Cual pensamiento rápidas pasando,
Chocan, y se enfurecen,
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.

¡Ved! ¡Llegan, saltan! El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados:
Crúzanse en él mil iris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
En las rígidas peñas
Rómpese el agua: vaporosa nube
Con elástica fuerza
Llena el abismo en torbellino, sube,
Gira en torno, y al éter
Luminosa pirámide levanta,
Y por sobre los montes que le cercan
Al solitario cazador espanta.

Mas, ¿qué en ti busca mi anhelante vista
Con inútil afán? ¿Por qué no miro
Alrededor de tu caverna inmensa
las palmas, ¡ay!, las palmas deliciosas,
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol a la sonrisa, y crecen,
Y al soplo de las brisas del Oceano
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo a mi pesar me viene...
Nada, ¡oh, Niágara!, falta a tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
A tu terrible majestad conviene.
La palma y mirto y delicada rosa,
Muelle placer inspiren y ocio blando
En frívolo jardín: a ti la suerte
Guardó más digno objeto, más sublime.
El alma libre, generosa, fuerte,
Viene, te ve, se asombra,
El mezquino deleite menosprecia,
Y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Omnipotente Dios! En otros climas
Vi monstruos execrables,
Blasfemando tu nombre sacrosanto,
Sembrar error y fanatismo impío,
Los campos inundar con sangre y llanto,
De hermanos atizar la infanda guerra,
Y desolar frenéticos la tierra.
Vilos y, el pecho se inflamó a su vista
En grave indignación. Por otra parte
Vi mentidos filósofos, que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo
A los míseros hombres arrastraban.
Por eso te buscó mi débil mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre a ti; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,

Y tu profunda voz hiere mi seno
De este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!
¡Cómo tu vista el ánimo enajena
Y de terror y admiración me llena!
¿Do tu origen está? ¿Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el Océano?

Abrió el Señor su mano omnipotente;
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz a tus aguas despeñadas,
y ornó con su arco tu terrible frente.
¡Ciego, profundo, infatigable corres,
Como el torrente obscuro de los siglos
En insondable eternidad!... ¡Al hombre
Huyen así las ilusiones gratas,
Los florecientes días,
Y despierta al dolor!... ¡Ay! Agostada
Yace mi juventud; mi faz, marchita;
Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día
Mi soledad y mísero abandono
Y lamentable desamor... ¿Podría
En edad borrascosa

Sin amor ser feliz? ¡Oh! si una hermosa
Mi cariño fijase,
Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y ardiente admiración acompañase!
¡Cómo gozara, viéndola cubrirse
De leve palidez, y ser más bella
En su dulce terror, y sonreirse
Al sostenerla mis amantes brazos!...
Delirios de virtud... ¡Ay! ¡Desterrado
Sin patria, sin amores,
Sólo miro ante mí, llanto y dolores!

¡Niágara poderoso!
¡Adiós! ¡Adiós! Dentro de pocos años
Ya devorado habrá la tumba fría
A tu débil cantor. ¡Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! ¡Pueda piadoso
Viéndote algún viajero,
Dar un suspiro a la memoria mía!
Y al abismarse Febo en occidente,
Feliz yo vuele do el Señor me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama,
Alce en las nubes la radiosa frente.

A WASHINGTON

Primero en paz y en guerra,
Primero en el afecto de tu patria
Y en la veneración del universo.

Viva imagen de Dios sobre la tierra,
Libertador, legislador y justo,
Wáshington inmortal, oye benigno
El débil canto, de tu gloria indigno,
Con que voy a ensalzar tu nombre augusto.

¿Te pintaré indignado
A la voz de la patria dolorida
Volar al arduo campo de la gloria
Y como Jove en el Olimpo armado
A la suerte mandar y a la victoria?
Magnánimo apareces;
Ríndese Boston, y respira libre.
Vanamente el tirano
Cuarenta mil esclavos lanza fiero
Para extirpar el nombre americano.
Tú, sin baldón, al número cediste,
Y acallando el espíritu guerrero,
A tu gloria la patria preferiste.
Así del pueblo eterno los caudillos
Al vencedor Aníbal contemplaron
Con inmutable frente,
Y la invasión rugiente
A la púnica playa rechazaron.

Mas luego, en noche de feliz memoria,
Del Delaware el vacilante hielo
Ofreció a tu valor y patrio celo
El camino del triunfo y de la gloria.
La soberbia británica humillada

Es por último en York, y su caudillo
Rinde a tus pies la poderosa espada.
El uninverso atónito saluda
A la triunfante América, y te adora,
Mientras que la metrópoli sañuda
Tu gloria bella y su baldón devora.
Mas cuando por la paz inútil viste
De libertad la espada en tu alta mano,
El poder soberano
Como insufrible carga depusiste.

Alzado a la primer magistratura,
De tu patria la suerte coronaste,
Y en cimientos eternos afirmaste
La paz, la libertad sublime y pura.
De años y gloria y de virtud cargado,
Con mano vencedora
Regir te vieron el humilde arado.
Con Sócrates divino te asentaste
De la Fama en el templo,
Y a la virtud, con inmortal ejemplo,
La fe del universo conservaste.

Cuando en noble retiro,
De oro y de crimen y ambición ajeno,
Tu espléndida carrera coronabas,
En este bello asilo respirabas
Pobre, modesto y entre libres libre.
¡Oh, Potomac! Del orgulloso Tibre

No envidies, no la delincuente gloria,
Que no recuerda un héroe como el tuyo
Del orbe todo la sangrienta historia.

Por la Francia feroz amenazada
Vuelve la patria del peligro al día,
Y en unánime voto al héroe fía
De libertad y América la espada.
Los rayos de la gloria
Vuelven a ornar su venerable frente...
Mas ¡ay! despareció, volando al cielo,
Como de nubes en brillante velo
Hunde el sol su cabeza en Occidente.

¡Oh, Wáshington! Protegen tu sepulcro
Las copas de los árboles ancianos
Que plantaron tus manos,
Y lo cubre la bóveda celeste.
Aun el aire que en torno se respira,
El que tú respirabas,
Paz y santa virtud al pecho inspira.

En la tumba modesta,
Que guarda tus cenizas por tesoro,
Ni luce el mármol, ni centella el oro,
Ni entallado laurel ni palmas veo.
¿Para qué, si es un mundo
A tu gloria inmortal digno trofeo?
Con estupor profundo
Por tu genio creador lo miro alzado

Hasta la cumbre de moral grandeza.
Potente y con virtud; libre y tranquilo;
Esclavo de las leyes;
Del universo asilo;
Asombro de naciones y de reyes.

A EMILIA

Desde el suelo fatal de mi destierro
Tu triste amigo, Emilia deliciosa,
Te dirige su voz; su voz que un día
En los campos de Cuba florecientes
Virtud, amor y plácida esperanza
Cantó felice, de tu bello labio
Mereciendo sonrisa aprobadora,
Que satisfizo su ambición. Ahora
Sólo gemir podrá la triste ausencia
De todo lo que amó, y enfurecido
Tronar contra los viles y tiranos
Que ajan de nuestra Patria desolada
El seno virginal. Su torvo ceño
Mostróme el despotismo vengativo,
Y en torno de mi frente acumulada
Rugió la tempestad. Bajo tu techo
La venganza burlé de los tiranos.
Entonces tu amistad celeste, pura,
Mitigaba el horror a los insomnios
De tu amigo proscripto y sus dolores.

Me era dulce admirar tus formas bellas
Y atender a tu acento regalado,
Cual lo es al miserable encarcelado
El aspecto del cielo y las estrellas.
Horas indefinibles, inmortales,
De angustia tuya y de peligro mío,
¡Cómo volaron!—Extranjera nave
arrebatóme por el mar sañudo,
Cuyas obscuras, turbulentas olas
Me apartan ya de playas españolas.

Heme libre por fin: heme distante
De tiranos y siervos. Mas, Emilia,
¡Qué mudanza cruel! Enfurecido
Brama el viento invernal: sobre sus alas
Vuela y devora el suelo desecado
El hielo punzador. Espesa niebla
Vela el brillo del sol, y cierra el cielo,
Que en dudoso horizonte se confunde
Con el obscuro mar. Desnudos gimen
Por do quiera los árboles la saña
Del viento azotador. Ningún sér vivo
Se ve en los campos. Soledad inmensa
Reina y desolación, y el mundo yerto
Sufre de invierno cruel la tiranía.
¿Y es esta la mansión que trocar debo
Por los campos de luz, el cielo puro,
La verdura inmortal y eternas flores
Y las brisas balsámicas del clima
En que el primero sol brilló a mis ojos

Entre dulzura y paz...—Estremecido
Me detengo, y agólpanse a mis ojos
Lágrimas de furor... ¿Qué importa? Emilia,
Mi cuerpo sufre, pero mi alma fiera
Con noble orgullo y menosprecio aplaude
Su libertad. Mis ojos doloridos
No verán ya mecerse de la palma
La copa gallardísima, dorada
Por los rayos del sol en occidente;
Ni a la sombra del plátano sonante
El ardor burlaré del medio día,
Inundando mi faz en la frescura
Que espira el blando céfiro. Mi oído,
En lugar de tu acento regalado,
O del eco apacible y cariñoso
De mi madre, mi hermana y mis amigas,
Tan sólo escucha de extranjero idioma
Los bárbaros sonidos: pero al menos
No lo fatiga del tirano infame
El clamor insolente, ni el gemido
Del esclavo infeliz, ni del azote
El crujir execrable que emponzoñan
La atmósfera de Cuba. ¡Patria mía,
Idolatrada patria! Tu hermosura
Goce el mortal en cuyas torpes venas
Gire con lentitud la yerta sangre,
Sin alterarse al grito lastimoso
De la opresión. En medio de tus campos
De luz vestidos y genial belleza,
Sentí mi pecho férvido agitarse

Por el dolor, como el Océano brama
Cuando le azota el norte. Por las noches,
Cuando la luz de la callada luna
Y del limón el delicioso aroma,
Llevado en alas de la tibia brisa
A voluptuosa calma convidaban,
Mil pensamientos de furor y saña
Entre mi pecho hirviendo, me nublaban
El congojado espíritu, y el sueño
En mi abrasada frente no tendía
Sus alas vaporosas. De mi patria
Bajo el hermoso y desnublado cielo
No pude resolverme a ser esclavo,
Ni consentir que todo en la natura
Fuese noble y feliz, menos el hombre.
Miraba ansioso al cielo y a los campos
Que en derredor callados se tendían,
Y en mi lánguida frente se veían
La palidez mortal y la esperanza.

Al brillar mi razón, su amor primero
Fué la sublime dignidad del hombre,
Y al murmurar de patria el dulce nombre,
Me llenaba de horror el extranjero.
¡Pluguiese al cielo, desdichada Cuba,
Que tu suelo tan sólo produjese
Hierro y soldados! La codicia ibera
No tentáramos, ¡no! Patria adorada,
De tus bosques el aura embalsamada
Es al valor, a la virtud funesta.

¿Cómo viendo tu sol radioso, inmenso,
No se inflama en los pechos de tus hijos
Generoso valor contra los viles
Que te oprimen audaces y devoran?

¡Emilia! ¡Dulce Emilia! La esperanza
De inocencia, de paz y de ventura
Acabó para mí. ¿Qué gozo resta
al que desde la nave fugitiva
En el triste horizonte de la tarde
Hundirse vió los montes de su patria
Por la postrera vez? A la mañana
Alzóse el sol, y me mostró desiertos
El firmamento y mar... ¡Oh! ¡Cuán odiosa
Me pareció la mísera existencia!
Bramaba en torno la tormenta fiera
Y yo sentado en la agitada popa
Del náufrago bajel, triste y sombrío,
Los torvos ojos en el mar fijando,
Meditaba de Cuba en el destino
Y en sus tiranos viles, y gemía,
Y de rubor y cólera temblaba,
Mientras el viento en derredor rugía,
Y mis sueltos cabellos agitaba.

¡Ah! También otros mártires... ¡Emilia!
Do quier me sigue en ademán severo
Del noble Hernández la querida imagen.
¡Eterna paz a tu injuriada sombra,
Mi amigo malogrado! Largo tiempo

El gran flujo y reflujo de los años
Por Cuba pasará sin que produzca
Otra alma cual la tuya, noble y fiera.
¡Víctima de cobardes y tiranos,
Descansa en paz! Si nuestra patria ciega,
Su largo sueño sacudiendo, llega
A despertar a libertad y gloria,
Honrará, como debe, tu memoria.

Presto será que refulgente aurora
De libertad sobre su puro cielo
Mire Cuba lucir! Tu amigo, Emilia,
De hierro fiero y de venganza armado,
A verte volverá, y en voz sublime
Entonará de triunfo el himno bello.
Mas si en las lides enemiga fuerza
Me postra ensangrentado, por lo menos
No obtendrá mi cadáver tierra extraña,
Y regado en mi féretro glorioso
Por el llanto de vírgenes y fuertes
Me adormiré. La universal ternura
Excitaré dichoso, y enlazada
Mi lira de dolores con mi espada,
Coronarán mi noble sepultura.

HIMNO DEL DESTERRADO

Reina el sol y las olas serenas
Corta en torno la prora triunfante,
Y hondo rastro de espuma brillante
Va dejando la nave en el mar.
¡Tierra! claman: ansiosos miramos
Al confín del sereno horizonte,
Y a lo lejos descúbrese un monte...
Lo conozco... ¡Ojos tristes, llorad!

Es el *Pan*... En su falda respiran
El amigo más fino y constante,
Mis amigas preciosas, mi amante...
¡Qué tesoros de amor tengo allí!
Y más lejos, mis dulces hermanas,
Y mi madre, mi madre adorada,
De silencio y dolores cercada
Se consume gimiendo por mí.

¡Cuba, Cuba, que vida me diste,
Dulce tierra de luz y hermosura,
¡Cuánto sueño de gloria y ventura
Tengo unido a tu sueño feliz!
¡Y te vuelvo a mirar!... ¡Cuán severo,
Hoy me oprime el rigor de mi suerte!
La opresión me amenaza con muerte
En los campos do al mundo nací.

Mas, ¿qué importa que truene el tirano?
Pobre sí, pero libre me encuentro:
Sólo el alma del alma es el centro:
¿Qué es el oro sin gloria ni paz?
Aunque errante y proscripto me miro,
Y me oprime el destino severo:
Por el cetro del déspota ibero
No quisiera mi suerte trocar.

Pues perdí la ilusión de la dicha,
Dame ¡oh gloria! tu aliento divino.
¿Osaré maldecir mi destino,
Cuando puedo vencer o morir?
Aunque habrá corazones en Cuba
Que me envidien de mártir la suerte,
Y prefieran espléndida muerte
A su amargo, azaroso vivir.

De un tumulto de males cercado
El patriota inmutable y seguro,
O medita en el tiempo futuro,
O contempla en el tiempo que fué.
Cual los Andes en luz inundados
A las nubes superan serenos;
Escuchando a los rayos y truenos
Retumbar hondamente a su pie.

¡Dulce Cuba! en tu seno se miran
En el grado más alto y profundo,
Las bellezas del físico mundo,
Los horrores del mundo moral.

Te hizo el cielo la flor de la tierra:
Mas tu fuerza y destinos ignoras,
Y de España en el déspota adoras
Al demonio sangriento del mal.

¿Ya qué importa que al cielo te tiendas
De verdura perenne vestida,
Y la frente de palmas ceñida
A los besos ofrezcas del mar,
Si el clamor del tirano insolente,
Del esclavo el gemir lastimoso,
Y el crujir del azote horroroso
Se oye sólo en tus campos sonar?

Bajo el peso del vicio insolente
La virtud desfallece oprimida,
Y a los crímenes y oro vendida
De las leyes la fuerza se ve.
Y mil necios, que grandes se juzgan
Con honores al peso comprados,
Al tirano idolatran, postrados
De su trono sacrílego al pie.

Al poder el aliento se oponga,
Y a la muerte contraste la muerte:
La constancia encadena la suerte,
Siempre vence el que sabe morir.
Enlacemos un nombre glorioso
De los siglos al rápido vuelo:
Elevemos los ojos al cielo,
Y a los años que están por venir.

Vale más a la espada enemiga
Presentar el impávido pecho,
Que yacer de dolor en un lecho,
Y mil muertes viviendo sufrir.
Que la gloria en las lides anima
El ardor del patriota constante,
Y circunda con halo brillante
De su muerte el momento feliz.

¿A la sangre teméis...? En las lides
Vale más derramarla a raudales,
Que arrastrarla en sus torpes canales
Entre vicios, angustias y horror.
¿Qué tenéis? Ni aun sepulcro seguro
En el suelo infelice cubano.
¿Nuestra sangre no sirve al tirano
Para abono del suelo español?

Si es verdad que los pueblos no pueden
Existir sino en dura cadena,
Y que el cielo feroz los condena
A ignominia y eterna opresión;
De verdad tan funesta mi pecho
El horror melancólico abjura,
Por seguir la sublime locura
De Wáshington y Bruto y Catón.

¡Cuba! Al fin te verás libre y pura
Como el aire de luz que respiras,

Cual las ondas hirvientes que miras
De tus playas la arena besar.
Aunque viles traidores le sirvan,
Del tirano es inútil la saña,
Que no en vano entre Cuba y España
Tiende inmenso sus olas el mar.

Juan Cruz Varela

A LA BATALLA DE ITUZAINGO

Las barreras del Tiempo
Rompió al cabo profética la mente,
Y atónita se lanza en lo futuro,
Y la posteridad mira presente.
¡Oh porvenir, impenetrable, obscuro!
Rasgóse al fin el tenebroso velo
Que ocultó tus misterios a mi anhelo.
Partióse al fin el diamantino muro,
Con que de mi existencia dividías
Tus hombres, tus sucesos y tus días.
Mil siglos ya volaron
Ante los ojos míos: mil naciones
Con ellos perecieron
Y otras generaciones
Y otros imperios a su vez nacieron;
Empero a la República Argentina
Salvarse miro de la gran ruïna.
Presente allá en las postreras edades.
Veo que no ha quedado ni memoria
De Griegos y Romanos: otra historia
De admiración embarga al universo.

Otros hechos sublimes, otros nombres
Miro allí consignados
En las líneas fatídicas del verso,
Y en páginas eternas; y los hombres
Los pronuncian de asombro penetrados,
Con respeto profundo,
Por los inmensos ámbitos del mundo.

No suenan las Termópilas; los llanos
De Maratón no suenan;
Platea y Salamina
Cual si no fueran son, y ya no llenan
Leónidas y Temístocles el orbe;
Que otra gloria perínclita domina,
Y la atención del universo absorbe.
Esos nombres ilustres se eclipsaron,
Los de Alvear y Brown los reemplazaron;
Y en todos los anales de la guerra
Ituzaingó y el Uruguay escritos,
Enseñan a los reyes de la tierra
Que los libres no sufren sus delitos.

Descended hacia mí, Numen del canto,
Mientras el genio de la Historia corta
La pluma de oro, que a la tierra deje,
Cual yo la miro en el momento absorta.
Mientras jaspes, y mármoles, y bronces
El buril no penetra,
Y a los siglos de entonces
Grabada pasa indestructible letra;
O mientras en estatuas colosales

El mundo no conoce todavía
Esos republicanos inmortales,
Blasón eterno de la patria mía,
Descended hacia mí, Numen del canto;
Y si un mortal feliz pudiese tanto,
Mi verso irá por cuanto Febo dora,
Del Austro a los Triones,
Y, leído en las playas de occidente,
Llevado por la Fama voladora,
Admirará después a las naciones
Que reciben la lumbre refulgente
Del rosado palacio de la Aurora.

Sepultado en el báratro profundo,
Y respirando rencorosa saña,
Porque ya no asolaba al Nuevo mundo,
Como cuando triunfamos de la España,
El monstruo de la guerra concitara
A la Ambición sedienta,
Y a la Ambición sangrienta,
Que del monstruo los ecos escuchara,
Usurpadora al llamamiento acude.
La Venganza sus crímenes prepara,
La Discordia sus víboras sacude,
Y atruenan sus rugidos el Averno.
Estos genios del mal luego quebrantan
Las eternales puertas del infierno,
Con hórrido alarido al mundo espantan,
Y al Brasil se lanzaron,
Y el estruendoso carro despeñaron.

Entonces ese déspota insolente,
Que en el Brasil domina,
Tiende a los bellos campos del Oriente
Una mano alevosa y asesina;
Y con enojo horrible y bronco tono,
«No puede ser—clamó—que el Argentino
Así se burle de la voz del trono,
Y tenga más poder que el del destino.
El mío es dominar un hemisferio,
Que tuvo la osadía
De aspirar a ser libre en algún día;
Ni basta a mi ambición mi solo imperio.»

Así dijo el tirano: pero escrito
Estaba ya en el alto firmamento
Con caracteres ígneos su delito,
Con caracteres ígneos su escarmiento.
Escrito estaba y de la voz divina,
El fallo irrevocable, el cumplimiento
Confióse a la República Argentina.
Ella llamó a sus hijos, y sus hijos
El flamígero acero descolgaron,
Esos mismos aceros que algún día
Las falanjes ibéricas segaron,
Cuando otro rey imbécil nos quería
Arrebatar la independencia cara,
Y que el baldón de América durara.

Ya tremolante veo
Aquel mismo estandarte,

Que en otro tiempo vió Montevideo,
Cuando sañudo Marte
El muro amenazaba y los pendones
Ornados de castillos y leones.
Ya las voces escucho
De los mismos guerreros,
Que fueron el terror de los Iberos
En Tucumán, en Maipo, en Ayacucho;
Guerreros argentinos, que llevaron
Triunfantes sus banderas,
Desde la margen del undoso Plata
Hasta el ópimo Chile. Las barreras
Eternas de los Andes se allanaron
Al marchar de los fuertes campeones;
Parten de allí, cual rayo, a otras regiones
Y con igual decoro
En el Perú la espada desnudaron
Y de sangre enemiga la lavaron
En las corrientes del Rimac sonoro.
El Ecuador los vió, Quito amagada
Miró Argentinos. y quedó asombrada;
Y helos de nuevo aquí, y arder de nuevo
En bélico furor toda la tierra.
Justo rencor a la nación conmueve,
Justa venganza cada pecho encierra,
¿Y quién es el valiente que se atreve
A conducir los bravos a la guerra?
¿Quién es el general que en sí confía?
¿Cuál es más fuerte si el acero blande?
¿A quién la Patria sus venganzas fía?

¿Cuál es el héroe que a los héroes mande?
Alvear se mostró: toda la hueste
Con vítores festivos le aclamaba:
¡Este es el vencedor, el genio es este!
Y sus triunfos la hueste presagiaba.

La espalda en tanto del inmenso río
Las naos brasileras
Oprimen formidables y altaneras.
En marcial fuego y belicoso brío
Arda la capital, los campos ardan:
¿Mas cómo irán a la oriental ribera
Los fuertes adalides, que ya tardan,
Y de cuyo ardimiento sólo espera
La libertad el oprimido Oriente?
¡Tardar! No lo consiente
El marino impertérrito, terrible,
Que sintiéndose intrépido, invencible,
Se decide a forzar a la Victoria
A que empiece a tejerle la corona,
Con que muy pronto en Uruguay las sienes
Se adorne del laurel de que blasona.

Alzóse Brown en la barquilla débil
Pero no débil desde que él se alzara;
Y la espumante prora,
Que divide las ondas cristalinas,
Convierte al enemigo vencedora.
Le arroja de las aguas argentinas,

Y, en un combate y mil, al mundo enseña
Que el poder es ser bravo, y que Fortuna
Del sublime valor, que la desdeña,
No tiene en las hazañas parte alguna.
Mientras que, vencedor por su destino,
Brown combatía la tremenda flota,
Quedaba libre el líquido camino,
Y a la playa remota
Volaban las legiones
Que al causador de tan inicua guerra
A mostrar iban ya nuestros pendones
Triunfantes en las aguas y en la tierra.

«¡Salud, hijos de Oriente valerosos,
Ya en Sarandí cubiertos de alta gloria!
No basta una victoria
Para humillar tiranos orgullosos:
Ya la patria os saluda;
Sus hijos sois; y uniendo el Occidente
Su esfuerzo a los esfuerzos del Oriente,
Vuestros hermanos manda en vuestra ayuda.»
Así dijo Alvear, y en la ribera
Mandó plantar la bicolor bandera
De su nación preclara,
Insignia a la Victoria siempre cara.

Otra vez os imploro,
O Númenes del canto;
Pulsad mi lira con el plectro de oro,
O borro el verso que no alcanza a tanto.

Oiga yo resonar... Mas, ¿qué interrumpe,
El eco celestial de la armonía?
¿Quién en voces horrísonas prorrumpe,
Y destruye su grata melodía?
¡Ay! Que sonó la trompa,
La ronca trompa del feroz Mavorte,
Y en belicosa pompa
Se desprendió del campo la cohorte.
¡Oh, Madres argentinas! En el pecho
Estrechad, estrechad al tierno infante,
Que ya no tiene padre en adelante.
¡Esposas! Empapad el yerto lecho
En llanto de dolor, que ya partieron,
Y la Orfandad y la Viudez amarga
La marcha del soldado precedieron,
Derramando tras sí miseria larga.
Pero no: presentad a vuestros hijos
El valor de sus padres por modelo,
Y dejad a las madres brasileras
Llanto sin fin, inacabable duelo;
Que sus hijos están en las hileras,
Al filo vengador de las espadas,
Y al altar de la Muerte destinadas.

¡Tirano del Brasil! Ya nuestros bravos
Traspasaron el límite anchuroso,
Que divide la tierra de los libres
De la tierra infeliz de los esclavos.
Ahora es tiempo de que el rayo vibres
Con que nos amagabas jactancioso,

Cuando inmensas distancias separaban
Ejércitos y ejércitos, ni Marte
En tus campos plantaba su estandarte,
Ni nuestro sol tus águilas miraban.
¡Tirano del Brasil! ¿Adónde, adónde
Los ministros están de tu venganza?
¿O cuál es el lugar en que se esconde,
Huyendo de la bárbara matanza,
Ese grupo venal, en cuya frente
Miró la marca del esclavo impresa,
Afrentando el valor del combatiente?
¡Déspota! Tú, que conservar pretendes
La posesión de una provincia ajena,
¿Tu mismo patrimonio no defiendes?
¿Y cuál es el poder de que blasonas,
Si apenas nuestro intrépido soldado
El umbral del imperio ha traspasado,
El suelo del imperio le abandonas?
¡Oh, Dios! ¡Y un pueblo entero
su honor, su suerte, su vivir te fía!
¿Quién lo defiende del furor guerrero?
¿Son las breñas de la alta serranía
La palestra en que esperan tus soldados
De glorioso laurel ser coronados
Esas armas que brillan en la cumbre
Del escarpado monte,
Como la luna con aciaga lumbre,
Cuando pálida sube al horizonte;
Esos brazos inertes,
Con oro vil comprados,

Y sólo a la cadena acostumbrados,
¿Son los que han elegido
Para vencer los adalides fuertes,
Que larga y cruda guerra ha endurecido?
Sí; que yo veo la caverna obscura
Preñada de armas y hombres, sin lanzarlos,
Si no van nuestros bravos a buscarlos
Al mismo pie de la dolosa altura.
Así el astuto Griego,
Para envolver en una noche infanda
La ciudad de Neptuno en sangre y fuego,
Sólo esperó en la necia confianza
Con que hasta el pie del pérfido caballo
El troyano imprudente correría,
Y, sin prever la bárbara asechanza,
A su sombra tranquilo dormiría.
Pero así no será: porque el guerrero
En quien hoy la República confía,
Si es que aprendió de Marte
Frío valor en el combate fiero,
No ostenta menos el saber y el arte
Con que prevé, dirige, determina,
Y el alma del soldado, su ardimiento,
El tiempo, la distancia, el movimiento,
Y las dos fuerzas y el lugar combina.
Desde hoy, Alvear, tu nombre aumenta
La lista de los grandes generales,
Que ya la historia de la guerra cuenta,
Y a quienes glorifica en sus anales.
¡Tal premio ha merecido tu pericia

En el arte fatal de la milicia!
Fatal y necesario. Derramado
Por la extensión desierta,
Donde horroriza la natura muerta,
Nada es que el sol abrasador hostigue
Al escuadrón valiente,
Y no haya fresca linfa que mitigue
La sed rabiosa, inaplacable, ardiente.
Su gloria es la fatiga,
Y la bóveda espléndida del cielo,
O de la húmeda noche el negro velo,
El solo techo que al guerrero abriga:
Marchar es su descanso,
Y áridos arenales sus caminos;
Pero tienen valor, son Argentinos.

Abreme tus volúmenes, Historia,
Y muéstrame aquel hombre,
Que fatigó a la tierra con su gloria,
Y fatiga tu pluma con su nombre.
Del Egipto en los vastos arenales
Le halla mi acalorada fantasía,
Seguido de franceses inmortales;
Y se goza feliz la Musa mía
En ver que el mismo verso
Que esa campaña describir podría,
La de Alvear también describiría;
Y atónito observara el universo
Que del Gran Capitán el gran modelo
No en vano se ha grabado en la memoria.

Y que tenemos gloria
Parecida a la suya en nuestro suelo.

Mas ya salen del yermo inhospitable
Las huestes argentinas,
Y mostraron su frente deleitable
De Bayés las bellísimas colinas.
¡Brasileros! Mirad los que pregonan
Su renombre y sus triunfos hazañosos;
Mirad esos soldados que blasonan
De que armaron sus brazos poderosos
Por defenderos hoy cómo abandonan
Al furor militar del extranjero
Vuestro honor, vuestra vida. ¿Y qué sería
De vosotros, oh pueblos, este día,
Si el argentino acero
Fuese instrumento vil en viles manos
De la ambición fatal de los tiranos?

¿Qué hacéis, que hacéis, soldados,
Que ya no descendéis de la alta cumbre,
Y, por estas llanuras derramados,
Ostentáis vuestra inmensa muchedumbre?
¿Todo el tesoro que Bayés encierra
Abandonáis así? ¿No sois testigos
De que recogen ya los enemigos
Las ansiadas primicias de la guerra?
¿Y están entre vosotros los valientes
Que allá en el Volga y en el Rhin bebieron
Y a la ambición y al despotismo fieles

A playas remotísimas vinieron
En demanda de gloria y de laureles?
¡Qué! ¿No hay audacia en el feroz germano,
Y audacia no hay en el sicambro fiero,
Para bajar al llano
Con ímpetu guerrero,
Y que triunfe el valor y no la suerte
En los campos horribles de la Muerte?
¡Vano esperar! Ni en la enriscada altura
Defendidos se creen: así, acosada
Del veloz cazador, tímida cierva
Más y más se enmaraña en la espesura
Y aún su pavor conserva
Ya del venablo y del lebrel segura.
Mirad, mirad la marcha triunfadora
Con que avanza la hueste vencedora,
Conquistando los pueblos del imperio.
Pero, ¡qué conquistar!, despedazando
Los grillos de oprobioso cautiverio,
Y por todo su tránsito sembrando
La semilla del árbol, que algún día
Cubra todo el Brasil, como ha cubierto
Del frío septentrión al Mediodía,
El suelo que Colón ha descubierto.
Pero Alvear, siguiendo a la victoria,
Quiere que el lauro de la lid le brinde,
Y en vano, en vano, San Gabriel se rinde,
Que un pueblo sin defensa es poca gloria.

Como cuando retiembla el pavimento,
Del fuego subterráneo conmovido,
Y el río, en encontrando movimiento,
O retorna al lugar donde ha nacido,
O, en curso desusado,
baña los campos que no había bañado;
Así retiembla la campaña en torno,
Bajo el pie del alípedo caballo,
Y así en varias y opuestas direcciones
Corren los formidables escuadrones,
Y ya la falda de la sierra tocan,
Que inexpugnable al enemigo abriga,
Y ya vuelven al llano y le provocan
Sin perdonar trabajo ni fatiga.
¡Campos de Ituzaingó! Los que valientes
Os cubrirán de gloria,
Y harán que se conserve entre las gentes
Con respeto y honor vuestra memoria,
Hoy se ven precisados
A simular pavor y retirarse,
Por probar si se atreven a lanzarse
De la sierra esos tímidos soldados:
Mas del castigo tiemblen espantoso,
Con que habrán de pagar en algún día
La torpe villanía
De obligar al ardid a un valeroso.
Así dijo Alvear, y a las legiones
Que ansiaban el momento de venganza,
Ordenó que siguieran sus pendones
Hasta el campo de próxima matanza.

El enemigo, entonces, que cobarde
Ocultó en las montañas su pavura,
De tardío valor haciendo alarde,
Inunda con sus haces la llanura.
¡Infelices! Marchad; la muerte espera;
Para saciar su saña nunca es tarde,
Y ella os va a sorprender en la carrera.

El sol sepulta, en tanto,
su carro esplendoroso en Occidente,
Y abandona el Olimpo refulgente
A la callada noche: el negro manto
Cubre la frente de la luna clara.
Y el trémulo brillar de los luceros,
El horror que en el campo se prepara,
Y el bélico furor de los guerreros.
En la densa tiniebla de la noche
Mil sombras pavorosas divagaban,
Cuyo lamento y míseros gemidos
Las huestes enemigas aquejaban,
Y, por lúgubres ecos repetidos,
Sangre, horrores y muerte presagiaban.
Pero al campo argentino
No así el pavor cubría
En tan terrible noche: de contino
Alvear su recinto recorría,
Y ora dispone que escuadrón tremendo
Siga a Lavalle en su feroz avance,
Ora elige el lugar de donde lance
El tronador cañón su globo ardiendo.

Este es el sitio que el infante guarde,
Aquella el ala que primero parta,
Aquí la muerte una falange aguarde,
Allá la muerte otra legión reparta.
Diestro, sereno, activo, todo ordena
Para el trance cercano,
Y la enemiga fuerza de antemano
Desbarata en su mente y desordena.

La pavorosa expectación del día
Hizo cesar el sol; y el brasilero,
Que en fuga vergonzosa nos creía,
Atónito, azorado,
Mira a su frente al enemigo fiero,
A espantable venganza preparado.
¡Oh, día de prodigios y de horrores!
¡Día de luto, asolación y llanto!
No, no te puede celebrar mi canto;
Perdonadme, terribles vencedores
Que este asunto no es mío:
Toma tu trompa, ensalzadora Clío.

Antes que los mortales
La industria de matar adelantaran,
Y el rayo a las esferas celestiales
Atrevidos robaran,
Y en los hórridos bronces le encerraran,
Con no menos furor, con menos arte,
A los campos de Marte
Los feroces guerreros descendían

En silencio espantoso, y más de cerca
Más segura la muerte repartían.
Así en Ituzaingó silencio horrible
Reinaba en toda la extensión del campo,
Y con paso terrible
Y con serena frente,
Se acercaba uno al otro el combatiente.
La presencia del riesgo, la certeza
De morir en la lid, si no vencían,
Infundieron valor, dieron fiereza
A los mismos soldados,
Que en las breñas poco antes abrigados,
Parecían un grupo de indolentes,
Tímidos, pusilámines, indignos
De matar y morir entre valientes.

Ya se acercan las masas condensadas
De los fieros teutones,
De agudas bayonetas erizadas,
Cercadas del cañón: sus batallones
Muros parecen que moviera el arte;
Inexpugnable muro; no hay guerrero
Tan formidable que contra él se estrelle,
Ni rayos suficientes a abrasarle,
Ni fogoso bridón que le atropelle,
Ni pujanza bastante a derribarle.
Sólo el patrio soldado,
Que vencer o morir había jurado,
La tremenda falange
Pudiera ver llegar y no temblara;

Y la vió y no tembló, y el corvo alfange
Desnudó con que pronto la segara.

Pero el bronce tronó; la Muerte fiera
Subió en su carro a la señal de Marte,
Y se lanzó en el campo carnicera.
El belicoso bruto al punto parte,
Que ya el audaz jinete
Alzó el acero y le soltó la brida,
Y, al ímpetu feroz con que arremete,
Retiembla la campaña combatida.
De temor que el estrago a la distancia
No tan sangriento sea,
Y de que silbe el plomo en la pelea,
Sin herir, sin matar, los escuadrones
Acometen, se encuentran, se rechazan,
Y se estrellan legiones con legiones,
Y con mutuo furor se despedazan.
Queda encerrado en el fusil entonces
El plomo matador, callan los bronces;
Y el puñal fiero y el recorvo sable,
La bayoneta y la tremenda lanza,
Sirven más al furor de la venganza,
Y en silencio horroroso y espantable
Se ejecuta la bárbara matanza.
Sin elección la muerte
Ciega revuelve su fatal guadaña,
Y ciegamente hiere: rinde al fuerte,
Ceba en el débil su sangrienta saña,
Y ningún bando es suyo. En la campaña

La sangre amiga y la enemiga sangre,
Con furia igual vertidas,
En un mismo raudal corren unidas;
Brazo a brazo pelea el combatiente,
No hay punta aguda ni tajante acero
Que no penetre el pecho de un valiente,
Que no corte la vida de un guerrero.

Mas no ciego furor, razón serena
De Alevar los esfuerzos dirigía,
Y del duro soldado la osadía
Ora estimula más ora refrena:
Su ánimo imperturbable no se inmuta,
Y en el confuso caos mantenía
La inalterable calma del que ordena,
La ardiente intrepidez del que ejecuta.
De en medio de la lid llamando a Brandzen,
«Allí (dijo) el combate es más sangriento,
Y nuestra Patria, amigo, este momento
Entre el honor y la ignominia lucha.»
No dijo más: el héroe que lo escucha,
Fiero, orgulloso de que así lo mande,
Y allí le envíe donde el riesgo es grande,
A la arena con ímpetu desciende:
El rayo está en su mano, y en sus ojos
La llama brilla que el honor enciende.
La presencia de Brandzen los enojos
Redobló del soldado: tal un día
Allá en los campos de la antigua Troya
Héctor descendería,

Con un valor igual, con igual suerte,
En demanda de Aquiles y la muerte.
Y el momento llegó: la Parca avara,
De matanza vulgar no satisfecha,
Una víctima grande señalara,
Y Brandzen expiró: ¡Golpe terrible!...
¡Oh, brasileras huestes! Más valiera
Que tal honor el hado
En este día atroz no os concediera.
La sangre que el campeón ha derramado
Mil vidas vale, y el estrago horrendo
Ahora empezará. «¡Venganza!», grita
El intrépido Paz: «¡Venganza!», clama
Ardiendo en ira, el escuadrón tremendo,
Y «¡Venganza!» Alvear también responde.
Toma el lugar de su difunto amigo,
Hondo en el pecho el sentimiento esconde,
Y se lanza, cual rayo, al enemigo.
El soldado le sigue: vanamente
Con la muerte de Brandzen orgulloso,
El experto jinete brasilero
Oponerse pretende al horroroso,
Al repetido choque: allí el acero
Corta, hiende, destroza, despedaza,
Como torrente, el escuadrón furioso
Por sobre miembros palpitantes pasa,
Por sobre moribundos atropella,
Atraviesa de sangre el ancho lago,
Deja a su espalda el espantoso estrago,
Y en sólida falange al fin se estrella.

La aguda bayoneta le defiende
De aquel ímpetu ciego,
Y el mortífero plomo se desprende
De su prisión de fuego;
Pero más bravo el argentino avanza
Por el camino que le abrió la lanza,
Y del fogoso bruto el ancho pecho,
Ciérrase luego: el escuadrón deshecho
Vuelve, júntase, estréchase, acomete
Con ímpetu mayor, con mayor ira,
Y otra vez y mil veces se retira,
Y otra y mil veces arremete.
Así las olas la muralla embaten,
Y, contra ella rompiéndose estruendosas,
Retroceden, y vuelven, y furiosas,
Con repetido empuje la combaten;
Hasta que se desploma a lo más hondo
La contrastada mole, y victoriosas
Revuelven los escombros en el fondo.
No de otro modo allí desparecieron
Esas fuertes columnas, esperanza
Del vil usurpador: en la matanza
También algunos libres perecieron;
Mas, cayendo opresores a millares,
Digno holocausto fueron
A las sombras de Brandzen y Besares.
La lid en todas partes, entretanto,
Es, como aquí, sangrienta,
Y, como aquí, se aumenta
Por todas partes el horror y espanto.

Asorda el trueno del cañón: su fuego
La árida hierba inflama
Que todo el campo cubre; cunde luego
La abrasadora inextinguible llama,
Mientras el aire hienden
Globos ardiendo que también lo encienden.
Pelea el combatiente enfurecido
Entre el incendio, el humo, la ceniza,
Y el grito lamentable del herido,
La hórrida convulsión del que agoniza,
La sangre que en el campo corre hirviendo,
Los miembros de sus troncos separados,
Y a la llama de pábulo sirviendo
Muertos y moribundos hacinados;
Tal es el cuadro que la lid presenta.
¿Y ya no es tiempo, ¡oh, Dios!, de que se sienta
De la afligida humanidad el llanto?
Basta para triunfar. ¡Qué! ¿La Victoria
Vende tan caramente sus laureles?
¿Las palmas de la gloria valen tanto,
Que se compren con muertes tan crueles?

¿Y en medio del estrago
Adónde está el guerrero
Cuya presencia triunfa, cuyo amago
Pavor infunde al enemigo fiero,
Y cuyo brazo el genio de la guerra
Armara él mismo del fulmíneo acero,
Para que hiciera estremecer la tierra?
¿Lavalle dónde está? Cual raudo viento,

Que arrebata en furioso remolino
Cuanto encuentra en su paso y que, violento,
Derribando no más, se abre camino;
O cual de la alta cumbre de repente,
Las desquiciadas rocas arrastrando,
Rápido se despeña algún torrente,
Y a los llanos con ímpetu bajando,
Todo arranca en su curso, todo arrasa,
Y, sobre escombros, espumante, pasa;
Así Lavalle y su escuadrón valiente
Atropellan, derriban este día
A todos los que hubieron la osadía
De ponerse, insensatos, a su frente.
Muy más allá del campo de batalla
Los siguen, los persiguen, los acosan,
Los acaban, en fin, y no reposan,
Y a la lid vuelven que pendiente se halla.

Llegaron, y al instante
Disipada la nube que ocultaba
La faz del sol, que su cénit tocaba,
Se mostró más que nunca radiante.
De lo más elevado
De los aires desciende de repente
Un trono refulgente,
De azul y de oro, y resplandor cercado.
Armoniosos cantares
Mil coros celestiales repetían,
Y las sombras de Brandzen y Besares
El pedestal del trono sostenían.

Belgrano estaba en él: su frente orlaba
El laurel de la gloria,
Y en su mano brillaba
La espada que nos daba la Victoria.
Cuando Belgrano fué. «Basta de sangre
(El héroe prorrumpió), que este es el día
En que, en otro febrero,
Rendir vió Salta el pabellón ibero,
Y cubrirse de honor la Patria mía.
Este estrago terrible, este escarmiento
Es sacrificio a mi memoria digno,
Y digno de la Patria el vencimiento.
Argentinos, triunfad...» Dijo, y benigno
A la sién de Alvear en el momento
Hizo el lauro bajar que le adornaba,
Y la visión desapareció en el viento.

En el medio del campo se entroniza
Entonces el Terror: el brasilero
El estrago contempla, se horroriza,
Y deja el premio del combate fiero
A quien ganarle supo. El argentino
También vuelve y se asombra
De mirar a sus pies la horrible alfombra
Que le dejó la Muerte por despojos.
Ella su vista en el estrago ceba;
Y, no bien satisfechos sus enojos,
Por sobre muertos su carroza lleva.

¡Ilustre general! ¡Oh, si mi verso
Al del cisne de Mantua se igualara,
¡Cómo entonces por todo el universo
Orgullosa mi Musa te aclamara!
Y a la paz vuestro nombre ensalzaría,
Soler, Oribe, Paz, Olavarría,
Preclaros adalides,
Vencedores en estas y otras lides.
Ni tu nombre, Videla esclarecido,
Fuera por mí olvidado;
Tú al campo del honor has conducido
Pacíficos vecinos, que al soldado
Dieron grandes ejemplos de bravura,
Cual si en la escuela de la guerra dura
Educado se hubiesen,
Y a sus horrores avezados fuesen.
¡Vivid, vivid, guerreros! Las hileras
Que en el campo formáis son hoy la Patria:
Sólo cubren su honor vuestras banderas.
Hija de la Victoria, ya de lejos
Os saluda la paz, y a los reflejos
De su lumbre divina
Triunfante, y de ambiciosos respetada,
Libre, rica, tranquila, organizada,
Ya brilla la República Argentina.

Andrés Quintana Roo

DIECISEIS DE SEPTIEMBRE

Ite, ait: egregias ánimas, qual sanguine nobis
Hanc patriam peperece suo, decorate supremis
Muneribus.

(Virgilio, Eneida, L. XI.)

Renueva, ¡oh, Musa!, el victorioso aliento
Con que fiel de la patria al amor santo,
El fin glorioso de su acerbo llanto
Audaz predije en inspirado acento:
Cuando más orgulloso
Y con mentido triunfo más ufano
El ibero sañoso
tanto, ¡ay!, en la opresión cargó la mano,
Que al Anahuac vencido
Contó por siempre a su coyunda unido.

«Al miserable esclavo (cruel, decía)
Que independencia ciego apellidando,
De rebelión el pabellón nefando
Alzó una vez en algazara impía.
De nuevo en las cadenas
Con más rigor a su cerviz atadas,
Aumentemos las penas
Que a su última progenie prolongadas
En digno cautiverio
Por siglos aseguren nuestro imperio.»

«¿Qué sirvió en los *Dolores*, vil cortijo,
Que el aleve pastor el grito diera
De libertad, que dócil repitiera
La insana chusma con afán prolijo?
Su valor inexperto
De la audacia sacrílega estimado,
A nuestra vista yerto
En el campo quedó, y escarmentado;
Su criminal caudillo
Rindió ya el cuello al vengador cuchillo.»

«Cual al romper las pléyades lluviosas
El seno de las nubes encendidas,
Del mar las olas antes adormidas,
Súbito el austro altera tempestuosas;
De la caterva osada
Así los restos nuestra voz espanta,
Que resuena indignada
Y recuerda, si altiva se levanta,

El respeto profundo
Que inspiró de Vespucio al mundo rico.»

«¡Ay del que hoy más los sediciosos labios
De libertad al nombre lisonjero,
Abriese, pretextando, novelero,
Mentidos males, fútiles agravios!
Del cadalso oprobioso
Veloz descenderá a la tumba fría,
Y ejemplar provechoso
Al rebelde será, que en su porfía
Desconociere el yugo
Que al invicto español echarle plugo.»

Así los hijos de Vandalia ruda
Fieros clamaron cuando el héroe augusto
Cedió de la fortuna al golpe injusto;
Y el brazo fuerte que la empresa escuda.
Faltando a sus campeones,
Del terror y la muerte precedidos,
Feroces escuadrones
Talan impunes campos florecidos,
Y al desierto sombrío
Consagran de la paz el nombre impío.

No será empero que el benigno cielo
Cómplice fácil de opresión sangrienta,
Niegue a la patria en tan cruel tormenta
Una tierna mirada de consuelo.
Ante el trono clemente

Sin cesar sube el encendido ruego,
El quejido doliente
De aquel prelado, que inflamado en fuego
De caridad divina,
La América indefensa patrocina:

«Padre amoroso, dice, que a tu hechura,
Como el don más sublime concediste,
La noble libertad con que quisiste
De tu gloria ensalzarla hasta la altura,
¿No ves a un orbe entero
Gemir, privado de excelencia tanta
Bajo el dominio fiero
Del execrable pueblo que decanta,
Asesinando al hombre,
Dar honor a tu excelso y dulce nombre?»

«¡Cuánto, ay, en su maldad ya se gozara
Cuando por permisión inexcrutable
De tu justo decreto y adorable,
De sangre en la conquista se bañara,
Sacrílego, arbolando
La enseña de tu cruz en burla impía,
Cuando más profanando
Su religión con negra hipocresía,
Para gloria del cielo
Cubrió de excesos el indiano suelo!»

«De entonces su poder, ¡cómo ha pesado
Sobre el inerme pueblo! ¡Qué de horrores,

Creciendo siempre en crímenes mayores,
El primero a tu vista han aumentado!
La astucia seductora
En auxilio han unido a su violencia...
Moral corrompedora
Predican con su bárbara insolencia,
Y por divinas leyes
Proclaman los caprichos de sus reyes.»

«Allí se ve con asombroso espanto
Cual traición castigado el patriotismo,
En delito erigido el heroísmo
Que al hombre eleva y engrandece tanto.
¿Qué más? En duda horrenda
Se consulta el oráculo sagrado
Por saber si la prenda
De la razón al indio se ha otorgado;
Y, mientras Roma calla,
Entre las bestias confundido se halla.»

«¿Y qué, cuando llegado se creía
De redención el suspirado instante,
Permites, justo Dios, que ufana cante
Nuevos triunfos la odiosa tiranía?
El adalid primero,
El generoso Hidalgo, ha perecido;
El término postrero
Ver no le fué de la obra concedido;
Mas otros campeones
Suscita que rediman las naciones.»

Dijo, y Morelos siente enardecido
El noble pecho en belicoso aliento;
La victoria en su enseña toma asiento
Y su ejemplo de mil se ve seguido.
La sangre difundida
De los héroes su número recrece,
Como tal vez herida
De la segur, la encina reverdece,
Y más vigor recibe,
Y con más pompa y más verdor revive.

Mas, ¿quién de la alabanza el premio digno
Con títulos supremos arrebata,
Y el laurel más glorioso a su sién ata,
Guerrero invicto, vencedor benigno?
El que en Iguala dijo:
«Libre la patria sea», y fuélo luego
Que el estrago prolijo
Atajó, y de la guerra el voraz fuego,
Y con dulce clemencia
En el trono asentó la Independencia.

¡Himnos sin fin a su indeleble gloria!
Honor eterno a los varones claros
Que el camino supieron prepararos
¡Oh, Iturbide inmortal!, a la victoria;
Sus nombres antes fueron
Cubiertos de luz pura, esplendorosa:
Mas nuestros ojos vieron
Brillar el tuyo como en noche hermosa

Entre estrellas sin cuento
Y la luna en el alto firmamento.

¡Sombras ilustres, que con cruento riego
De libertad la planta fecundasteis,
Y sus frutos dulcísimos legasteis
Al suelo patrio, ardiente en sacro fuego!
Recibid hoy, benignas,
De su fiel gratitud prendas sinceras,
En alabanzas dignas,
Más que el mármol y el bronce duraderas,
Con que vuestra memoria
Coloca en el alcázar de la gloria.

Francisco Ortega

A ITURBIDE, EN SU CORONACION

¡Y pudiste prestar fácil oído
A falaz ambición, y el lauro eterno
Que tu frente ciñera,
Por la venda trocar que vil te ofrece
La lisonja rastrera
Que pérfida y astuta te adormece!
Sus, despierta y escucha los clamores
Que en tu pro y del azteca infortunado
Te dirige la Gloria:
Oye el hondo gemir del patriotismo,
Oye a la fiel Historia,
Y retrocede, ¡ay!, del hondo abismo.

En el pecho magnánimo recoge
Aquel aliento y generoso brío
Que te lanzó atrevido
De Iguala a la inmortal heroica hazaña,

Y un cetro aborrecido
Arroja presto, que tu gloria empaña.
Desprecia la aura leve, engañadora,
De la ciega voluble muchedumbre,
Que en su delirio, insana,
Tan pronto ciega abate como eleva,
Y al justo a quien «hossana»
Ayer cantaba, su furor hoy lleva.

Con los almos patricios victoriosos,
Amigos tuyos y en el pueblo electos,
En lazo fiel te anuda:
Atiende a sus consejos que no dañan:
Sólo ellos la desnuda
Verdad te dicen; los demás te engañan.

Esos loores con que al cielo te alzan,
Los vítores confusos que de Anahuac
Señor hoy te proclaman,
Del rango de los héroes, inhumanos,
Te arrancan y encaraman
Al rango, ¡oh, Dios!, fatal de los tiranos.
¿No miras, ¡oh, caudillo deslumbrado!,
Ayer delicia del azteca libre,
Cuánto su confianza,
Su amor y gratitud has ya perdido,
Rota, ¡ay!, la alianza
Con que debieras siempre estarle unido?

De puro y tierno amor no cual solía
Allegarse, veráslo ya a tu lado,
Y el paternal consejo
De tus labios oir: mas zozobrante
Temblar al sobrecejo
De tu faz imperiosa y arrogante.
La cándida verdad, que te mostraba
El sendero del bien, rauda se aleja
Del brillo fastuoso
Que rodea ese solio tan ansiado;
Ese solio ostentoso
Por nuestro mal y el tuyo levantado.

Y en vez de sus acentos celestiales,
Rastrera turba, pérfida, insolente,
De astutos lisonjeros,
Hará resonar sólo en tus oídos
Loores placenteros:
¡Ah, placenteros... pero cuán mentidos!

No así fueron los himnos que entonará
Tenoxtitlan cuando te abrió sus puertas;
Y saludó risueña
Al verte triunfador y enarbolando
La trigarante enseña,
Seguido del leal patricio bando.

¡Con qué placer tu triunfo se ensalzaba!
La ingenua gratitud, ¡con qué entusiasmo
Lo grababa en los bronces!

¡Tu nombre amado con acento vario
Cual resonaba entonces
En las calles, las plazas y el santuario!

Ni esperes ya el clamor del inocente,
Ni de la ley la majestad hollada,
Ni el sagrado derecho
De la patria vengar: que el cortesano
De ti en continuo acecho,
Atará para el bien tu fuerte mano.

¿De la envidia las sierpes venenosas
Del trono en derredor no ves alzarse,
Y con enhiestos cuellos
Abalanzarse a ti? ¿Los divinales
Lazos de amistad bellos
Rasgar, y conjurarte mil rivales?

La patria, en tanto, de dolor acerbo
Y de males sin número oprimida,
En tus manos ansiosa
Busca el almo pendón con que juraste
La libertad preciosa.
Que por un cetro aciago ya trocaste.

Y no lo halla, y en mortal desmayo
Su seno maternal desgarrar siente
Por impías facciones;
Y de desolación y angustia llena,
Los nuevos eslabones
Mira forjar de bárbara cadena.

¡Oh, cuánto de pesares y desgracias;
Cuánto tiene de sustos e inquietudes,
De dolor y de llanto...
Cuánto tiene de mengua y de mancilla,
De horror y luto cuánto
Esa diadema que a tus ojos brilla!

Luis Vargas Tejada

A LA LIBERTAD

¡Compatriotas! Con frente serena
De los libres el himno entonad,
Y a sus ecos los déspotas todos
Su arrogante altivez depondrán.

De la Iberia los fieros pendones
En los campos sabéis humillar:
De sus hijos con sangre humeante
Vuestros hechos grabados están.
El acero rompió la coyunda
Que os ataba a su carro triunfal,
La razón y el deber os guiaron
Y su acento clamó Libertad!
Repetidle con frente serena,
De los libres el himno entonad,
Y a sus ecos los déspotas todos
Su arrogante altivez depondrán.
Cual tormenta que azota bramando
Con estrago las ondas del mar,

Tal un pueblo cansado del yugo,
Lidia, heroico, tremendo y audaz;
No es un ciego furor quien dirige
Su denuedo y esfuerzo sin par,
Pues natura con fuego divino
En su pecho grabó libertad.
Conservad ese fuego sublime,
De los libres el himno entonad!
Y a sus ecos los déspotas todos
Su arrogante altivez depondrán!
Desparecen las huestes iberas
Cual de ensueño la sombra fugaz,
Y Colombia corona sus sienes
Con guirnaldas de lauro inmortal.
Sobre escombros y nobles trofeos
En el campo se eleva un altar;
Una diosa lo ocupa, y radiando
En su frente se lee Libertad.
Adoradla con puro entusiasmo,
De los libres el himno entonad!
Y a sus ecos los déspotas todos
Su arrogante altivez depondrán!
De la lid al estruendo funesto
El descanso sucede y la paz,
Y a los rayos siniestros de Marte,
De la ley el luciente fanal,
Sus fulgores Colombia saluda
Cual presagio de don celestial,
Y a sus hijos les da por divisa,
Patria, leyes, unión, libertad!

¡Compatriotas! Con ella adornados,
De los libres el himno entonad!
Y a sus ecos los déspotas todos
Su arrogante altivez depondrán!
¡Insensatos! ¿Qué dicha, qué bienes,
De un poder arbitrario esperáis?
Si vosotros no hacéis vuestra suerte
Nunca un déspota altivo la hará.
No es un déspota altivo, que solo
Siervos unce a su carro triunfal,
Quien dichoso y feliz hace al pueblo
Que una vez proclamó Libertad.

Y pues ella del bien es la fuente
De los libres el himno entonad!
Y a sus ecos los déspotas todos
Su arrogante altivez depondrán!

Lejos, lejos del suelo sagrado,
En virtudes y en gloria feraz,
Los borrones de un mando absoluto,
Que sostienen la intriga y maldad.
Si la Europa caduca sus hierros
Con paciencia se mira llevar,
Nuestra Patria no sufre otro imperio
Que el de leyes, honor, Libertad.

Bendecid este imperio sagrado!
De los libres el himno entonad!
Y a sus ecos los déspotas todos
Su arrogante altivez depondrán!

Todos, todos acordes juremos
No doblar la rodilla jamás,
Y de un trono el poder arrogante
Por ser libres constantes lidiar.
Todos, todos, en torno del árbol
Que en Colombia supimos plantar,
Sostener protestemos de nuevo,
Patria, leyes, unión, Libertad.

¡Compatriotas! Con frente serena
De los libres el himno entonad!
Y el tirano que intente oprimirnos
Su arrogante altivez depondrá!

Francisco Acuña de Figueroa

HIMNO PATRIOTICO DE LOS TREINTA Y TRES

CORO

¡Gloria y lauro a los hijos de Oriente
Y a la noble Argentina nación,
Cuya espada invencible a la patria
Restituye su gloria y honor.

Treinta y Tres denodados patriotas,
Y a su frente un invicto adalid,
De la patria la infausta cadena
Meditaron romper o morir.
Su constancia, su acero y sus pechos
Sólo traen al combate fatal,
Y a su esfuerzo por último cede
La orgullosa legión imperial.

Cual cometa cruzando el Oriente
Se difunde su ejemplo y ardor,

Y los libres acuden doquiera
De la patria al sublime clamor.
Ya tremola el patriota estandarte
Victorioso con signo feliz,
Y triunfando en Haldo y Mercedes
Nuevo triunfo le dió en Sarandí.

Del potente opresor las legiones
Humillando su orgullo y valor,
Al impulso del héroe y sus bravos
Se estremecen con triste pavor.
Con su sangre lavaron la afrenta
Con que hirieron al pueblo oriental,
Y arrojados del suelo que usurpan,
Aun las sombras les hacen temblar.

Barbacena, ocho mil combatientes
Al torrente pretende oponer,
Y en combate sangriento, la patria
Se corona de palma y laurel.
Día grande de horror al Imperio
Y al Oriente de gloria inmortal:
Las centellas del sol argentino
Abrasaron al águila audaz.

De Ituzaingó la mansa corriente
Presenciaba la escena de horror,
Y esparciendo el estrago doquiera
Mongibelos vomita el cañón.
Ya los cuadros de invicta falanje

Acomete, y el bravo adalid
Rompe, mata, destruye y decide
Del Oriente el destino feliz.

Las espadas que han sido, orientales,
De la patria la égida inmortal,
Para eterno recuerdo, sangrientas,
A la prole futura legad.
Si ambiciosos traidores un día
Vuestros fueros pretenden hollar,
Aquel signo de gloria les muestren,
Y les digan: ¡Tiranos, temblad!

CORO

¡Gloria y lauro a los hijos de Oriente
Y a la noble Argentina nación,
Cuya espada invencible a la patria
Restituye su gloria y honor.

LA LIBERTAD

Heroico al pueblo doquiera
Siguió en triunfante carrera
De su astro al claro arrebol,
Trepó los Andes con gloria,
Y de victoria en victoria
Llevó en su estandarte al sol.

E irguiendo su cuello,
Magnífico y bello
Miró el porvenir;
Resonaron mil himnos en coro,
Y sus triunfos en páginas de oro
Como estrellas se vieron lucir.

Hace su explosión la guerra,
Retiembla en torno la tierra,
Sucumbe el bando servil,
Y del abismo profundo
Libre, independiente, un mundo
Se alza con faz juvenil.
Adorna su frente
Aureola luciente
De raro esplendor.
Sus grandezas publica la fama
Por el orbe que atónito exclama:
¡A los libres de América, honor!

Como estrella que brilla en la altura,
Cual cándida rosa que adorna el jardín,
La América libre, tan joven, tan pura,
Se ostenta adornada con gloria sin fin.
Inaugura su ley con respeto,
El mando de Iberia divídese en dos,
Y surge la patria al alto decreto
No menos sublime que el *fiat* de Dios.

Abre el genio sus hondos arcanos,
Sucede a las sombras feliz claridad;

Cayó el feudalismo y ven los humanos
Regir sus destinos Razón e Igualdad.

La bandera del sol esplendente
En mares remotos miróse lucir,
Y vieron las playas del Plata y Oriente
La industria y las artes con ansia afluir.

A las auras la patria se eleva
De en medio a las sombras, cual nueva Sión;
La gloria en sus alas benigna la lleva,
Sus hijos la miran con tierna efusión.

Sublimando su gloria y grandeza,
Por libre la Europa la aclama también,
Y al gorro triunfante la regia altiveza
De fuerza o de grado le dió el parabién.

Libre ya de servidumbre
La América a la alta cumbre
Se alza con marcha veloz;
Y en majestuosa cadencia,
¡Libertad! ¡Independencia!
Conclama unísona voz.
Mas ¡ay! de repente
Un pueblo valiente
De nombre inmortal,
Embriagado de lauros y honores,
En la blanda molicie y horrores
Se adormece con sueño letal.

LAMENTO PATRIOTICO

ODA

Oh Musa del Dolor! Tú que enlutada
Tristes endechas mides;
Tú que al lamento y al dolor presides
Del mísero mortal, a la angustiada,
A la oprimida voz tu fuego inspira,
Y la luctuosa lira
Préstame ¡oh Musa! Y si al pesar que abrigo
En el pecho ardoroso
Quieres unir tu acento melodioso,
Verás cuán tierna gemirás conmigo.

Pues ya el monstruo tremendo
De la discordia, aleve,
La viborezna frente sacudiendo,
Sangre vierte feroz, y sangre bebe;
Y a desolar se atreve
El suelo patrio con furor infando.
Ya sus ojos agrestes
Lanzan llama sulfúrica y siniestra;
Ya en su horrorosa diestra,
Brilla el puñal del parricida Orestes,
Y en sus hombros se mira
La túnica fatal de Dejanira.

Mas ¡oh bárbaro horror! Ya a las venganzas
Miro cruzarse fratricidas lanzas;
Oigo el bronce tronar... ¡oh ansias fatales!
Todos son orientales
Y van a destrozarse! El torpe acero
Patriotas deponed. El bello día
Alumbre placentero
De dulce unión... Mas ¡ay! ¡Oh, Musa mía,
¿Quién el abismo cierra
Si a los ecos de paz responde: ¡Guerra!

Ya se extiende el frenético alarido;
Ya estrepitoso suena
El hueco bronce que en los campos truena
Del Uruguay florido;
Y la patria infeliz dando un gemido
Fatídico y ansioso,
Que en *Sarandí* retumba,
Lanzándose en el río victorioso,
«¡Aquí mi gloria fué, y aquí es mi tumba!»
Dice; y al choque de su augusta frente
Salta en forma de llanto la corriente.
Mas todos gritan: ¡Guerra! ¡Oh cruel infamia!
Renuévanse las bodas de Hipodamia,
Y el furor fratricida
Del cruel Tyeste, del sangriento Atrida!
¿Qué es esto, hados fatales?
¿Sangre queréis, y que la sangre sea

De hermanos, de orientales?
¡Odiosa lid, sacrílega pelea!
¿Queréis que el mundo vea derribarse
los libres ciento a ciento?
¿Queréis, almas frenéticas e insanas,
Holocausto cruento,
Y tributar de víctimas humanas,
Como más digna ofrenda
Nueva hecatombe a Némesis tremenda?
No será tanto horror, ¡oh Numen sacro
Que a la patria iluminas!
Ya miro la centella que fulminas
De la discordia al fiero simulacro,
Y ya los corazones
Abriéndose a las dulces emociones
La voz de unión y de amistad pronuncian..
¡Oh día de placer! ¡Día dichoso
Que anhelan y que anuncian
Los que aman a la patria, presuroso
Mueve tu curso y dora
Nuestro turbio horizonte con tu aurora!

El pérfido extranjero
Que aguza, torpe, el fratricida acero,
¡Cuál rugirá feroz! El exterminio
De este jardín de Edén es su esperanza,
Y fijar con su lanza
Sobre sus ruinas su fatal dominio.
¡Oh paz apetecida,
Cubre a la patria con tu hermosa egida,

Con tus alas brillantes!
Y el Númen tutelar del patrio suelo,
Con letrero de estrellas rutilantes,
Inscriba allá en el cielo:
¡¡Hasta la muerte unión!... y en eco fuerte
Repitamos: «¡Unión hasta la muerte!»

Camilo Henríquez

HIMNO PATRIOTICO

En día tan glorioso
Coronad de laureles
Eternos y triunfales
De la patria las sienes:
Dadle perpetuo honor.

Hoy sale de las sombras
Y del sueño profundo,
Y se presenta al mundo
Rodeada de esplendor.
Sacudió el yugo indigno
Que sufrió por costumbre:
La dura servidumbre
En Chile feneció.

Detestan las cadenas
Los hombres animosos,
Ni pechos generosos
Sufren tal condición.

Aspiran al renombre
Los ánimos marciales,
Hazañas inmortales
Anhela el corazón.

La libertad augusta
Hoy desciende del cielo,
De los hombres consuelo,
Fomento del valor.
¡Cuán varonil se muestra!
¡Cuán robusta y gloriosa
Enarbola gozosa
El patrio pabellón!

Resplandece en su rostro
Ardor republicano,
Y en su cándida mano
Divisa tricolor.
Respira independencia,
Denuedo y heroísmo;
Inspira patriotismo
Y disipa el temor.

AL EDITOR DE «EL MONITOR»

LETRILLA

Las piedras que mil años ha que apaño
He de tirar sin miedo, aunque con tiento,
Por curar el ajeno y propio daño. P.

¡Que te estés tomando mate
Muy descansado y tranquilo,
Cuando la patria luctuosa
Se halla entre tantos peligros;
Cuando está en riesgo tu hacienda,
Tu pescuezo y tus amigos,
Tus hijas y tu mujer!
Alabo tanto saber.

Que niegues que si te pilla
Debajo el sarracenismo,
Ha de hacer que te arrepientas
De tu bárbaro egoísmo,
De tu ambición, tus excesos,
Tus tramas, tus artificios,
Y perverso proceder!
Alabo tanto saber.

¡Que creas que dé manzanas
Alguna vez el espino!
¡Que esperes que ande derecho
El corcovado y torcido!
¡Que niegues que sin virtudes
Ni hay honor, ni hay heroísmo,
Ni algo bueno puede haber!
Alabo tanto saber.

¡Que pienses formar repúblicas
Sin el noble sacrificio
De pasiones e intereses,
Y del amor de sí mismo!
¡Y que esperes que te salves
Sin gran carácter y brío
Para obrar y resolver!
Alabo tanto saber.

¡Que cuando se halle tu suerte
Como la sal en un río,
Y corran todas tus cosas
Dando de abismo en abismo,
Pienses tú que se aseguran
Sin un sistema seguido
En todo cuanto has de hacer!
Alabo tanto saber.

¡Que no tomes escarmiento
En Venezuela y en Quito,
Y no busques en su historia

Las causas de su exterminio!
¡Que el advertir que cayeron
Bajo el peso de los vicios
No te pueda conmover!
Alabo tanto saber.

¡Que no sepas elegir
En medio de un precipicio,
Cuál es menor y más suave
Entre dos grandes peligros!
¡Que no te pueda quitar
Mil sospechas y caprichos,
Que al cabo te han de perder!
Alabo tanto saber.

¡Que notando cómo os tratan
Nuestros sublimes vecinos
(Hablo con los sarracenos,
Pues soy de todo hombre amigo),
No podáis abandonar
El ciego sarracenismo
Y no queráis entender!
Alabo tanto saber.

¡Que intente mi torpe pluma
Remediar los extravíos,
Y apartar de los errores
Con tus propios desatinos,
Sabiendo que nos castiga
Por nuestros graves delitos

El santo y supremo Sér!
Alabo tanto saber..

Querer salvar los Estados
Con remedios paliativos,
Con versos y reglamentos,
Cosa es que el diablo no ha visto:
Con todo, según me cuentas,
Ya no se alcanza otro arbitrio
Ni otro mejor parecer.
¡Alabo tanto saber!

LETRILLA

La gran causa va triunfando
Del despotismo infeliz,
Los tiranos se confunden
En la sanguinaria lid:
Y con todo, el sarraceno
Persiste en su obstinación.
¡Raro monstruo! ¡Buen primor!

Aunque está inundado el mundo
De primorosos papeles,
La virtud está en menguante,
Y la maldad en creciente.
La ambición y el egoísmo
Alzando su odiosa frente,
Anuncian la destrucción.
¡Raro monstruo! ¡Buen primor!

Conocer nuestros derechos
Decimos que es necesario,
Pero aunque yo los conozca
Tú no cesas de insultarlos.
De qué sirven los derechos,
Si, aunque sean sacrosantos,
No tienen veneración?
¡Raro monstruo! ¡Buen primor!

No obstante, con la constancia
Se vencen los imposibles,
Y por la audacia y firmeza
Se hacen los pueblos felices.
Tú de todo te acobardas
E inspiras consternación.
¡Raro monstruo! ¡Buen primor!

Bien sabes tú que las ciencias
Y útiles conocimientos
Logrados en la lectura
Son la salud de los pueblos;
Mas nunca tomas un libro
Ni procuras tu instrucción.
¡Raro monstruo! ¡Buen primor!

Vacilará el edificio
Más hermoso de la tierra,
Si no inspiras entusiasmo
Y haces armar tus ideas.
¿Una verdad tan palpable,

Y apoyada en la experiencia,
Aún no te ha hecho impresión?
¡Raro monstruo! ¡Buen primor!

AL PUEBLO DE BUENOS AIRES, DESPUES DE LA VICTORIA SOBRE PEZUELA

HIMNO

Elévate, Bonárea,
Ceñida de laureles,
Madre de pueblos fieles
Y dignos de triunfar!
Lleva sobre las tierras
Protegidas del cielo
Tu majestuoso vuelo,
Vuelo de libertad.

De gentes angustiadas
Los gemidos oíste,
Y ¡sed libres!, dijiste
Con imperiosa voz.
Al ver tantos estragos
Tu grande alma indignóse
Y el solio estremecióse
En que reinó el furor.

Otros triunfos esparcen
El luto y las desdichas:
Los tuyos son de dichas,
Y de gozo inmortal.
¡Salve, Benárea augusta!
Cuanto has sido gloriosa,
Tanto seas dichosa
En medio de la paz.

Inflámense tus musas
Entra tantas victorias,
Y cantando tus glorias
Digan cuánto has de ser.
¡Cuánto será en los tiempos
Este pueblo animoso,
Moderado y virtuoso,
Que es tan grande al nacer!

A LA REUNION DEL CONGRESO

LETRILLA

El congreso está cercano,
Y en los negocios más graves,
Según yo veo las cosas,
Habrás de dar tu dictamen:
Y, sin embargo, en torpe ocio,
En lugar de prepararte,
Los días y noches pasas.
¡Buena, buena va la danza!

Todos de ti desconfían
Y te miran con horror,
Les disgustan tus ideas
Y tu ninguna instrucción:
Y aspiras con imprudencia
Y funesta presunción
A la general confianza:
¡Buena, buena va la danza!

Se dice que si se incendia,
O se inunda el universo,
El chileno es siempre el mismo,
Siempre inmutable y sereno.
Eres tú, por tu indolencia
Y tu egoísmo perverso,
De que así se hable, la causa.
¡Buena, buena va la danza!

¿Sabes en lo que consiste
Tu ruidoso patriotismo?
En murmurar sin provecho
En los rincones metido:
Y en sacar cuando se ofrece,
Echando a otros el peligro,
Por mano ajena la brasa.
¡Buena, buena va la danza!

Quisieras que los periódicos
Fuesen libelos malignos,
Que tu rencor lisonjeasen

Con satíricos caprichos
Y estarte tú, desde lejos,
Tomando mate tranquilo
Gustando de la batalla.
¡Buena, buena va lá danza!

La sátira es el encanto
De pueblos envilecidos
Y esclavos, que no se atreven
Ni aún a exhalar un suspiro.
Así eres tú; y con todo eso,
Según algunos me han dicho,
Eres mozo de esperanza!
¡Buena, buena va la danza!

José Fernández Madrid

SONETO

A LAS BANDERAS DE PIZARRO REMITIDAS A BOGOTA POR EL LIBERTADOR

Estas son las banderas que algún día
En manos de Pizarro tremolaron;
Estas en Cajamarca presenciaron
La más abominable alevosía:

Recuerdos de opresión y tiranía,
Al Perú tres centurias insultaron,
Y los libertadores las hallaron
Tintas en pura sangre todavía.

Monumento de un déspota insolente,
Banderas de Pizarro ensangrentadas
Que rindió ante Bolívar la victoria:

A los pies de Colombia independiente,
Para siempre abatidas y humilladas,
No más nuestro baldón, sed nuestra gloria.

A LOS PUEBLOS DE EUROPA, EN TIEMPO DE LA SANTA ALIANZA

¿Dónde los esforzados?
¿Los libres dónde están? ¿Cómo pudieron
Rehusar el combate intimidados?
¡Ay de los miserables que cedieron
El campo, sin morir, al extranjero!
Dádme la lira, dádmela, que quiero
Cantar la Libertad: un Dios me inspira:
Guerra y venganza sonará mi lira;
Y excitando a la lid, al vencimiento,
En armoniosos, desusados tonos,
De opresores tormento,
Yo les haré temblar sobre sus tronos.

No el manto reluciente,
Por las diversas artes fabricado;
Ni la corona rica de tu frente;
Ni tu cetro de hierro, aunque dorado;
Ni de tus ciencias el acento grave;
Ni de tus dulces musas la suave
Voz armoniosa, plácida y festiva,

América te envidia, Europa altiva;
Porque bajo tus pies se halla un abismo
De servidumbre, lágrimas y horrores,
Y el feroz despotismo,
Aspid mortal, se oculta entre las flores.

¿Qué importa la grandeza
De tus vastos palacios suntuosos?
Plaga devoradora tu nobleza,
Miseria general tus poderosos.
¿Y tus reyes? ¡Europa esclavizada!
¡Todo: tus reyes y tus pueblos, nada!
Mas tú en el trono reinas dignamente,
Monarca de Albión; tú, que el tridente
Riges en la extensión del Océano;
Tú, que a la liga inicua y tenebrosa
No extendiste la mano,
La noble mano fuerte y generosa.

Vosotros que postrados
Os visteis a los pies de Bonaparte;
Que su carro tirasteis degradados,
De la fe tremolando el estandarte,
Hipócritas marcháis, jefes traidores.
¿Y os llamáis de los pueblos defensores?
Vosotros, que humillábais vuestras frentes
Ante el conquistador, ¿a los valientes
Osáis encadenar, a los que os dieron
Libertad y poder? Pero, ¿qué digo?
¿Cuándo, cuándo tuvieron

Los tiranos piedad, ni fe, ni amigo?

¡Oh, pueblos! Ya lo veo:
Viene del Septentrión y ha superado
La barrera del alto Pirineo:
En una mano el cetro ensangrentado,
En otra lleva la homicida lanza.
¡Oh, cuánto es formidable su venganza!
Mas no, que está su cuerpo gigantesco
En pies de barro frágil apoyado;
No perdáis la esperanza,
¡Oh, pueblos, a las armas, a la guerra!
Y caerá por tierra
Ese coloso enorme destrozado.

¿Y podrá la ignorancia
Triunfar de la razón? Si al mundo todo
Con torrentes de luz llenaste ¡oh, Francia!,
¿Cómo te unes al vándalo y al godo,
Que en honda obscuridad y en noche umbría
Intentan sumergir el Mediodía?
Abranse al ocio muelle los conventos;
Erijanse de nuevo los tormentos;
Del feroz tribunal, y sus hogueras
Siendo la única luz que alumbre al mundo.
Ciencias y artes extingan sus lumbreras;
Sepúltense del hombre los derechos
En olvido profundo,
Y quedaréis, tiranos, satisfechos.

¿Qué haces? ¡España, España!
¿En vez de unirse con estrechos lazos
Tus propios hijos, en su horrible saña,
Al enemigo prestarán sus brazos?
¡Oh, ignorancia, execrable fanatismo!
En el sangriento altar del despotismo
La patria de Lanuza y de Padilla,
Víctima voluntaria, a la cuchilla
Extiende la garganta: ¡oh, mengua, oh, crimen!
Y ante el ídolo atroz de los tiranos
Se prosternan y gimen
Los altivos y fieros castellanos.

No; brote combatientes
El suelo de la antigua Carpetania,
Y de Gama los dignos descendientes,
Vuelvan su honor perdido a Lusitania.
¡Abrácense los pueblos como hermanos;
Unanse como se unen sus tiranos;
Y regada con sangre generosa,
Reverdezca la palma victoriosa
Que ha de orlar a los libres algún dia!
Al escuchar sus cánticos triunfales,
¡Huya la tiranía,
Desparezcan sus huestes criminales!

Despierta, Italia, y libre
Alza del polvo tu abatida frente,
Y en medio de su pueblo el dios del Tibre,
Majestuoso, aparezca nuevamente.

¿Cómo te has olvidado de tu gloria?
Abre los ojos, ¡mira! la memoria
De tus héroes, tus ciencias y tus artes,
Inmortal se conserva en todas partes.
Muéstrate digna de tus grandes nombres,
Torna otra vez a tu esplendor perdido.
¡Italianos, sed hombres!
¿No véis cómo la Grecia ha renacido?
De su sangrienta cuna
Triunfante me parece que la veo
Alzarse y destrozar la media luna.
¿Ese canto de guerra es de Tirteo?
¿Es el mismo Demóstenes que clama?
¡Al arma, griegos, que la patria os llama!
Y aquel gallardo joven extranjero
Que celebra la lid, ¿es un guerrero?
Vedlo ¡cómo expirante a la sonora
Arpa su voz sublime acompañando,
En favor de la Grecia al cielo implora!
¡Ay! Por la Grecia llora;
Y el cisne de Albión muere cantando.

EPITAFIO A GIRARDOT

Girardot aquí se halla sepultado:
Vivió para su patria un solo instante,
Vivió para su gloria demasiado,

Y, siempre vencedor, murió triunfante.
Sigue el heroico ejemplo que te ha dado
Mientras haya tiranos, caminante;
Pero si libre América reposa,
Detente y riega en lágrimas su losa.

Esteban de Luca

A LA LIBERTAD DE LIMA

CANTO LIRICO

No es dado a los tiranos
Eterno hacer su tenebroso imperio
Sobre el globo infeliz, llevando insanos,
A do quier el terror, el llanto, el duelo
La viudez y orfandad: en vano el trono
Ven con ardiente celo
Guardar a los ministros de su furia:
En vano fieros desde el alto asiento
De su injusto poder miran los males
De pueblos oprimidos y obedientes
Por largo espacio al ímpetu violento
De su cruel ambición; ya las señales
De su ruina y oprobio están presentes:
Llega por fin el día en que hasta el polvo
Su soberbia humillada
Será de las naciones execrada.

Así el poder de Jerjes orgulloso,
Así el dominio del feroz Atila,
Tan sólo en la memoria
Duran hoy de los hombres, y es su gloria
Del orbe aborrecida: ya pasaron,
Cual plagas espantosas, y a la tierra
Sólo largos recuerdos le dejaron
De incendios, muerte, asolación y guerra.

Así, oh España, vimos
Caer aquel vasto y gótico edificio
Que a tu infausta ambición, sobre las ruinas
De dos ricos imperios levantaste
En el nuevo hemisferio: al torpe vicio,
Al sórdido interés abandonada,
Fuiste esclava a tu vez; también probaste
En justa pena de tu horrendo crimen
El duro yugo que la ardiente espada
De Napoleón te impuso. Entonces gimen
Tus hijos degradados, los que fieros
A Colombia destrozan y la oprimen.

Cuando allá de los altos Pirineos
Hasta el soberbio muro gaditano
Los brillantes trofeos
Las águilas francesas anunciaban
Del César más altivo, heroicos gritos
Por todo el mundo resonaban
Contra la antigua España y sus decretos
Que del colono con la sangre escritos,

A eterna esclavitud lo condenaban.
Diez años a los hijos de Colombia
Sobre los montes y tendidos llanos
Vió el sol entre fatiga
Y muerte y destrucción, la horrenda liga
Combatir a los bárbaros tiranos,
Invocar de la patria el santo nombre,
Y constantes y fieles
Su vida consagrarle y sus laureles.

Mas súbito, al estruendo formidable
Y confuso clamor, alto silencio
Se sigue, comparable
Al que vemos reinar en el Océano,
Cuando ya cesa el aquilón furioso
De agitarlo y bramar; cuando sus aguas
Blandamente del céfiro movidas
Calma dan y reposo
A las almas de espanto confundidas;
Silencio majestuoso,
Que a la opulenta Lima ya cercano
San Martín interrumpe cuando clama:
¡Independencia al suelo americano!

Oye el atroz tirano
Este augusto decreto del Eterno
Con profundo terror; el negro Averno
Abierto ve a sus pies, cual otras veces
Al oir la voz del trueno retumbante
Que le acusa de crímenes horrendos.

¡Oh gloria! San Martín ya entra triunfante
A la gran capital donde reinaba
El sangriento poder, la vil codicia,
Que a ejemplo de Pizarro, devoraba
Al visir orgulloso;
Aquí los fieros déspotas, viviendo
Tres siglos en deleite escandaloso,
La miserable suerte
Del colono un momento no aliviaron,
Y a servidumbre y muerte,
Gozándose en el mal, lo condenaron.

Al frente de las huestes de la Patria
Marcha la Libertad, hermosa brilla
Y augusta la Razón: ¡glorioso día!
Ya disipan sus rayos luminosos
La noche del error que antes cubría
Con un velo fatal los espantosos
Designios del tirano:
Ya en toda Lima el himno soberano
De Libertad resuena;
Ya rota la cadena
De amarga esclavitud canta las glorias
Del grande capitán; ya los clamores
De un pueblo agradecido las victorias
Publican de los libres:
¡Libertad! ¡Libertad! Sublime acento
Que lleva el eco desde el hondo valle
A los montes más altos y fragosos,
Y repiten los mares procelosos.

¡Oh ilustre pueblo! En el más fuerte asilo
De antiguos opresores, circundado
De bárbaros sayones,
Valorar la virtud aun no te es dado
Del fuerte de los fuertes, del gran genio,
Que al frente de guerreros escuadrones,
De audaces poderosos enemigos
Venció la rabia insana.
Tú, que a la dulce Libertad hoy naces,
Aún no puedes saber de cuánto lustre
Ha colmado a la gente americana:
En tu dicha inefable y suspirada
Pregúntalo a los pueblos, que del yugo
Libertó de opresión su heroica espada:
Oye los claros hechoc
Que del héroe pregonan
Los pueblos libres en sagrada alianza,
Y une a los cantos, que a su gloria entonan,
El debido tributo de alabanza.

San Martín animado
De celestial impulso, en el gran libro
Leyó de los destinos, que Colombia
Largo tiempo oprimida
Por la ambición más bárbara y funesta.
Cobrando nueva vida;
Rompiendo sus prisiones,
Alzarse debe libre, independiente
De la soberbia España,
Y triunfadora de su cruda saña

Bella y rica mostrarse a las naciones;
El intrépido jefe los peligros
Contempla, y las distancias,
Que ha de arrostrar en la gloriosa empresa:
Ora al tirano ve, que armado en muerte,
Un momento no cesa
De oprimir obstinado, y a la suerte
De la Patria oponerse venturosa;
En el carro tremendo
Ora lo ve en la lucha sanguinosa,
Y entre el horror de muertos mil cayendo
Ve el generoso indiano: mas es justa
La causa que al caudillo el pecho inflama;
Si de los cielos la justicia augusta
Ordena combatir, pronto la sangre
Se verterá a torrentes,
Y caudalosos ríos por tributo
La llevarán al mar en sus corrientes.

El sagrado entusiasmo en tanto crece
Del fuerte San Martín, que se imagina
El cuadro portentoso
De las generaciones venturosas,
Que a tanto precio poblarán un día
Comarcas numerosas
En el indiano suelo:
Rasgando el denso velo
Del arduo porvenir, al firmamento
Alza los ojos, y al Eterno implora
En favor de la Patria, a quien su aliento

Generoso consagra. Arrebatado
De tan alto pensar, allá en la cima
De los Andes que el Sol eterno dora
Ve a Colombia sentada; ella lo anima
Con expresivo maternal acento
A ejecutar, como hijo denodado,
Los planes que medita:
Ella le muestra su fecundo seno
Herido y destrozado
Por el rayo y el trueno,
Por la sangrienta guerra que lo agita;
Ella el camino de la excelsa gloria,
La senda hermosa del honor señala
Al jefe ilustre, que vengarla debe
Con eterna victoria
De su tormento que a ninguno iguala.

Portento tal de San Martín inflama
El pecho fiel, su brazo fortifica:
En la diestra el acero fulminante,
El bélico furor ya comunica
A la hueste que en Cuyo preparada
Al estruendo y estrago de la guerra,
Fué entonces débil muro
A la gigante empresa que formara,
La alta y nevada sierra:
En asilo seguro,
Al otro lado de la mole inmensa,
Se creyó largo tiempo el vil tirano,
Cuando repente con asombro escucha,

El sonoro clarín del bravo indiano,
Cuando con ojos aterrados mira
Que San Martín a la tremenda lucha
Descendía con fuertes batallones,
De la fragosa altura al fértil llano,
De libertad alzando los pendones.

¿Quién podrá retratar los movimientos
De gloria y alto honor que lo agitaban,
Allá en la cumbre de soberbios montes
Del Eter puro, en la región sublime?
¡Quién logrará los altos pensamientos
Dignamente cantar que lo elevaban
Sobre la esfera entonces
De las pasiones viles, que oscurecen
La mente del común de los mortales!
A designios tan nobles, tan augustos,
Los acentos de Clío desfallecen;
Para ejemplo y asombro los anales
Del mundo lo dirán; no fué de Aníbal
Tan heroico el aliento,
Cuando el consejo y fuerza del romano
Allá sobre los Alpes contemplaba
Y eterno monumento
En Canas a su gloria levantaba.

Así fué, que cual rayo desprendido
Del alto cielo en tempestad sonora
Destruyó en Chacabuco el yugo infame
Que al chileno oprimía;

Después en Maypo en más tremendo día,
A esfuerzos de valor y de constancia,
A la Patria salvó, dobló la afrenta,
Y humilló la arrogancia
Del opresor sangriento que tornaba
Más fiero y confiado
En huestes numerosas que mandaba.
Entonces San Martín un nuevo estado
Dió a la sagrada causa; en premio entonces
El vió cuanto brillaba
Su heroísmo a la faz de las naciones;
Él oyó resonar su claro nombre
En las dulces canciones,
En los cantos heroicos, que los hijos
De Apolo consagraban inspirados
A sus grandes hazañas; todos vimos,
Que los dardos entonces disparados
Por la rabiosa envidia contra el héroe,
En su escudo luciente, impenetrable,
Volaban a romperse: así admirable
Respondió San Martín a la esperanza,
Que un día en él fundaron
Buenos Aires y Chile,
Cuando sus nobles armas le confiaron.

Mas aun no era bastante
A su grande alma el español orgullo,
En Chile por dos veces humillado:
Aquí tan sólo ejecutaba parte
De los planes profundos que en su mente

Continuo revolvía: nuevo Marte
Debe ser y llevar rápidamente
Más allá de los montes,
Más allá de los mares
Las armas de la patria: consumada
Así la libertad, así la gloria
De Colombia verá; su fuerte espada
Aún debe fulminar, hasta que en Lima
Se vea entrar triunfante
El altar de la patria; aún es forzoso
El solio derribar, que allí arrogante
En triste aciago día
Por tres siglos alzó la tiranía.

El jefe ilustre del heroico Chile
De San Martín la empresa favorece.
¡Cuánto se inflama al atrevido genio!
¡Cuál su entusiasmo crece,
Al llegar a las playas arenosas
Del Pacífico mar! Oir le parece,
Al ruido de las olas espumosas,
Las plegarias fervientes
Del Perú, de sus pueblos numerosos,
Que contra los tiranos inclementes
Auxilio le demandan animosos:
Esperad, esperad, gente peruana;
Favorables los vientos
Impelen ya las naves atrevidas,
Que os llevarán la hueste americana;
Ellas van conducidas

Por el nuevo Argonauta, el grande Cochran,
Que triunfa de los fieros elementos,
Y en tus costas humilla
El pendón ominoso de Castilla.

¡Cuánto furor enciende a los tiranos
Al eco de la Fama, que publica
Que a su imperio los hijos belicosos
Abordan de la Patria! A los prestigios
Del fanatismo odioso,
Y a las armas acuden: asombrados
Huyen sus ojos del profundo abismo
Donde caerán por siempre sepultados.

¡Cuánta sangre y sudor, cuánta fatiga
Os esperan, soldados de la Patria,
Antes que en el Perú logréis dichosos
Arrancar el laurel de la Victoria!
En medio de verdugos espantosos,
Aun el visir de Lima
Eterno cree su imperio,
Aun os condena a eterno cautiverio,
Aun los brazos armados por su furia
Impele en vuestro daño a los combates;
Más una vez y mil en vuestro aliento
Encuentra oprobio, ruina y escarmiento.
Tened vuestro furor, crueles tiranos;
Muchas veces la tierra
Se estremeció con el horror y espanto
De asoladora guerra

Que movisteis a pueblos, que del hombre
Los sagrados derechos invocaban;
Mas de vuestra crueldad ellos triunfaban,
Y sobre vuestras ruinas muerte o gloria
A la Divina Libertad juraban.

Decid, oh Grecia, oh Roma,
Oh Helvecia, y tú, oh Boston, en la ardua empresa
De vuestra libertad, cuántos furores
Tuvisteis que arrostrar; decid las plagas,
Las muertes, los horrores,
Que en medio de vosotros arrojaron
Los déspotas feroces; mas con gloria
De tanto mal triunfaron
Vuestro valor y sin igual constancia.
¡Oh Colombia inocente!
También oponen pechos de diamante
Tus hijos esta vez al gran torrente
De la devastación; ¡felice día!
Hoy un muro de bronce han levantado
Entre ellos y la horrenda tiranía.

Vano es que en Lima el oro con el fraude
Hoy prodigue la raza de tiranos
A mercenarios viles; los valientes
De la Patria se acercan,
Y con rayos ardientes
Las falanjes combaten y destrozan
Del bárbaro opresor; sólo en la fuga
Busca ya su salud, abandonando
A la gran capital; mas ¡ay! primero,

Con despecho nefando,
Sus fueros más sagrados atropella,
Le arranca sus tesoros, y cargado
De crímenes horrendos, a los montes
Corre precipitado
A ocultar su ignominia; ya el soldado,
Que desmaya infeliz en su carrera
Con saña nunca vista, la más fiera,
Por el hispano jefe es inmolado!
Como la densa nube,
Que amaga destrucción, es impelida
Al remoto horizonte por el viento
Así de espanto herida,
Para eterno escarmiento,
Huye la hueste sanguinosa, y deja
De su ambición el poderoso asiento.

¡Libertad! ¡Libertad! Las altas torres
Del orgullo europeo, convertidas
En polvo caen, y el ídolo sangriento
Del fanatismo horrible: ya el palacio
Ocupa San Martín donde las leyes
De sangre se dictaron: largo espacio
Allí adoróse la soberbia imagen
De los hispanos reyes;
Mas hoy en Lima el pérfido tirano
No encuentra algún asilo a su vergüenza;
Hoy muere su esperanza
Pues no puede surcar el Océano,

Y allí en Europa concitar la saña,
Cual en un tiempo, de la fiera España.

Salve, genios ilustres, que inflamados
A la luz de la gran filosofía,
Pudisteis anunciar del Nuevo Mundo
La libertad a todas las naciones:
Salve una vez y mil, sabios varones:
Ved ya, para consuelo realizada
La teoría del bien, que al hombre un día
Le fué en vuestros escritos revelada.
Cuando la densa nube del misterio
En larga noche, tenebrosa y fría
Los pueblos infelices conservaba:
Cuando la España con pesado cetro
De América los brillos eclipsaba,
Vuestro sagrado acento
Fué una luz celestial, fué luz divina
Que al mísero colono dió el aliento,
Con que después rompiera
El yugo abominable, que tres siglos
En oprobio del hombre le oprimiera.
Vuestros nombres el mundo agradecido
Jamás olvidará. Ved ya destruído
Para siempre el Contrato
Que en ruina de los Incas celebraron
La vil codicia y ambición sangrienta:
Aquel contrato horrendo,
Que selló el fanatismo, y aún lamenta
La triste humanidad: ella aun gimiendo

No recuerda que un día fué insultado
El Dios de Paz en sacrificio augusto
Por tres hombres feroces invocado.

Cese, pues, gran Colombia,
El compasivo llanto, que derramas
Sobre las tumbas de tus caros hijos
Que, vibrando su espada,
Del Septentrión al Sud por ti murieron:
Tus ojos, largo tiempo encadenada,
Harto llanto vertieron:
Hoy libre de opresión, en ellos brilla
La más dulce alegría;
Los himnos oye, con que te saludan
De un polo al otro polo tus guerreros
En tan dichoso día.
Ved cómo vencedores del tirano,
Levantan a porfía
Altares a tu nombre soberano.
A ti, patria querida, han consagrado
El código sublime
De nuevas sabias leyes que han formado:
Ellas fruto sagrado
Son de virtud y sangre generosa,
Con que la faz de tu hemisferio hermosa
En lides mil y mil enrojecieron,
Cuando de esclavitud te redimieron.

En tu fecundo suelo
Crecerá majestuoso

De libertad el árbol sacrosanto;
Sobre los montes alzará su frente,
Y sus ramas pomposas
Cubrirán el más vasto continente.
Sí, que el día ha llegado,
En que, el antiguo déspota humillado
En su rabia inhumana,
Los hombres todos de diversos climas
Den aumento a la gente americana.

Ya tus altos destinos
Se pronuncian, oh, patria, en los consejos
De tus sabios varones:
Tus fieles hijos todas las regiones
Pueden ya visitar; no, no está lejos
El día en que los libres de Occidente
Que habitan en tu imperio,
Lleven al Indo y Ganges caudalosos,
Sus frutos y tesoros más preciosos.
Por más breve, más próspero camino
Sus naves llegarán al Golfo Indiano,
No como el lusitano,
Cuando en el Tormentorio navegaba,
Y el furor de sus ondas afrontaba.

Ya no podréis jamás, crueles tiranos,
Tanta dicha estorbar, que el cielo envía
A la angustiada tierra:
Ni la superstición, ni el fiero orgullo,
Que en vuestros pechos la crueldad encierra.

Renovarán nuestros pasados males.
¡Feliz posteridad! De vuestros bienes
Hoy nos da la razón claras señales:
¡Mi mente al contemplaros cual se agita
En un furor divino!
Yo veo del alcázar del destino
Súbito abrirse las ferradas puertas,
Y allí en letras de fuego escrita leo
Vuestra dicha futura;
No, no es grata ilusión, vano deseo,
Que fiel me lo asegura
La sagrada opinión que al Nuevo Mundo,
Al Orbe, a todos clama:
Libertad, libertad, fuera tiranos,
Que toda esclavitud al hombre infama.
¡Epoca memorable! Ya los pueblos,
Que tan altos acentos hoy escuchan,
Como las olas de la mar se agitan,
El carro de la guerra precipitan
Contra el cruel despotismo, y fieros luchan.
Y tú, España, que largo tiempo esclava
Del poder más fanático y sangriento,
Con sangre y fanatismo esclavizaste
Al Nuevo Mundo, empieza ya a ser justa.
Si es verdad que respiras hoy el aura
De libertad augusta,
De esta eterna deidad, que el Orbe adora,
No quieras por más tiempo ser señora
De Colombia inocente;
Reconócela libre, independiente

Del trono de tus reyes.
Si hoy, al fin, olvidada
De tus sangrientas leyes
Aceptaras la paz que te ofrecemos,
Con fervor sacro y en un mismo idioma
La libertad del mundo cantaremos.

¿Pero qué monumento, oh, gran Colombia,
Consagrarte debemos,
Cuando a la faz de todas las naciones
Libre, joven y hermosa te presentas?
¿Dónde el sublime artífice hallaremos,
Que en su obra muestre cuanto bello ostentas?
¿Para ensalzar tu nombre imitaremos
De Egipto la pirámides enormes,
Los grandes obeliscos consagrados
Hasta ahora al fanatismo y al orgullo?
No, que tus fuertes hijos inflamados
Del entusiasmo ardiente,
Te alzarán al Olimpo
De un modo más grandioso y permanente
Que el griego y el romano,
Cuando con mano experta y atrevida
A mármoles y bronces dieron vida.
Tu prole venturosa
Subirá a la alta cima
De los nevados Andes; allí el genio
Inflamará su audacia hasta que imprima
Gigante humana forma y asombrosa
Al mayor de los montes; en la estatua

De la divina Libertad la tierra
Lo verá convertido;
Estatua que resista al gran torrente
De los siglos, y triunfe del olvido;
Estatua colosal, nuevo portento,
Que domine las tierras y los mares.
Así los navegantes,
Que osados dejen los paternos lares,
Así los fatigados caminantes,
Al ver de un horizonte más lejano
Tan alto monumento,
Saludarán con alma reverente
A la deidad, al númen soberano,
Que por siempre será de gente en gente
Invocado en el mundo americano.

Rafael María Baralt

ODA A ESPAÑA

¿Y piensas que, volviendo a lo pasado
Los tristes ojos, hallarás consuelo?...
El laurel incendiado
Por el rayo del cielo
De una nación en la marchita frente,
Al antiguo verdor nunca renace:
La que vencída fué, vencida yace;
Y el cetro soberano
O de Neptuno el húmedo tridente,
De grave peso a su cansada mano,
Al feliz vencedor pasa en herencia,
Hasta que de otros pueblos la existencia
Anuncia nuevas leyes
A la tierra sumisa y nuevos reyes.

En otros tiempos, mísera, tu historia
De la historia del orbe era trasunto;
Que llenaban el orbe las Españas;
Fabulosas hazañas,

De mármoles y bronces digno asunto,
Al templo de la luz y la memoria
Llevaron tu alta gloria
De la alígera fama en la trompeta;
Pero en vano el poeta
Tender quiso las alas en su vuelo
Hasta el remoto cielo
Donde tu nombre en los espacios gira,
Y dudando de sí rompió la lira.

Así, cuando prorrumpe en tu alabanza
De Ercilla el numeroso
Verso sonante, al ruido temeroso
De cruda lid donde vibró su lanza,
O la gran maravilla
Ensalza de Lepanto
El cantor sin rivales en Castilla,
Inferior a tus glorias es su canto.

El ingenio del hombre en sus profundas
Encantadas regiones,
Riquísimas de luces y fecundas
En fantásticos seres y portentos,
No produjo ficciones
¡Pobre reina vencida!
Que remedar pudieran de tu vida
Esos marciales épicos momentos,
Fugaces, ¡ay!, cual soplo de los vientos.

Más alto que el ingenio y que las nubes
Su trono la verdad puso fulgente
En medida a los querubes,
Ceñida de luceros la alta frente,
Para que nunca su belleza osara
De humana voz la frágil armonía
Con arpa ronca profanar demente.
El vate así dejando que ensalzara
Fulmíneo plectro de cantor divino
Tu valor peregrino,
Cuando en su pecho hirviente
Llama de honor y gloria vió que ardía,
La trompa resignado
Trocó por la armadura,
Y, si nació poeta, fué soldado;
Que en la edad de tus héroes gloriosa
Combatir fué cantar, y desventura
En ocio blando afeminar el pecho,
De bélico laurel por muelle rosa
Cambiar coronas, y en sosiego inerte
De perfumado lecho
Pasar la vida y esperar la muerte.

Empero, entonces al nacer tus hijos,
Armados con el yelmo y la coraza,
Cual Minerva de Júpiter, salían;
Entonces, con prolijos
Afanes generosos,
Noble y sublime raza
De varones egregios, fabulosos,

Al fuerte pecho madres españolas
Para el imperio universal nutrían,
Domadores del suelo y de las olas;
O con pompa triunfal los recibían,
Si en el combate crudo,
Sobre el ferrado escudo
Por la patria y la gloria sucumbían.

Y en tu abandono y soledad presentes,
En vano de Gonzales y Guzmanes
Buscas hoy anhelosa
El fuerte corazón, las fieras almas.
Del alto cielo sus sagrados manes,
Huéspedes sin país ni descendientes,
También en vano con la faz llorosa
En tu agostado suelo buscan palmas
Y entre sus hijos victoriosas frentes.

«¿Por qué la muchedumbre
De empavesadas naves españolas
No surca tus espacios, mar bravía,
Como cuando, señora de las olas,
Con sus inflados linos las cubría?
¿Por qué la pesadumbre
De los ferrados tercios y corceles
No oprime la ancha tierra,
Ni al fragor de sus pasos cuanto encierra
El orbe, gime y la cerviz humilla?
¡Cuelga al templo marchito tus laureles,
Degenerada estirpe castellana!

»Depositaria infiel, ¿qué fué del mundo
Que nuestro brazo sometió a tus plantas,
Siguiendo del fecundo
Blondo rey de la luz largo camino,
Arrostrando del hárato profundo
Argonautas triunfantes los furores,
Y el nuevo vellocino
De la aromosa América, sus flores,
Sus áureas venas, colocando fieros
Bajo la égida de tus cruces santas
Y en la punta fatal de los aceros?

»¿Por qué túrbidos mares,
Por qué anchurosos ríos,
Por qué elevados montes
Que dieron culto a los iberos lares,
Cual a sus patrios dioses tutelares,
Limitan hoy impíos
De tu antiguo solar los horizontes?
El Indo mar remoto;
Los que de Alcides la potente mano
Quiso apartar con desusado muro
En el confín estrecho gaditano;
Los que con frágil linde mal seguro
El itsmo ora separa americano
Y el gélido hiperbóreo mar ignoto,
A tus sonantes proras
No se abren ya, cual antes, vencedoras.

»Los que con rica vena
Reyes de ríos a la Europa bañan,
No por sus anchas puentes
Dan paso a tus legiones;
Ni sus claras corrientes
De domadas naciones,
Uncidas con la espada a tu cadena,
Con roja sangre empañan
El padre Tajo, que en tu suelo nace
Y en grande espacio te fecunda el seno
Con puras linfas y dorada arena,
Toma nombre, ¡oh, dolor!, de Lusitano,
Y discurre sereno
Por el que, agora ajeno,
Abundoso país, al tuyo hermano,
Hizo de un Alba la invencible mano.

»¡Orgulloso monarca
De la mitad de América fecunda,
Rico en ondas, sonoro, majestuoso,
Amazonas potente, que a los mares
Alimento darás, que no tributo;
Y tú, de junco y palmas coronado,
Cuyo raudal copioso
De nueva vida sin cesar inunda
El suelo que llenó de sangre y luto
Avaro mercader, rudo soldado,
Orinoco feliz, tan envidiado
De regiones extrañas
Cuánto fuiste de olvido a las Españas;

Lejos corres del pobre Manzanares,
Entre nuevas naciones
Que tienen por perpetuas estaciones
Fecundo Agosto y floreciente Mayo,
Emancipadas hijas de Pelayo!

»¡Alzate, y osa, España,
En torno a ti las húmedas miradas
Volver sobre la tierra!
Mira si en el cénit al sol empaña
De polvo densa nube,
Cuando los montes empinados sube
Y al valle cae, y contra el galo cierra
Numeroso escuadrón de tus bridones
Y en turbias oleadas,
Al grito de Santiago, furibundo,
Absorbe y rompe las de acero armadas
Falanges de caballos y peones
Que en vano opone a su valor el mundo!

»¿Oyes el relinchar de los corceles?
¿Oyes el choque de las armas fiero?
Tumulto y gritos, llantos y tropeles;
El trueno del mosquete que restalla;
El silbo agudo de veloz saeta;
De lanzas y de estoques y broqueles
El crujir temeroso:
Y el agudo sonar de la trompeta
Que anima a la batalla
Y vibra en los espacios lastimero;

¿Oyes, España, cual la voz temida
Del Niágara potente en su caída?

»¡Oh, madre España, sin ventura y triste!
El silvoso Apenino ya no asiste
Mudo testigo a presenciar la gloria
De iberos generosos;
Ni los Alpes añosos
Sobre sus canos y movibles hielos
Huellas conservan de tus fuertes pasos.
Ejemplo de fortunas y fracasos,
Castigo duro de inclementes cielos,
Alza Pirene infiel su faz serena;
Pero ya no es tu puente, es tu cadena.
Negra mancha a tu historia,
El infame Peñón también existe,
Que tu molicie y tu estupor condena,
Y en las cumbres del Ande borra el hombre
De tu dominio y tu grandeza el nombre.

»¡Ay! No sirvió que dueños de la tierra,
Cual reyes del espacio tus pendones
Llevaran como sol sin Occidente,
Doquier a cuanto encierra
Los rayos de tu luz resplandeciente;
Ni que atónitas dieran las naciones
Tributo de terror a tus legiones.
Los que en marcha triunfal tu carro ornaron,
De esclavos en señores se tornaron;
Manos impías tus cabellos de oro

Rompieron con desdoro;
Tu fulgente diadema
Objeto fué de su ambición suprema;
Y en jirones partido el manto regio
Sirvió a bandidos para echar las suertes
Con que, a ley de más fuertes,
Tus pedazos sangrientos disputaron
Y el santo nombre de la patria egregia
Con irritantes burlas mancillaron.

»¡Señora del imperio
Que uno y otro hemisferio
Unió del mundo! ¡Triunfadora altiva!
¿Dónde está de tu gloria el monumento?
¡Oh, mísera cautiva!
¿No ves de tu poder el polvo al viento?
Llora sin tregua, España, en tu amargura,
Que confuso recuerdo es tu ventura
Y la centella que vibró tu mano
Sobre el orbe obediente,
Desprecio ya a la gente,
Relámpago fugaz y ruido vano.»

Así, con voz que al trueno
En su estampido y su fragor excede
Y que conmueve el mundo
Y hace temblar su entraña,
Contigo y contra ti, mísera España,
Las almas de tus héroes exclamaron
Y, al ver en tu cerviz del yugo ajeno

Candente marca y deshonor profundo,
De ti la vista airada separaron
Y en tu mengua por patria te negaron.

De tal altura, ¡oh, madre!, has descendido
A tal abismo, a tan profunda sima,
Que a Luzbel maldecido
En la alta gloria, en la desgracia suma,
En la soberbia, en la maldad recuerdas.
¿Que mucho que al mirarte,
Hijo piadoso, en tu desgracia gima?
En otros tiempos, impotente el arte
Ni a tus anales pluma,
Ni al áureo plectro sonorosas cuerdas
Dió que pudieran elevar su vuelo
De tu grandeza y de tu gloria al cielo;
Y hoy, madre, basta sólo
Mi rudo verso, que desdeña Apolo,
Tus males a llorar y tu honda pena,
Al compasado son de tu cadena.

Así tal vez del Alpe en la montaña
Vecina al alto cielo,
Torrente impetuoso
Se forma de las lluvias y del hielo
Y al descender al valle y la campaña,
Convierte en vena de anchurosa ría
El mezquino raudal de un arroyuelo.
Entonces ni por vado ni por puente
El rebaño medroso,

El pastor imprudente,
Ni el altivo monarca pasaría,
Hasta que viene un día
Y el prestado caudal le roba Agosto,
Coronado de espigas y de fuegos,
Y pasa el niño, en infantiles juegos,
Con planta enjuta el pobre cauce angosto.

ÍNDICE

Página

Alberto Ghiraldo

Prólogo.—Del sentimiento heroico en la poesía americana..... 5

Vicente López y Planes

Himno Nacional Argentino..... 59

Andrés Bello

Silvas americanas: Alocución a la poesía.—La agricultura de la zona tórrida..... 63

José Joaquín Olmedo

La victoria de Junin. Canto a Bolívar..... 93

Página

José María Heredia

En el Teocallí de Cholula.—Canto al Niágara.—A Wáshington.—A Emilia.—Himno del desterrado..... 127

Juan Cruz Varela

A la batalla de Ituzaingó: Canto lírico..... 153

Andrés Quintana Roo

Dieciséis de septiembre..... 179

Francisco Ortega

A Iturbide, en su coronación..... 187

Luis Vargas Tejada

A la libertad..... 193

Francisco Acuña de Figueroa

Himno patriótico de los treinta y tres.—La libertad.—Lamento patriótico..... 197

Página

Camilo Henríquez

Himno patriótico.—Al editor de «El Monitor».—Letrilla.—Al pueblo de Buenos Aires.—A la reunión del Congreso..... 207

José Fernández Madrid

A las banderas de Pizarro.—A los pueblos de Europa.—Epitafio a Girardot..... 219

Esteban de Luca

A la libertad de Lima. Canto lírico..... 227

Rafael María Baralt

Oda a España..... 247

ALBERTO GHIRALDO

ANTOLOGIA AMERICANA

EDICION RENACIMIENTO

VOLUMENES PUBLICADOS:

I.—Precursores.

II.—Precursores.

III.—Lira heroica.

EN PRENSA:

IV.—Lira romántica.

LIBRARY
DEC
2
1977
UNIVERSITY
OF TORONTO

ONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
IBRERÍA RENACIMIENTO.—Preciados, 46.—Madrid.

mprenta Ciudad Lineal.—Teléfono S-12.

MAR 18 1983

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

(1)

PQ
7083
G5
1923
v.3

Antologia americana

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 03 02 14 009 3